

José María Javierre

REPORTAJE Y ELOGIO PARA UNA MONJA



JOSE MARIA JAVIERRE

**REPORTAJE
Y
ELOGIO
PARA UNA MONJA**

Sociedad de Educación Atenas
MAYOR, 81 - MADRID

TESTIGOS DE LA FE

20

© SOCIEDAD DE EDUCACION ATENAS
Mayor, 81 - 28013 Madrid

ISBN: 84-7020-380-0

Depósito legal: S. 834-1994

Printed in Spain. Impreso en España

Imprime: Josmar, S.A.

Polígono El Montalvo - Salamanca, 1994

INDICE

1. Una monja... qué monja	5
2. La hija del molinero.....	11
3. Una infancia entre gozos y sombras	21
4. El “obispo” de los enfermos	31
5. La patrulla de Barcelona para Zaragoza	45
6. Tan joven, capitana	59
7. “Mayormente teniendo a su frente a la Hermana María”	69
8. Donde se narran tales hazañas de la monja María que más parecen leyenda, y son historia	89
9. La monja y el mariscal.....	107
10. En Zaragoza mandan los franceses	115
11. Años largos de bondad callada.....	125
12. Cárcel, destierro... y la casa del Padre	137
Adiós	147

1

UNA MONJA... QUÉ MONJA

*Villafranca del Penedés, Zaragoza
1781-1853*



Goya describió con su cuadro célebre de los fusilamientos del 2 de Mayo los horrores de la guerra.

Primavera de 1808. Napoleón Bonaparte, rayo de la guerra, ya señor de Europa, sueña con invadir Inglaterra. Para llevar adelante su estrategia necesita ganar dos bazas, una bélica, otra diplomática, enlazadas una y otra. Tiene que conquistar Portugal, territorio propicio a los británicos que lo utilizan como enjambre de avispas picaneando al costado de nuestro continente. Y si ha de tomar Portugal, será preciso “pasar por España”, aliarse con España... o mejor aun, conquistarla también, incorporar España a su Imperio como diamante de la corona imperial.

Gobierna España un rey débil, casado con una reina frívola, ella prendada de un guapo mozo que a la vez cumple oficios de valido para el rey y de amante para la reina. Se llama Manuel Godoy, el pueblo lo detesta. Detestan a Godoy el pueblo y los cortesanos “progresistas”, que conspiran para sentar en el trono al príncipe heredero. Las rencillas internas entre el rey Carlos IV, la reina María Luisa, el príncipe Fernando, atizadas por los trapicheos del valido Godoy, sugieren a Napoleón que los españoles brincarán de júbilo cuando el emperador les acoja como súbditos suyos: la conquista de España será un paseo triunfal para las tropas imperiales.

Pero a partir del dos de mayo la proclama ingenua de un alcalde de pueblo alzó España frente a los soldados del emperador: Napoleón tendría que ganar España palmo a palmo, aldea tras aldea, las ciudades una por una.

A las puertas del verano le tocó el turno a Zaragoza.

El 15 de junio los batallones franceses del general Lefebvre pusieron cerco a la ciudad.

Comenzaban los *sitios* de Zaragoza.

Los aragoneses aguantaron la embestida francesa, pues claro: buenos somos la gente de nuestra tierra, que por entonces todavía usábamos faja a la cintura y el “cachirulo” en “la cabecica atada”. Ustedes conocen el chascarrillo de baturro que montado en su borrico camina entre los railes del tren; oye pitar la máquina que viene; y comenta socarrón: “Como no te apartes tú...”.

Desde aquella vez, cuando pusimos el pecho como una muralla frente a los cañones del general Lefebvre, los franceses hablan mal de nosotros, murmuran que somos intransigentes, duros, tercios; “desagradables” nos llama cierto escritor viajero, será malasombra: que tenemos “dura la mollera”, dice, y el corazón “como las rocas de los mismos Pirineos”. Quien sabe, y mal le fue al tal Lefebvre, que no pudo con nuestra gente. Hasta la moza Agustina agarró la mecha cuando vio los artilleros muertos. Que por cierto, ella había nacido catalana de origen; pero ante la puerta del Portillo estuvo tan bien plantada que la hicimos “de la tierra nuestra”, bautizándola con el título famoso, “Agustina de Aragón”.

Pues yo que me he pateado medio mundo y parte del otro medio, puedo testificar y testifico la buena, excelente calidad humana de los aragoneses, toscos a primera vista pero tiernos y amorosos hasta más no poder.

Lo que pasa es que Napoleón nos mandó sus hombres en son de guerra, a tomar Zaragoza por la fuerza, con idea de quitarnos el rey de España y regalar el trono a Pepe Botella; cualquiera sabe si hasta traían intención de cerrar el templo de nuestra Virgen del Pilar: venían con los aires de la Revolución y aún estaba muy oscuro cómo iba a funcionar aquello de la democracia.

Total, que Lefebvre a bombardear; y no pudo con nosotros. Napoleón decidió cambiar el general, retiró a Lefebvre y mandó a Verdier: con más soldados, más jinetes, más cañones.

Verdier tenía muy mala uva, se le ocurrió desmoralizar al personal zaragozano con una idea perversa: enfiló sus baterías contra el Hospital, que ocupaba el mismísimo centro de Zaragoza.

Una preciosidad de Hospital, “Nuestra Señora de Gracia”, con casi mil enfermos dentro; de los cuales medio centenar eran locos, tan bien cuidados que “Nuestra Señora de Gracia” alcanzó fama entre los médicos del mundo por la terapéutica aplicada a sus dementes.

En veinticuatro horas del tres de agosto, noche y día, sin respiro, los cañones de Verdier pulverizaron el Hospital de Zaragoza.

Se armó la marimorena, con la gente ayudando a sacar enfermos mientras caían obuses y se venían abajo los tejados. Dirigió esta operación de salvamento una monja llamada Hermana María, que presidía las veintiuna Hermanas de la Caridad encargadas del Hospital.

En pleno jollín estaban, cuando de repente cayeron bombas sobre las salas del sector de los dementes: a los locos les pareció el fin del mundo, y salieron huyendo entre los escombros.

Nadie fue capaz de sujetarlos; echaron a correr por las calles, con tan mala suerte que enfilaron hacia la línea de fuego y cruzaron la primera línea del ejército francés. Los soldados de Verdier creían ver apariciones...

...porque detrás de la bandada de locos venían corriendo desaladas media docena de monjas: la Hermana María y varias de las suyas trataban de alcanzar los locos, recogerlos, pacificarlos, no fueran a dispararles los fusileros de uno y otro bando.

Locos y monjas fueron conducidos al puesto de mando en el campamento del general Verdier, quien apenas podía creer lo que estaba viendo...

Esta Hermana María es la monja cuyo elogio va contado en mi reportaje.

2

LA HIJA DEL MOLINERO

Vilafranca del Penedés
1781



Hoy la casa natal de María Rafols presenta este aspecto: el antiguo molino está convertido en un ingenio museo con recuerdos de la época.

El pueblín se llama Santa Margarita, y entre sus doscientos habitantes circula esta gran noticia del otoño: Se casa el mozo Cristóbal, de los molineros de Abadal.

—¿Cristóbal del molino?

—Le llegó al fin la hora.

—¿Con quién se casa?

—Con la Margarita de los Bruna.

Hoy, verano de 1994, pasados más de doscientos años, vengo a rastrear las huellas de aquella boda: y, Dios bendito, cómo cambian las cosas.

El pueblín que fue Santa Margarita continúa naturalmente al costado de Villafranca, corazón del Penedés. Pero le han cambiado hasta el nombre, luego les cuento por qué. Hoy Santa Margarita se llama también Monjos: los no catalanes pronuncien Monchos y darán un sonido aproximado.

Del molino Abadal, ni rastro.

Cabeza de la familia fue José Rafols, emigrado hasta aquí desde el Alto Penedés: vendría buscando novia y buscando trabajo. Ambas cosas encontró. Para novia, la muchacha Cecilia, de los Farrán; el trabajo, a la buena, quizá jornalero de los suegros; pero aquí se quedó. Al José y la Cecilia les nació primero de los hijos el niño Cristóbal, quien ya mozo recibió una oferta que hizo feliz a su padre el emigrado: Nada menos que le proponían hacerse cargo del molino Abadal. Encantados el padre José y el hijo Cristóbal, aceptaron: Cristóbal Rafols Farrán entró a formar parte de los molineros del Penedés, oficio distinguido y bastante duro. Instalado en su molino, Cristóbal molió grano y engendró hijos, de su mujer Madrona Cunillera, qué nombre raro “Madrona”, así lo hallo escrito en el libro II de los bautizos parroquiales de Santa Margarita. Al séptimo de aquellos hijos le pusieron el nombre del padre, lo llama-

ron Cristóbal Rafols Cunillera, nacido en el molino a 25 de febrero de 1743: Este Cristóbal nos interesa, porque justo es “el mozo Cristóbal de los molinos de Abadal” que este otoño de 1771 ha decidido, por fin, casarse: “por fin”; que lleva cumplidos los 28 años y en estas tierras mozo que cruza la raya de los treinta, solterón se queda.

Déjenme adelantarles que “este mozo Cristóbal” será el padre de nuestra monja María Rafols.

Cristóbal hijo ninguna prisa tuvo por casarse mientras vivía su padre Cristóbal. Los del molino Abadal formaban una familia cristiana y feliz, todavía tardarán en llegar las desgracias que al molino le cambiaron el nombre cuando los labriegos en vez de Abadal lo llamaron “el molí de la mala mort”. Ahora, por los años mitad de siglo, los Rafols del molino son uno de los hogares rurales típicos de nuestros campos, gente sencilla y honesta pegada tenazmente a su trabajo y a sus tradiciones. El molino les confiere cierta categoría social, pues además de cultivar algún campito ellos trituran el grano de los labriegos del contorno: este servicio relaciona a los Rafols con cada casa del poblado. Ya en nuestro tiempo los párrocos de Santa Margarita han repasado página a página los libros del archivo para detectar cuál fue la conducta religiosa de la familia: comprueban que efectivamente los acontecimientos del hogar iban paso a paso acompañados con el rito sacramental oportuno, bautismo, confirmación, bodas, entierros. Las partidas de defunción subrayan una presencia significativa: frailes dominicos y franciscanos asistían las últimas horas de los moribundos en el hogar de los Rafols. ¿Por qué los frailes? La parroquia de Santa Margarita cultivaba la devoción eucarística de sus feligreses asociándolos a la célebre cofradía de la Minerva. Además de la Minerva, los labriegos del contorno daban su nombre a otras dos cofradías: la de los frailes franciscanos asentada en el convento de Villafranca, y la del Santísimo Rosario sostenida por los frailes dominicos del convento de Santo Domingo.

El convento de los franciscanos estaba en Villafranca; el de los dominicos en campo abierto, afueras de Santa Margarita, a cuatro pasos del “molí d’Abadal”; de modo que la vivienda de los Rafols podemos describirla, como dicen los papeles del archivo parroquial, “a la sombra del convento”. Los dominicos, además de iglesia y cofradía, tenían abierta escuela de primeras letras para niños y niñas del contorno.

Este convento dominicano trae a sus espaldas historia insigne: lo edificaron los frailes sobre el solar de la casa medieval de los Penyaforts, nido en el cual vino al mundo Raimundo de Peñafort, cuyo nombre coloca Villafranca del Penedés como cabeza de lista de sus hijos insignes. Razón le sobra, pues San Raimundo de Peñafort ocupa puesto privilegiado entre los juristas y entre los santos de todos los tiempos. Nacido en este ámbito, a seis leguas de Villafranca, ya mediado el segundo decenio del siglo XII lo encontramos estudiando leyes en la célebre universidad de Bolonia: tanto admiró su talento a los rectores de la universidad que lo retuvieron como profesor varios años. Le forzaron a redactar un tratado de derecho, en cuyo prefacio Raimundo escribió estas líneas admirables: "Lector, sé benévolo; considera mi intención y no me combatas con acritud. Las cosas útiles atribúyeselas a Dios; si encuentras algunas inútiles será porque me haya equivocado o tú no me comprendas... Corrígeme con cortesía". Qué tipo, cuando joven, este paisano de María Rafols. De mayor, mejoró. Hasta niveles de ensueño. El obispo Berenguer de Barcelona consiguió traérselo y lo nombró canónigo de la catedral. Duró poquito tiempo en el cabildo, pues Raimundo había quedado prendado de Domingo de Guzmán, a quien conoció en Bolonia, y quiso entrar fraile dominico. Papas y Reyes lo tuvieron por consejero; el pontífice Gregorio IX lo ató a Roma nombrándole capellán suyo y "penitenciario". Raimundo correspondió compilando sus célebres "decretales", cuerpo jurídico de la Iglesia: para premiar su trabajo, el papa lo preconizó arzobispo de Tarragona. Raimundo escudado en fallos de salud, renunció; y se vino a Barcelona. Los chupatintas de Roma comentaban asombrados: "Este hombre se va como vino, tan pobre y tan modesto como a su llegada; no lleva consigo ni oro, ni dignidades, ni honores". Lo que no pudo evitar fue que sus hermanos frailes dominicos le eligieran "general" de la Orden. Reyes, prelados, grandes señores le dispensaron admiración y amistad, que él aprovechaba en favor de los necesitados, de las misiones, de la cultura. A petición suya elaboró Tomás de Aquino el libro teológico que yo más amo, la "Suma contra gentes". Murió Raimundo en Barcelona el día de Reyes de 1275, y por dar algún nombre anotaré que a sus funerales asistieron por ejemplo Jaime I de Aragón y Alfonso X de Castilla...

Vaya paisano que le tocó a María Rafols.

Gracias al paisanaje de san Raimundo, Cristóbal, el “mozo casadero” del “molfí d’Abadal” aprendió las primeras letras en la escuelita del convento de los dominicos: leer, escribir, el catecismo, los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Los párrocos confirman que Cristóbal “ayudaba a su padre y a sus hermanos en la labor de la molienda; luego a los dominicos del convento y al cura de la parroquia”. Buen muchacho.

Pero no se casaba, vivía sin prisas.

Tomó la decisión forzado por la muerte de su padre.

En la primavera de 1770, murió el viejo molinero Cristóbal padre. Cristóbal hijo tomó la decisión: buscar novia y casarse.

El gobierno del molino y la jefatura familiar correspondían a su hermano mayor Domingo. De los nueve hijos engendrados por Cristóbal padre, dos niñas nacieron las primeras, Madrona y Lucía: murieron a los tres y a los dos años de nacer, respectivamente. Domingo vino el mayor de los varones, Cristóbal el último. Así que la primogenitura correspondió a Domingo, quien ya en vida del padre asentó como “hereu” sus reales en la casa; trajo su mujer, gobernó el molino. A la muerte del padre, Domingo tenía ya seis hijos. Los chiquillos crecían y el espacio familiar no daba para más. Cristóbal comprendió que debía irse.

Eligió novia... muy cerquita. Una chica de Monjos, Margarita, veinte años. Monjos era solo un caserío distante apenas diez minutos del molino Abadal. El caserío debía su nombre a los monjes cistercienses del monasterio Santes Creus, quienes por aquellos líos de las mandas medievales habían recibido la donación de una finca junto al riachuelo Foix: los monjes tenían instalado tradicionalmente en el caserío un administrador o mandadero, cargo que por los años 1770 desempeñaba Juan Bruna, a quienes los labriegos conocían con el apodo “hostaler dels Monjos”, criado de los monjes; su casa, el caserío, “Hostal dels Monjos”. Hija de Juan Bruna y de Rosa su mujer había nacido Margarita, a la cual Cristóbal Rafols, mozo de veintiocho años requiere de amores: Quiere casarse con ella. Pronto, el año que viene. La próxima boda alegró las conversaciones monótonas de Santa Margarita:

—Por fin se casa el Cristóbal del molino Abadal.

—¿Con quién?

—Con Margarita Bruna, la hija del “Hostaler dels Monjos”.

Celebraron su boda, “habiéndose hecho las tres acostumbradas amonestaciones tres días festivos en la misa matinal y en la misa mayor”, el 24 de noviembre de 1771

Cristóbal y Margarita serán los padres de nuestra monja María.

Y el caserío Monjos andando el tiempo “devorará” el municipio de Santa Margarita suplantando su nombre: Hoy el pueblo se llama Monjos, y Monjos su estación de ferrocarril en la línea Barcelona-Tarragona. Bien mirado quizá la usurpación haya sido legítima, pues los viejos documentos indican que dentro del territorio donado a los monjes Santes Creus se incluía el molino Abadal, y probablemente los caseríos de Santa Margarita.

Así que demos a los frailes lo que a los frailes pertenece: el nombre del municipio.

Recién casados, Cristóbal no tenía casa que ofrecer a su esposa Margarita. Así que se instalaron en el hogar de la mujer, familia Bruna, caserío Monjos. Desde allí Cristóbal podía continuar trabajando en el molino Abadal a las órdenes de su hermano Domingo.

Pronto sucedió una sorpresa venturosa. Los Alcover, gente rica de Villafranca, dueños de tierras por los campos del Penedés y de casas en Villafranca, poseían el molino d’En Rovira, pegadito al costado de la ciudad, a solo un kilómetro: Se les murió el molinero, les urgía encontrar sustituto de confianza. Pensaron elegirlo entre los Rafols del molino Abadal, cuya fama de laboriosidad y honradez estaba reconocida en toda la comarca.

Así Cristóbal Rafols, a los dos años de casado, se encontró al frente del “molfí d’En Rovira”. No podía soñar mejor regalo para su Margarita que acomodarla en la nueva casa; les parecía vivir un cuento de hadas.

Aquí nacerá nuestra monja María, he venido a respirar el aire suyo.

Las hijas de Madre Rafols, cómo no, conservan la casa como si fuera uno de esos estuches o joyeros donde las mujeres guardan joyas familiares de generación en generación.

La casa, típica de payeses catalanes, preside un pequeño territorio de huertas regadas por el riachuelo Milió, minúsculo afluente del río Doix: del riachuelo deriva la acequia que movió el molino.

Hoy la casa ofrece un aspecto immaculado, convertida en museo, con su verja y sus maceta, la hornacina devota en su fachada. Las tres plantas del edificio corresponden a la distribución inevitable impuesta por el molino. A ras de tierra, planta baja, la muela gigantesca con sus arneses, el depósito de grano, adosadas una cuadra y la bodega. El piso “noble”, planta principal, con las cinco piezas destinadas a vivienda familiar del molinero: una sala central con ventana en la fachada; dos dormitorios amplios, otro minúsculo; la cocina, que sirve de comedor.

Arriba, la buhardilla: el desván y trasteros, con espacio para colocar camas de niños si viene familia numerosa.

El Cristóbal y la Margarita vivieron aquí felices, qué duda cabe: cuánto me hubiera gustado conocerlos, seguro que la piel les tomó ese tono extraño característico de aquellas personas aposentadas a la vera de las piedras de un molino, color de pan integral con mezcla de harina y de salvado. Felices, molían, cultivaban su huerto, se llegaban a Villafranca los domingos para la misa, entresemana al mercado... y engendraban hijos: les nacían a chorro... y desgraciadamente a chorro morían.

Los campos del Penedés, terreno arcilloso, arenisco, calizo, por esta mitad segunda del siglo XVIII todavía no presienten la fortuna que pronto las viñas traerán. Villafranca preside una extensa llanura donde los labriegos cultivan cereales, almendras, frutas, legumbres y hortalizas. Villafranca entonces y ahora presenta la estampa de una ciudad consciente de su categoría, cubriendo el costado occidental de la provincia de Barcelona en la raya misma de Tarragona, con Igualada arriba, Villanueva y Geltrú abajo. De Villafranca narran las crónicas que ya tuvo su etapa de esplendor cuando recién estrenado el siglo XIII Jaime I celebró cortes aquí con un resultado precioso para el porvenir de Cataluña: el rey concedió derechos y franquicia a los municipios. Su larga historia incluye episodios gloriosos; y desgracias tan lamentables como la ocasionada por el espíritu vengativo de Juan II, quien al retirarse del sitio a Barcelona degolló cuatrocientos villafranquinos. Durante las guerras contra Felipe IV, también cuando la Sucesión, Villafranca cumplió su compromiso catalán. Por estos años bisagra entre los siglos XVIII y XIX, mientras nuestra monja María realice hazañas memorables ante los ejércitos de Napoleón, Villafranca fastidiará las vanguardias del general Chabrán acosando la columna que sube de Tarragona hacia Barcelona. Dotada de un notable patrimonio artístico civil y cristiano, la ciudad presentaba un aspecto laborioso, enérgico, capaz de poner en pie iniciativas industriales de tipo familiar que dan vuelo a los productos agrarios: cría de ganado de cerda y aves de corral, aserradoras de madera, destiladoras de aguardiente, cerámica para la construcción, almidones, bocinas, fundición de campanas, cemento, curtidos, chocolate, géneros de punto, jabón, jarabes, pastas para la sopa, estampados; sin contar la actividad harinera de los molinos; vean ustedes si los villafranquinos poseían ilusión creadora para llevar adelante el progreso de

su tierra. Motor para el desarrollo económico del Penedés fueron las “sociedades”, “centros” y “sindicatos” que abrieron la relación comercial con otras regiones de España y con países extranjeros: gracias a ellos Villafranca introduce por esta época de nuestra monja María el cultivo de la patata que obtendrá un auge sensacional durante la próxima invasión francesa. A mitad del siglo XIX, los bosques de la comarca dejaron paso a las viñas, ofreciendo un horizonte mundial para los caldos del Penedés. Ha sido una especie de milagro comercial.

Hoy he tenido la fortuna de visitar Villafranca en fiestas: celebra la memoria del mártir san Félix, cuyas reliquias llegaron hace cosa de tres siglos: Félix desplazó a Raimundo del patronato, dejando al santo dominico en “copatrono”. La gente pone cara muy alegre.

El matrimonio de los jóvenes molineros Cristóbal Rafols-Margarita Bruna puso en el mundo un primer niño al que bautizaron Juan y creció robusto. Le siguió Cristóbal: antes de cumplir dos años, se le murió. Vino en seguida una niña, María Margarita: duró dos meses, de fin de febrero a fin de abril de 1776. La cuarta, Margarita Paula, llegó a edad madura. Pero el quinto, “bautizado de urgencia”, sin nombre, fue enterrado al día siguiente de nacer... Seguirán cinco hijos más: dos morirán temprano.

¿Por qué?

La condición sanitaria del Penedés, como la de tantas otras comarcas de España, resultaba por aquellos años muy deficiente. Igual que anchas zonas del País Vasco sufrieron la plaga terrible de la tuberculosis, según los científicos favorecida por la contaminación de la leche de vaca, el Penedés soportó la endemia palúdica: los mosquitos anófeles señoreaban el territorio, húmedo, abundante en charcas, pozos, extensiones pequeñas de agua estancada, un paraíso para nidos anofélicos. El terrible mosquito *plasmodium falciparum* campaba a sus anchas metiendo en los hogares la *terciana maligna* con fiebres intermitentes que debilitan rápidamente al enfermo; y en aquel tiempo, privado de quimioprofilaxis eficaz, acababa con él. El anófeles rebajaba la media de vida para las personas mayores; entre los niños causaba estragos.

La sexta hija nació en el molino d'En Rovira el 5 de noviembre de 1781. Cristóbal y Margarita llevan diez años casados. Han engendrado cinco hijos; solo dos, el niño Juan y la niña Margarita María, siguen vi-

vos. Así que la recién nacida ocupa el tercer puesto entre los niños del molino. Todavía vendrán tres niñas y un niño.

A los dos días de nacer la bautizaron en la parroquia Santa María, de Villafranca; el “vicario” don Miguel.

“Vicario” llaman al párroco los documentos del archivo: otra vez la categoría histórica de la ciudad. Al “párroco” de Villafranca el prestigio dorado de los siglos lo vinculó con la catedral de Barcelona, asignándole un puesto entre los canónigos con “dignidad” de “Arcediano del Penedés”: residía como canónigo en Barcelona y regía la parroquia mediante un “vicario”, quien ejercía de hecho las funciones de párroco en Villafranca. He anotado la descripción “piadosa” del asunto. La realidad es que “alguien”, rey, arzobispo, conde, “alguien”, decidió que la parroquia de Villafranca daba prestigio y dinero a su titular: “regaló” el “cargo” a un canónigo barcelonés, quien dejando la tarea sacerdotal a un “vicario” ostentaría el bonito título “Arcediano del Penedés”... y recibiría “emolumentos”, en especie o en metálico. Cosas de tiempos pasados.

Bautizaron a la niña María, dándole como nombre completo María Josefa Rosa. Agradecido a la familia propietaria del molino, Cristóbal Rafols invitó de padrino a Juan Pablo Alcover, hijo de los dueños. Para madrina, Margarita Bruna escogió a su hermana María.

Una lápida recuerda en la parroquia de Villafranca el bautismo de María Rafols, “dona insigne en alleugerir les misereres humanes”: aliviar miserias humanas constituirá el oficio de esta niña, que “armada amb la caritat” afrontará sin miedo “lo furor belich dels sitiadors de Çaragoça”. Saldrá valiente, la niña. Heroica. Quién lo dijera, viéndola linda y pequeña sobre la ilustre pila bautismal de Santa María.

Pila ilustre, que cristianó entre miles y miles de villafranquinos un lote de “hijos célebres”, cuyos retratos honran la Galería de la Sala Consistorial de Villafranca. Abierta la letanía por el titán Raimundo de Peñafort, entre militares, catedráticos, médicos, abades, escritores, poetas, obispos, veo a nuestra monja sor María...

Qué vueltas de la vida: Hoy Villafranca del Penedés, ciudad merecedora de loas y respeto por tantos motivos, la conocen los ciudadanos del planeta a finales del siglo veinte a causa de dos tesoros: El vino del Penedés... y una monja hija del molinero Cristóbal.

3

UNA INFANCIA ENTRE GOZOS Y SOMBRAS

*Villafranca, Santa Margarita, la Bleda
1781-1798*



Este es el «retrato casi oficial» tal como lo han idealizado las hijas de la Madre María Rafols a base de las tradiciones conservadas en su Congregación.

Los archivos donde duermen miles de legajos históricos referentes a la época, han cometido una injusticia grave con Margarita Bruna, mujer de Cristóbal Rafols: Apenas conservan alguna referencia tocante a ella, cómo era, qué trazas se dio en el cuidado del marido y los hijos, cuánta delicadeza y cuánto amor les dedicó. Lástima. Si el “señor vicario” o los frailes dominicos de Santa Margarita hubieran adivinado el porvenir, la de datos que tendríamos hoy con la descripción minuciosa de la vida familiar en el molino d’En Rovira. Los ángeles, digo yo, sí conocerían de antemano la trayectoria prevista en los planes de la Providencia para aquella minúscula personilla bautizada con tres nombres, María Josefa Rosa. Sospecho que por lo menos al ángel de la guarda el Señor Dios revelará con tiempo, quizá nada más nacer el niño o la niña asignados a su custodia, la ruta futura del pequeñín, sobre todo si de aquel revoltijo de ropitas blancas presentado a la pila bautismal ha de salir un personaje realizador de hazañas memorables. No sé, pienso que sabiéndolo el ángel de la guarda podrá esmerar sus cuidados. Desde luego, cada persona somos importantes y valiosos ante la presencia de Dios; pero imaginen ustedes si el ángel custodio, ignorante de cuántos kilómetros había de pedalear cuando mayor, se hubiera descuidado dejando que cierto chaval de nombre Miguel Indurain se partiera una pierna cazando nidos por los árboles de su pueblo: cojitranco para toda la vida; a ver cómo iba a ganar el tour de Francia cuatro veces seguidas, misión que el departamento celestial deportivo le tenía asignada.

Pues ignorantes o sabedores, el caso es que ningún ángel avisó a ninguno de los moradores del campo del Penedés las hazañas previstas para la niñita María Rafols. Consecuencia, nadie se molestó en dejarnos escritas las cualidades de su madre.

Tampoco me parece desacostumbrado este descuido angélico, permítanme una confidencia. De algunos años acá he puesto mano

a componer una "biografía crítica de la Virgen María", librito en el cual deseo recoger y analizar minuciosamente los datos precisos que de la vida de Nuestra Señora conocemos con certeza. Escasos, desde luego, aunque esplendorosos, preñados de sugerencias: me permitirán comentar "qué sabemos con rigor" de la Virgen María y "qué nos gustaría saber" aunque exactamente no lo sabemos. El primer asombro reside en la ausencia total de indicaciones históricas sobre los padres de la Virgen, a quienes veneramos tiernamente detrás de los nombres de Joaquín y Ana inventados por la tradición. Fueron padres silenciosos de una niña arcana, recatada. Solo una vez, en los campos de Belén, armaron bullicio los ángeles sobre María a cuenta del Niño "que hallaréis en un pesebre, id a adorarlo". De Joaquín y Ana, silencio absoluto, ni siquiera una pista para decidir arqueológicamente si nacieron y vivían en Jerusalén, en Nazaret, o en Séforis, localización que considero "la más posible", por no escribir probable: Séforis, la deslumbrante ciudad construida por los romanos siete kilómetros al norte de Nazaret para capital de Galilea, en cuyas afueras "Joaquín" apacentaría un rebaño, acaso cultivaría un huerto, como la mayoría de sus compatriotas. Quién sabe; los ángeles, mudos.

De Margarita Bruna, mujer de Cristóbal Rafols, apenas quedan unas hebras que nos permiten llegar al ovillo de una payesa honesta, cristiana, consumida en el cuidado amoroso del marido y de los hijos. Ninguna pena le fue ahorrada, suele ocurrir con las madres si dan a luz muchos hijos; la veremos viuda en plena juventud y cargada de criaturas. En Villafranca le decían "la molinera d'En Rovira".

A los diez años de estancia en el molino, a Margarita le cambiaron el nombre. Más exactamente, le cambiaron el molino: pasó a llamarse "la molinera de Mascaró".

Porque Cristóbal Rafols cambió de molino.

¿Qué pasó?

Exactamente desconocemos los motivos. Creo inverosímil un disgusto con los Alcover, dueños del molino d'En Rovira: al contrario, la relación parece afectuosa; y se confirma con la presencia de Juan Alcover como padrino de la niña María en el bautizo de hace solo dos años.

Dos años cumple María cuando la familia cambia de residencia: en mayo de 1783 nace una nueva hermanita, bautizada Rosa Lucía "en

la parroquia de Nuestra Señora de la Bleda”, pequeño pueblo de cincuenta habitantes a tres kilómetros de Villafranca y dentro del término municipal de Santa Margarita. La nena Rosa Lucía murió a los tres meses de nacer. Los documentos parroquiales de la Bleda donde se cuenta el arribo y la partida de Rosa Lucía, definen a su padre Cristóbal así: “Molinero del molino de Mascaró”. Efectivamente, la Bleda tenía su “molino Mascaró”, así llamado quizá por los propietarios.

El traslado del molinero Cristóbal de “En Rovira”, afueras de Villafranca, a “Mascaró”, pueblecito la Bleda, pudo deberse a una oferta económica ventajosa o a la búsqueda de un terreno menos contaminado: pero de los tres hijos que aquí le nacerán, la primera, Rosa Lucía, le muere a los tres meses...

Durante los tres años de permanencia en la Bleda, los Rafols enriquecen su hogar con dos niñas: Josefa y Antonia. Le servirán a María de preciosos juguetes vivos: cuando nace Josefa, María tiene cuatro años; seis, al venir Antonia. En el molino Mascaró crece María desde sus dos a sus doce años.

Habitan una casa gemela del “molino d’En Rovira”, ajustada al patrón de los molinos comarcales: la planta baja destinada a las muelas y graneros, con un pajar adosado; el piso superior, a vivienda.

Es curioso un detalle conservado en la primera tradición de los payeses, cuando comenzaron a conocer las hazañas de María Rafols, la paisana ausente: la familia de Cristóbal y Margarita dejaron un recuerdo de gente buena, “acostumbraban a recoger en su pajar a los pobres, pues la caridad era proverbial en aquella bendita familia”.

Ya vemos, no dio mala escuela a sus hijos la madre Margarita.

Ella, Margarita, les hizo de maestra: la Bleda, pueblecito minúsculo, carecía de escuela. De todos modos, la buena formación literaria que más tarde comprobaremos en María Rafols pudo apoyarse estos diez años de la Bleda no solo en las enseñanzas de su madre; el cura párroco daba los domingos catecismo a los niños, preparándolos según costumbre para la confirmación y primera comunión: nada impide sospechar que a lo largo de la semana les enseñara también las primeras letras. Por otra parte, la excelente escuela de los dominicos de Santa Margarita quedaba a distancia prudente, fácil de cubrir para los chavales durante la época buena del año.

Cerrando estas estampas en torno a la trayectoria existencial de la madre Rafols, les contaré el trabajo largo y concienzudo que José Ignacio Tellechea y Rosario Aznar realizaron pegándose a las huellas de

nuestra monja como sabuesos dispuestos a ventear cualquier pista por minuciosa que parezca. Pieza a pieza reunieron un conjunto documental impresionante.

Pero les quedaron lagunas resacas, privadas de información rigurosa. He sonreído adivinando que a mi amigo José Ignacio le falló la paciencia cabalmente a cuenta de estos años infantiles de María Rafols. Cierto que los niños, aunque de mayores lleguen a insignes, de críos ofrecen escasos perfiles diferenciales. Mejor así, pues evitan aparecer como niños redichos, peripuestos, criaturas “repipis”, déjenme escribirlo aunque la palabreja no figure todavía en el diccionario de la Academia. La niña María vivió una infancia normal, gracias a Dios. Sin llamar la atención con aparatosas señales prematuras de santidad. Su ángel de la guardia, calladito. Cuando el relato de sus hazañas llegó a Villafranca, ya los contemporáneos habían desaparecido. Quienes declararon aportando noticias sobre la familia Rafols intentaron recordar “qué habían oído contar de aquella chiquilla”... No digo que “inventaran”; sin embargo el resultado fue que aportaron frases genéricas y algún episodio de muy dudosa autenticidad.

Pues mi amigo José Ignacio, harto de bucear estos primeros años de María Rafols sin obtener cosecha, se dejó arrastrar por el cansancio y aceptó como rigurosa la declaración de un señor abogado de Villafranca que en 1926, ¡a 150 años de la infancia de nuestra niña!, recoge “las referencias de la familia Alcover”, los dueños del molino d’En Rovira, “desaparecidos totalmente por la muerte”. La aportación testifical del señor abogado, Santiago Abella, fue la inevitable, acerca de una niña ya tenida en 1926 por santa:

“En la niña María Rafols se anticipó la virtud a la razón”.

Y el señor abogado se queda tan ancho.

Prosigue:

—Muy niña, en las crudas veladas del invierno, dormíase al amor de la lumbre mientras su madre preparaba la cena. Pero de ninguna manera quería acostarse. En aquel lugar, diariamente, sin falta, se rezaba el rosario al llegar el padre terminada su labor, y la tierna criatura esperaba ese momento: apenas entraba el padre despertaba alegre y rezaba el rosario con gran fervor...”.

Venga, señor abogado, no me invente despropósitos. El rosario lo rezarían, como tantas familias cristianas de la época; y la niña se aburriría como nos hemos aburrido todos los niños de su edad.

Está embalado, nuestro abogado:

—Tenía un natural dulcísimo, era estimada y admirada de todos. Al

revés de las niñas de su edad, no hacía caso de vanidades ni juegos, y solo andaba con su madre; sorprendía a todos su aire de santidad. A su belleza peregrina, unía la más preciada aún hermosura del alma...

Se está pasando usted, mi don Santiago. Lo que no le perdono es que nos convierte a María en una niña anormal, criada entre las sedas y terciopelos de palacios orientales. Ella fue hija de payeses, molinero su padre; y se crió respirando aire campesino con el buen olor del trigo molido. Para remate de su trabajo barroco, el señor abogado echa mano de un par de episodios que a lo largo de mi vida, gastada estudiando biografías de santos modernos y antiguos, he visto repetido cien veces: Que “al ver pasar un mendigo, corría presurosa a llamar a su madre para que le diese algo con que hacer limosna”; que un día “oyó blasfemar a un pastor y lloró amargamente”; que, agárrense a la maroma, “un año que cayó intenso pedrisco en el término municipal, solo se salvó del pernicioso fenómeno el campo del molí d’En Rovira”... Entendámonos, el señor abogado no dice a la letra que la niña Rafols evitara el pedrisco, pero la intención está clara.

Medito la declaración del abogado Abella; lo más verosímil me parece la piedad de la niña María hacia los pobres: Del archivero Altisent procede la noticia del pajar –“pallera” en catalán– adosado al molino Mascaró, donde los Rafols acogían a los pobres del camino. Este señor archivero condensa sus investigaciones con una frase que veo prudente, razonablemente fundada:

–Allí, en el molino Mascaró, de Bleda, en aquel rinconcito ignorado, María Rafols fue impregnándose de amor de Dios mediante la gracia divina, y la educación esmeradamente cristiana que recibía de sus padres.

Vamos, niña María creció como Jesús de Nazaret. A quien por cierto nos pintan los evangelios apócrifos realizando prodigios ante sus compañeros de infancia: por ejemplo, fabricando pajarillos de barro y echándolos a volar. Seamos justos, el señor abogado Abella no se atreve a tanto con nuestra niña María...

A finales de mayo de 1785 hubo fiesta grande para Villafranca y su contorno: Vino de visita pastoral el obispo de Barcelona don Gabino y confirmó los niños de la comarca. El párroco juntó en la iglesia de las carmelitas calzadas cuarenta niñas de la ciudad, con algunos de Santa Margarita y de la Bleda. La familia Rafols aportó tres niñas: Margarita, siete años; María, va para cuatro; Josefa, dos meses. Era costumbre que el obispo tardara en volver a confirmar muchísimo, por eso le traían incluso criaturitas en pañales. También era costumbre ofrecer a su ilus-

trísima una comida opípara; de postre, brazo de gitano elaborado con docenas y docenas de huevos...

Hasta los doce años de María, el molinero Cristóbal gobierna el molino Mascaró, de la Bleda. Por la primavera de 1793 ha regresado con la familia a su pueblo natal, Santa Margarita. Tampoco consta la razón de este regreso. Pero nos da una pista el dato de que a los pocos meses, enero de 1794, muere Domingo Rafols, el hermano mayor de Cristóbal: como "hereu" había recibido en 1770 la jefatura familiar y con ella el mando del molino Abadal. Sospecho que Domingo había caído enfermo y reclamó a su hermano Cristóbal para llevar adelante el molino, "este molino" de Santa Margarita que consideraban su verdadero cubil familiar, donde todavía vive la abuela Madrona.

Al regresar a su pueblo, Cristóbal se instala con los suyos en casa de su mujer, Margarita, hogar de los Bruna llamado "Hostal dels monjos": ocupan una dependencia adosada al caserío, conocida como "Quadra del monjos". La familia Bruna, diezmada poco a poco, ha visto morir uno a uno a todos los varones, primero los hermanos de Margarita, hay memoria de Juan y de Manuel; luego su padre: solo mujeres habitaban ya el "Hostal", la madre y las hermanas de Margarita. La llegada de su hija, su yerno y sus nietos alegró a la abuela Bruna. Por desgracia el gozo sería corto.

Desde el "Hostal dels monjos" Cristóbal reanuda su antiguo trabajo en el molino Abadal, esta vez como gobernante. Apenas llegadas las Navidades, una espiral de fallecimientos descarga sobre la familia causando el asombro de los labriegos del contorno, quienes a partir de este fatídico 1794 inventan para el Abadal un mote sombrío: "Molí de la mala mort".

Cinco personas murieron en pocos meses. Primero, el último hijo de Cristóbal y Margarita, bautizado José: ni medio año llegó a cumplir. Para la niña María esta muerte de su hermanillo hubo de causarle impacto especial, los fallecimientos anteriores ocurrieron siendo ella demasiado pequeña; ahora está en sus doce años. Luego mueren no sólo el tío Domingo, hermano de Cristóbal, sino también su mujer Rosa; con solo una semana de espacio. Al mes, la abuela Madrona, como agotada por tantas penas. Lo peor sucedió en primavera: Cristóbal cae enfermo. Margarita lo cuida amorosamente, espantada con pensarse viuda cargada de hijos, son cinco: el mayor, Juan, ha cumplido veintidós años; pero le siguen cuatro niñas, la mayor Margarita Paula con dieciséis años, María con doce, Josefa nueve, Antonia siete. Será lo que llaman los labriegos "un cuadro", como a esta mujer le muera el marido.

Le murió, a las puertas del verano. Paciente y sacramentado, dejó Cristóbal un recuerdo de hombre cabal buen cristiano. Le asistieron el párroco de Santa Margarita, y fray Pablo, franciscano de Villafranca. Había cumplido "Cristóbal el molinero" los 51 de su edad.

Margarita queda en casa de su madre, cuatro niñas apretadas a su falda. Supongo que el hijo Juan trabaja en el molino. Margarita cavila: qué debe hacer. Si casarse de nuevo buscando apoyo en otro marido. Las niñas crecen...

De María sabemos que va haciéndose una muchacha espigada, esbelta. Aunque el maldito paludismo deja rastros en su salud, que nunca será robusta.

¿Y qué camino quedaba para la madre viuda, Margarita Bruna? Viuda, en sus cuarenta y cuatro años.

De momento permaneció con el hijo y las niñas en casa de su madre, el "Hostal dels monjos". Cuatro años así. Entretanto se hizo a la idea de casarse de nuevo. Efectivamente, el 19 de febrero de 1798, la viuda Margarita Bruna contrae segundas nupcias con el también viudo José Marcer, vecino de la cercana Villanueva y Geltrú.

A partir de esta fecha desaparecen de los libros parroquiales de Santa Margarita los nombres de Margarita Bruna y sus hijos; lo cual indica que se trasladaron todos a Villanueva y Geltrú, residencia del nuevo esposo.

Cuando la segunda boda de su madre, María ha cumplido diecisiete años: Desde la muerte de su padre la adivinamos como escondida por un velo de niebla densa.

Está en Barcelona.

¿Desde cuándo? ¿Tiempo largo? ¿"Está", o va y viene? Para hacer... ¿qué?

4

EL “OBISPO” DE LOS ENFERMOS

Barcelona

¿?-1804



Arriba, el baúl de viaje utilizado por las Hermanas en su viaje de Barcelona a Zaragoza. Abajo, retrato imaginativo del Padre Juan Bonal.



Arriba o abajo de la boda de su madre Margarita con el viudo Marcer, María Rafols, que ya pasó de niña a jovencilla, “se fue a Barcelona”. Nadie removiendo legajos recónditos de archivos y bibliotecas ha conseguido exactamente fijar “cuándo” ni “cómo”; “¿para qué?” se fue; esto último sí: puesto que la llevaron a un colegio, iría evidentemente “a estudiar”.

Entramos en una etapa neblinosa de la trayectoria personal de María: hasta que la encontremos hecha una mujer de veintitrés años apenas podemos rastrear noticias y suposiciones como lebreles pegados a su pista.

Déjenme recordar que tampoco sobre los años de Jesús durante la etapa de vida silenciosa en Nazaret con María y José, sabemos gran cosa: Al niño del carpintero, luego carpintero él, nadie le concedió importancia hasta que salió a predicar por las orillas del lago. María Rafols, antes de cumplir sus veintitrés años, no atrajo hacia su persona el interés de los cronistas: espiar sus idas y venidas de Villanueva a Villafranca, equivale a buscar alfileres dentro de un pajar.

Quién aconsejó a Margarita Bruna enviar su niña a un colegio de Barcelona, si el párroco, si un fraile del convento dominico maestro en la escuelita de Santa Margarita, si un franciscano amigo de la familia, acaso el padre Pablo que sacramentó a Cristóbal Rafols moribundo; quizá José Marcer, el nuevo marido de Margarita, padrastro de María, la vio más espabilada que otros niños...

Alguien pagó los viajes, las ropas, los libros, el colegio, ¿quién? Probablemente Margarita y su hombre: ¿disfrutaba José Marcer buena posición en Villanueva y Geltrú? Pienso si, al morir Cristóbal Rafols, se hizo adelante el padrino de María, Juan Pablo Alcover, hijo de aquellos Alcover adinerados que llamaron a los Rafols para encargarlos del molino “En Rovira”. Alguien afrontó los gastos de Barcelona, ignoramos quién.

Fuera quien fuese, acertó eligiendo el colegio: la Orden de Nuestra Señora, Enseñanza; institución prestigiosísima; y notable, ya que siendo religiosas de clausura recibían colegialas dentro de su monasterio; gozaban una reputación de primera calidad. Fundadas por Juana Lestonac, sus monjas estuvieron partidas en dos familias, la Orden de Nuestra Señora y la Compañía de María: hacia 1950 y a instancias de Pío XII se fusionaron las dos ramas en un solo instituto. Ambas ramas traían una historia excelente como enseñantes y como formadoras. Qué pena, si me hubiera tocado vivir en Barcelona los años de María Rafols, tendríamos noticias de su “etapa estudiantil”: he frecuentado y admirado los colegios de la Orden de Nuestra Señora, Enseñanza.

Cuánto tiempo pasó ¿interna? en el colegio barcelonés de la Enseñanza; con qué frecuencia “bajaba” hasta Villanueva y Geltrú a estar con su madre; si los Rafols o los Marcer contaban con parientes en la capital catalana cuya presencia sirviera de apoyo a la joven María; todo son preguntas sin respuesta. Haría amistades, frecuentaría iglesias, pasearía Barcelona... Les confieso que para un periodista metido a biógrafo con doscientos años de distancia, este túnel oscuro de María Rafols resulta penoso, agobiante.

La oscuridad alcanza nada menos que desde los ¿catorce? ¿diecisiete años? de la protagonista, jovencilla; hasta sus veintitrés, ya toda una joven mujer: de la que consta era esbelta y agraciada, de buena estatura, floja de salud.

La hemos visto, ni la hemos visto siquiera, la hemos adivinado, atravesar de puntillas la raya que separa el siglo XVIII del siglo XIX: Ahora, 1804, en sus veintidós años y a punto de cumplir veintitrés, María Rafols nos aparece de repente iluminada; sobre el escenario de la vida pública. En adelante lo sabremos todo de ella. Digamos “casi todo”: seguiremos su trayectoria paso a paso.

Del verano a las Navidades de 1804 ocurren a María dos acontecimientos que dan un giro a su existencia: Alguna relación, pienso, hubo entre los dos.

Primer acontecimiento, muere su madre Margarita en Villanueva y Geltrú. Costó trabajo dar con la fecha de su defunción a causa de un trámite burocrático: La partida figura en los libros parroquiales con el nombre de Margarita incorporado al apellido del marido Marcer, no al suyo Bruna; así que los investigadores se volvían micos dando vueltas a los registros. Por fin apareció:

—El día 21 de junio de 1804, en la presente parroquia de san Antonio Abad, de Villanueva y Geltrú, obispado de Barcelona, recibidos los santos sacramentos de penitencia, eucaristía y extremaunción, murió, de edad de 52 años, Margarita Marcer y Bruna...

Murió dos veces viuda, José Marcer le precedió. Quizá los bienes que poseyeran Marcer habían recaído a los hijos del primer matrimonio, al “hereu”, no sé; el caso es que a Margarita no le tocó sepultura propia: la enterraron “en el foso común del fosar nuevo de dicha parroquia”; la partida de defunción no deja lugar a dudas: fue enterrada “con solemnidad de clase pobre”. O sea, sin solemnidad. Añade que “no hizo testamento”: para qué, carecía de bienes que testar.

Vamos a iluminar la imagen de María Rafols en sus nuevas singluras: dediquemos siquiera un minuto a cierta reflexión global sobre sus veintidós años cumplidos.

Simplemente, quiero subrayar que la infancia, adolescencia y primera juventud de María no están entretrejidas con hebras de oro. Como la mayoría de los españoles de su época, ha gozado una convivencia familiar amorosa; y como la mayoría, ha soportado en el seno del hogar duras embestidas de dolor. Sin necesidad de largas prédicas, el ejemplo de sus padres le ha forjado una conciencia refleja, amueblada con virtudes fundamentales: la fidelidad, el sacrificio, una actitud de servicio a los demás. Ha experimentado la pobreza; realmente ha respirado austeridad; y está bien entrenada en pequeños sacrificios. Del Penedés ha salido hacia Barcelona una chica sencilla, trabajadora, sin doblez. Alma limpia, ojos claros. Piadosa, asentada sobre la fe cristiana que pasa de abuelos a hijos, a nietos. Sabe que por el mundo ruedan pobres más pobres que ella y sus hermanos: los ha visto alguna noche cobijarse dentro del pajar adosado al molino Mascaró. Las personas de Villafranca, cuyo testimonio miro con recelo a causa del tiempo transcurrido, todos insisten: María niña, además de preciosa criatura, dio señales de inteligencia precoz, despierta. Pues qué bien, las monjas del colegio barcelonés de Enseñanza recibieron excelente metal para su trabajo educativo.

Y obtuvieron un resultado superior: Nos consta gracias al segundo acontecimiento que marca a María este año 1804, y la coloca en el escenario de la vida pública.

He sugerido líneas arriba si los dos acontecimientos tuvieron conexión: ocurre que María se embarca en una gran aventura personal *justo a lo seis meses de morir su madre*. Curiosa coincidencia que hace pensar: quizá María resolvió tomar la decisión “irse monja” tan pronto faltó el lazo que la unía a su tierra natal, donde sus hermanos, ya todos mayores, seguían cada cual su camino. El propósito vocacional le habría madurado desde tiempo atrás; y al fallecer su madre, quedó ella libre como los pájaros.

A falta de foto suya, qué lástima, cierro los ojos y procuro “inventarme” imaginativamente cómo verían a esta chica quienes en Barcelona o en Villanueva la conocieron a sus veintidós años jóvenes. Les confieso que a base de los escasos datos disponibles de su infancia, y de los trazos, ya verán ustedes, recogidos entre 1804 y 1815, mi fantasía elabora una estampa graciosa de una joven linda, atractiva. Dicen que de niña fue preciosa. Pues de mayor, la veo prudente, recatada, pero una joya. Así la veo, una alhaja.

Nuestra gente sencilla suele decir “cosas de la suerte”; para los griegos, era *el destino*; los árabes, *la fatalidad*. En lenguaje cristiano disponemos de una palabra que introduce “alguna” presencia de Dios en la trama de nuestras vidas: *Providencia*. A costa de largos años tejiendo y destejiendo amistades por el planeta, he llegado al convencimiento de que los encuentros significativos de nuestras trayectorias está prefijados en hojas de ruta que los ángeles llaman providenciales.

Quiero decir que María Rafols cruzó su camino con Juan Bonal “porque así estaba escrito”, tenía que ocurrir. Y ocurrió. El segundo acontecimiento de 1804, decisivo.

Cuántos curas y frailes conoció María sumando a los párrocos de Santa Margarita, a los dominicos de la escuela, a los franciscanos de Villafranca, sus nuevas amistades de Barcelona, vaya usted a contar...

Pero el hallazgo de don Juan Bonal, fuera el sombrero: Providencial.

Aunque no me atrevería a decidir si María descubrió a don Juan, o fue don Juan quien ganó una pieza selecta, quien cazó en sus redes una avecilla primorosa.

Qué buen tipo de cura, el padre Bonal. Vivió sesenta años, a caballo entre los siglos XVIII y XIX: la mitad, treinta años, los gastó al servicio de los enfermos, de los locos, de los niños abandonados. Pertenecía a esa docena de insignes dementes llamados Juan de Dios, Vicente

de Paúl, Camilo de Lelis, Angela de la Cruz, Teresa de Calcuta, familia en la cual veremos cómo a corto plazo entra decididamente nuestra María Rafols, la jovencilla extraviada en Villafranca del Penedés y hallada en Barcelona; hombres y mujeres que tomaron al pie de la letra aquellas palabras de Jesús cuando dijo que *es El* quien está enfermo, dolorido, comido de miseria, andrajoso, lleno de piojos, que *es El* cuando vemos un ser humano así tirado por la calle, sufriente en la cama de un hospital, agonizante, abandonado. El cura Bonal, el padre Juan Bonal, iba para profesor, literato y sabio. Tropezó a Cristo, *lo vio* bajo la piel de los enfermos: mandó a paseo los libros y su carrera. Consumió treinta años asistiendo prisioneros apestados, pidiendo limosna de pueblo en pueblo para llevar comida al hospital, y medicinas y vendas y mantas, abrazando a los moribundos. Su figura se alza hoy como un gigante del retablo de personajes insignes del primer tercio del siglo XIX. Y lo que son los honores del mundo, volátiles, flor de heno, fugaces: Su pueblo natal le homenajeó con una lápida ¡al siglo y medio de su muerte!; y la ciudad de Zaragoza “estuvo a punto” de dedicarle una calle; pero si no llega a ser porque su camino se cruzó con la ruta de María Rafols, ni brizna quedaría hoy de la memoria de don Juan Bonal.

Si se conocieron hacia 1800, el padre Juan tenía recién cumplidos los treinta de su edad; María estaba en diecinueve. Don Juan había nacido en un pueblecito del Ampurdán, Terrades, provincia de Gerona, casi en la raya de Francia, un poquito al norte de Figueras. Hijo de labriegos, primero de sus hermanos, le tocaba recibir como “hereu” los campos del padre. Juan renunció a favor de su hermano Jaime: él quería estudiar, le tiraban las letras; quizá pensó ya desde jovencillo hacerse sacerdote.

Estudió, tenazmente. A los veinte años se matriculó en la “universidad Sertoriana” de Huesca, lo cual a mí, que soy oscense, me pone orgulloso: Vean si la Universidad de mi pueblo gozaba de prestigios que un muchacho de Gerona en vez de apuntarse a los cursos académicos de Barcelona, se vino hasta el Alto Aragón. Tendría parientes, amigos, no sé; pero a Huesca se vino.

El pomposo, impresionante, título de “Sertoriana” lo lucía la Universidad de Huesca a honor del general romano Quinto Sertorio. Muchos españoles que nunca subieron desde la ribera del Ebro hacia el Pirineo, imaginan que por las calles de Huesca corren lobos en invierno. Habría que animarles a que viajen a Huesca, a Jaca, al parque Ordesa, a Ainsa, al valle de Ansó, y que trepen por las

faldas del Aneto, verán lo que es bueno: durante las nieves del invierno y bajo el sol blando del estío. Mi Huesca, una pequeña ciudad amable y cargada de historia: desde los ilergetes hasta el siglo XII, urbs victrix, ciudad vencedora, y próspera, ejerció de capital del área pirinaica. Incluso, en tiempo de los romanos: el caudillo Sertorio, que paseó la península ibérica como si fuera un pañuelo, tuvo a Huesca por "plaza de armas"; y aquí murió asesinado por los esbirros de Pompeyo. En loa suya, la "Universidad y Estudio General" de Huesca, creada por Pedro IV de Aragón en mitad del siglo XIV sobre el antiguo "palacio de los reyes", a su vez levantado sobre la Zuda musulmana, lleva título de "Sertoriana". Reyes y pontífices exornaron la universidad oscense, que recibió honores de "regia", "pontificia", produjo alumnos ilustres; y mantenía dignamente el tipo cuando de 1789 a 1791 vino a frecuentar sus aulas el gerundense Juan Bonal: salió graduado "bachiller en filosofía" el 30 de mayo de 1791.

Pertrechado con su flamante título de "bachiller", opositó a una plaza de maestro en Ripoll. Ejerció. Pero resuelto a cantar misa, cursó tres años de teología con los dominicos de Barcelona; y uno, el último, de teología e historia eclesiástica, en Zaragoza. Mientras preparaba su ordenación sacerdotal, opositó de nuevo otra vez a una plaza de maestro en Reus: la ganó, y allí permanece siete años, cinco ya ordenado sacerdote.

En Reus por esta época suya de enseñanza y cantemisa, el joven Juan Bonal, sus veinticinco años de edad, realiza el gran descubrimiento: es Jesús, el mismísimo Cristo hijo de la Virgen María, quien *reside, está* en los sufrientes, en los pobres, en los abandonados. Decide el cura Bonal dar de lado a sus proyectos literarios y "dedicarse" a conseguir alivio y asistencia para los necesitados. Un documento de aquellos años refiere la admiración que provocó en Reus ver al joven sacerdote "visitando enfermos del Santo Hospital y encarcelados, recogiendo niños desamparados, ayudando a doncellas abandonadas". Su estancia en Reus sirvió al padre Bonal como entrenamiento; y además la completó esparciendo su inquietud asistencial entre hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, que acudían a dialogar con él durante las horas largas de presencia suya en el confesonario.

No pudo encontrar Juan Bonal mejor escuela que Reus para adiestrarse como "pasionero", palabra expresiva con que se designaba entonces al sacerdote "destinado a asistir" espiritualmente —a veces tam-

bién materialmente— los enfermos de un hospital: de Reus salió Bonal “doctorado” en esta su “inesperada carrera”.

Reus, capital dotada de señorío para presidir el “Campo de Tarragona”, ha carecido siempre de ayudas naturales o políticas”, me confió uno de sus hijos ilustres, el inolvidable jurista Pedrol Rius, que con Prim, Fortuny, Gaudí, Rosa Molas, ennoblece la historia de Reus: “ni tiene mar, ni río, ni minería, ni Corte, ni Arzobispado; sin embargo consiguió llegar a ser la segunda ciudad de Cataluña”. A mitad del siglo XIX, Reus se vino abajo, perdió habitantes y energía: Tarragona, la capital de provincia distante solo una docena de kilómetros, le ganó la partida. Pero a finales del XVIII, cuando Juan Bonal da escuela y ejerce de “pasionero”, Reus ocupa puesto de honor en las avanzadillas del progreso; los catalanes consideran la ciudad “símbolo del arrojo comercial y espíritu progresista”: utiliza Salou como puerto para salida de los productos del Bajo Aragón, traza calles fuera del recinto amurallado, los industriales renuevan sus antiguas instalaciones, levanta un teatro municipal, casa señoriales, alza cinco fuentes nuevas... y hace frente a la oleada de miseria pública desatada sobre España por la ineptitud de los políticos nacionales.

Nada extraño que “esta ciudad de Reus enérgica y avanzada”, ocupe también un puesto de vanguardia de la asistencia hospitalaria de España: aquí, hospital de Reus, trabajan desde la Navidad de 1792 las primeras “Hijas de la Caridad” venidas de Francia. Don Juan Bonal las ve, las trata, le dan que pensar...

Las Hijas de la Caridad llegaron a Reus justo el 24 de diciembre de 1792. Venían de rebote desde Francia y Barcelona.

Las fundó en la primera mitad del siglo XVIII aquel fabuloso adalid de la caridad llamado Vicente de Paúl: un invento maravilloso a favor de los necesitados. Hasta entonces nadie pensaba que pudieran existir “monjas” fuera de monasterios de clausura: Irse “monja” una chica significaba encerrarse para siempre “en clausura”. San Francisco de Sales intentó que sus religiosas “visitaran a los pobres en sus propias casa”; pero la organización eclesiástica no toleró semejante novedad y acabó encerrándole las monjas en monasterios. Vicente de Paúl tuvo en cuenta la lección: declaró que él “no fundaba religiosas”, él buscaba buenas mujeres para ejercer el Evangelio viendo a Jesús en los pobres,

en los huérfanos, en los enfermos. Reunió algunas cristianas ejemplares de las aldeas y las llevó a una casa de París, donde Luisa de Marillac, santa Luisa, les daba lecciones de enfermería y de piedad. Así nació la inmensa familia de las Hijas de la Caridad, que por decisión rotunda del fundador sacrificaban la tranquilidad conventual al trabajo en favor de los necesitados: “esclavas y sirvientes de los pobres”.

Según costumbre de la época, lejos aún la “emancipación de la mujer”, Vicente de Paúl tuvo que poner al costado de sus “Hijas” una asociación de sacerdotes, encargados de perfeccionar la formación religiosa de aquellas mujeres, estimular su piedad, sostener su sacrificio: fueron los “padres de la Misión”, dedicados a predicar “misiones populares”, llamados “religiosos paúles”, encargados por el fundador de atender a sus Hijas de la Caridad.

Esta historia de las “Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl” tiene mucho que ver con el futuro de nuestra joven María Rafols: don Juan Bonal, cuyo camino se cruzará muy pronto con el de María Rafols, “descubre” en Reus la existencia y la tarea de las Hijas de la Caridad.

Que por estos años cabalmente además de “francesas” comienzan a ser “españolas”: la “culpa” corresponde a los padres paúles. Quienes en 1782 remitieron a París media docena de jóvenes españolas, procedentes de Aragón y Cataluña, para que “conocieran” la “Compañía de Hijas de San Vicente de Paúl” y la “importaran” a España.

El proyecto dio fruto; enseguida un equipo de estas jóvenes, preparado en París y trayendo al frente una superiora francesa, sor Juana Davit, mujer madura y entrenada en tareas hospitalarias, se hizo cargo del famoso Hospital de la Santa Cruz, de Barcelona el año 1790.

Desgraciadamente, los administradores del Hospital barcelonés pretendieron que las hermanas rompieran todo lazo de dependencia con los superiores de París y obedecieran “en exclusiva” a la dirección del mismo Hospital: se sentían jefes con mando en plaza, casi dictadores. No hubo modo de llegar a una inteligencia, las religiosas tenían que defender su propia identidad: a los tres meses las Hijas de la Caridad abandonaron el Hospital de la Santa Cruz, solo una se quedó.

Ya la noticia de las “religiosas hospitalarias” había circulado por España: Reus, en vanguardia de novedades, las solicitó para su Hospital.

Una viuda rica había dejado al morir una manda “a favor de las Hijas de la Caridad, siempre y cuando tengan a bien fundar en Reus las dichas Señoras”.

Los padres paúles tenían establecido en Reus un convento suyo; de modo que a sor Juana Davit, la superiora “fracasada” de Barcelona,

le apeteció aceptar aquella invitación: envió a Reus uno de los tres equipos en que había dividido sus religiosas; otros dos fueron a Lérida y Barbastro.

El Ayuntamiento de Reus obtuvo la licencia real para traer las Hermanas al Hospital; les firmó un contrato razonable que evitara el fracaso de Barcelona: para el régimen interno de su horario, las Hijas de la Caridad seguirán su regla; en el régimen del Hospital, cumplirán las disposiciones de los administradores; el número de Hermanas, tres inicialmente, aumentará según las rentas lo permitan; y “abrirán clases para la enseñanza pública de muchachas, cuando sea posible”. Con la francesa sor Juana Davit vinieron dos catalanas.

El Hospital de Reus ocupaba un viejo caserón en la actual calle Sol y Ortega, cercana a la prioral de San Pedro: el trío de Hermanas funcionó como una seda; el ayuntamiento, feliz; y los enfermos también, sus familias, todo Reus.

Este Hospital sirvió a don Juan Bonal de “universidad” para graduarse “pasionero”. Vio cómo las Hijas de la Caridad lucharon hasta conseguir “abrir escuela” además del Hospital; así cumplían el deseo de Vicente de Paúl, quien había captado las dos necesidades fundamentales de los pobres, acosados por la enfermedad y por la incultura, plagas que consumían a las familias de clase baja: quiso juntar las tareas hospitalarias con la enseñanza, dos mundos que una mirada superficial podría considerar distantes.

Si el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona se permitió el lujo de prescindir de las Hijas de la Caridad, no lo hizo a la buena: contaba con “otras mujeres”, incluso hombres dedicados a dar ayuda dentro de una sumisión absoluta, es decir, sin plantear a los administradores del Hospital “ingerencia” ninguna de autoridades ajenas. Estos hombres y mujeres constituían las famosas “Hermandades”: grupos de cristianos que por horas o a tiempo pleno acudían al Hospital para colaborar desinteresadamente al cuidado y compañía de los enfermos, a la limpieza de la casa, a la búsqueda de donativos en dinero o en especie.

Las “Hermandades” hospitalarias no fueron exclusivas de Barcelona: otros muchos hospitales catalanes y de toda España las tuvieron. Los sacerdotes caritativos como don Juan Bonal habían descubierto la vocación hospitalaria, procuraban fomentar entre muchachos y muchachas jóvenes este servicio humanitario de primera calidad: les orientaban hacia alguna “Hermandad” en la cual se comprometieran incluso a

“servir perpetuamente a los enfermos”; aunque evitaban darles forma jurídica de “congregaciones religiosas” para sortear el recelo con que los administradores de hospitales acogían la oferta de colaboración si “el grupo” dependía de “otra autoridad” distinta de la Junta de gobierno del propio hospital.

La “Hermandad” que mejor respondía a los deseos del Hospital de Barcelona la constituyeron un grupo de artesanos formado por oficiales cordeleros, tejedores, drogueros, carpinteros, que solían dedicar horas libres a los enfermos y decidieron ofrecerse “por completo”, sin condiciones, a la Junta: ellos querían trabajar “como si fueran sirvientes alquilados”, pero voluntaria y gratuitamente. La Junta del Hospital les puso la condición de que no formaran “congregación religiosa”, ni tuvieran superior, ni rezaran los salmos en común; sin ponerse más hábito que una correa y el escudo del Hospital. Las “reglas” de esta “Hermandad”, entregada sin reservas al beneplácito de los administradores, sirvieron de modelo a Hermandades paralelas en otros hospitales catalanes.

Estas “Hermandades” que a finales del siglo XVIII florecen por toda Cataluña imitando la de Barcelona, enlazan con la historia secular, larguísima de la beneficencia cristiana en España. Nuestra Iglesia, tantas veces perezosa y retraída frente a la marcha del planeta, incluso enemiga del desarrollo de las libertades políticas que agitan la sociedad impulsándola hacia horizontes reformistas, estuvo siempre a la cabeza de las instituciones caritativas: supo responder mediante la acción generosa de hombres y mujeres creyentes al imperativo evangélico que nos manda llevar de comer a los hambrientos, vestidos a los desnudos, visitar los presos, consolar los enfermos. Siglo a siglo, desde el primer Concilio de Elvira hasta nuestros tiempos, la comunidad cristiana de España creó centros de asistencia para cualquier clase de necesitados, especialmente hospitales: cuando las administraciones públicas o no existían siquiera o no disponían de estructuras económicas eficaces. Apenas hubo un creyente con capacidad y categoría social que se inhibiera de la asistencia a los enfermos. Tenemos el caso curioso del Cid Campeador, a quien se atribuye “el primer recogimiento” u hospital donde hallaron tratamiento los leprosos, enfermedad “oriental” que luego de las cruzadas invadió Europa. Hospitales “generales” o “especiales” aparecieron a la sombra de obispados y monasterios, ganándose la protección de reyes y ayuntamientos. El año 1401 nació en Barcelona el Hospital de la Santa Cruz al fusionar seis “enfer-

merías” anteriores que habían pertenecido al obispo, al cabildo catedralicio y al Consejo de Ciento. Veinticinco años después, Alfonso V de Aragón patrocinó en Zaragoza el gran hospital “Nuestra Señora de Gracia” con el curioso título “Domus infirmorum Urbis et Orbis”, casa para enfermos “de la Ciudad y del Mundo”: No se preguntaría patria ni creencias a los enfermos allí cobijados.

La multitud de hospitales, el “Diccionario” de Cangas-Argüelles censa a finales del siglo XVIII más de dos mil, llevó consigo pobreza de medios económicos, a veces miseria; y escasez de personal sanitario. Según avanzaban los tiempos, la caridad gratuita dio paso a la codicia de administradores que “trabajaban” el hospital como fuente de ingresos no siempre controlados por las “Juntas de patronos”, señores de alcurnia eclesiástica o civil distantes de los problemas cotidianos. La reforma y concentración de hospitales avanzó bajo la presión de los economistas durante la monarquía de Carlos IV, cuya corte no daba ejemplo de moralidad privada ni pública: la “secularización de la beneficencia” estuvo sujeta a los fallos y latrocinios de la vida nacional. Por fortuna, las “comisiones municipales de caridad” pudieron contar con las “Hermandades”, cuya fórmula nueva traía propósitos de servicio idénticos a los que siglos atrás ejercieron a la sombra de órdenes hospitalarias: tan notables como la famosa “Hermandad de la Sopa”, dedicada a hacer camas, lavar los enfermos, repartirles cenas y desayunos. Al “Santa Cruz” de Barcelona nunca le faltaron terciarios y terciarias, de inspiración franciscana, dominica, servita, carmelita, que por fortuna, un día a la semana, visitaban el hospital: barrían las salas, arreglaban las camas, obsequiaban a los enfermos, los aseaban.

Desde Reus el padre Juan Bonal penetra dentro del tejido de las Hermandades hospitalarias. Ve trabajar a las Hijas de la Caridad: su número crecerá rápidamente porque la Revolución francesa está provocando la huida de frailes y monjas que cruzan la frontera buscando refugio y puestos de trabajo en España. Las horas de confesonario le permiten conocer muchachas, también muchachos, deseosos de consagrar su existencia a favor de hermanos necesitados: Bonal, y otros sacerdotes del contorno amigos suyos, se preguntan si estos chicos y chicas no podrían dar fervorosa categoría espiritual a las Hermandades hospitalarias, creando grupos tan entregados como las Hijas de la Caridad. Conocen la resistencia que las Juntas de gobierno de los hospitales oponen

a cualquier intento de convertir las “Hermandades” en organismos religiosos con estructura jurídica. Será cuestión de prudencia y paciencia, avanzarán paso a paso hasta que llegue el momento decisivo: entretanto será su tarea dar a cada Hermandad calidad y fervor propios de una “congregación”.

Don Juan Bonal sabe en que el hospital barcelonés de la Santa Cruz está cobijado el foco irradiador de Hermandades catalanas: tratará de obtener allá su puesto de trabajo. Varios sacerdotes le consideran a él su jefe de filas. Los hospitales de Mataró, de Olot, de Figueras, de Cervera, han recurrido a Santa Cruz, de Barcelona, demandando “hermanos” y “reglas” que permitan “copiar” su Hermandad. A poca distancia de Reus, en la parroquia de Valls, Bonal ha trabado amistad con otro sacerdote valioso, Jaime Cessat, quien a costa de su fortuna personal está levantando el hospital ruinoso de su pueblo: Cessat quiere traerse a Valls Hijas de la Caridad, y como el ayuntamiento le opone el consabido inconveniente de la “sujeción total”, encarga su hospital a siete “doncellas vallesanas” que “animadas del espíritu caritativo” se comprometen a desempeñar el trabajo “sin recibir otro salario que la manutención”. Bonal y Cessat se encuentran frecuentemente, intercambian puntos de vista y experiencias: ambos tienen claro que “un día” brotarán de sus Hermandades auténticas congregaciones religiosas con los elementos característicos de congregación y vida independiente de las ingerencias que hoy les imponen las Juntas de gobierno hospitalarias... Hacia esa meta dirigen su esfuerzo. Para ese “futuro estilo de vida consagrada” preparan las muchachas y muchachos que acuden a ellos solicitando incorporarse al cuidado de los enfermos.

La fama de don Juan Bonal como “sacerdote pasionario” cobra relieve para toda Cataluña cuando la Junta del Hospital barcelonés le nombra “vicario”, es decir, responsable religioso, del Santa Cruz de Barcelona. Corre la primavera de 1804. El nombramiento le pilla en el pueblo de Montroig, donde lleva nueve meses ejerciendo de párroco: Sin duda desde Reus y desde Montroig, el padre Bonal ha frecuentado el Hospital de Barcelona y varios hospitales de la región: su nombramiento para vicario del Santa Cruz significa un reconocimiento público de su entrega al trabajo hospitalario. Y un acto de confianza por parte de la Junta barcelonesa: han visto en él un hombre capaz de fomentar y vitalizar las Hermandades al servicio del Hospital.

Ha sido algo así como elegirle “obispo de los enfermos”. Don Juan Bonal no les defraudará.

5

**LA PATRULLA DE BARCELONA
PARA ZARAGOZA**

*Barcelona, Zaragoza
1804*



Plano de Zaragoza y situación del Hospital Nuestra Señora de Gracia antes de la destrucción por los franceses. A la izquierda está señalado el Hospital de Convalecientes donde fue luego establecido el Nuestra Señora de Gracia, hasta nuestros días.

De la mano del “obispo de los enfermos”: Nuestra joven María Rafols sube al escenario de la vida pública.

María pudo conocer a don Juan en mil ocasiones. De Reus, capital del “Campo de Tarragona”, a Villafranca, capital del Penedés, tardan a pie media jornada: con Valls a mitad de trayecto. Poco más cuesta llegar a Villanueva y Geltrú, haciendo alto en Tarragona. Es tal la vinculación entre las villas, cercanas por lazos familiares y sentimentales, que la señora donante de la manda para traer a Reus las Hijas de la Caridad, doña Jerónima Clavería, viuda Sulliván, firmó su testamento, y murió, en Villanueva. Nada digamos de los curas y frailes de la redolada: Se conocen todos, se tratan. Por supuesto comentan la dedicación de Juan Bonal a la causa hospitalaria, esa manía que le ha entrado al “profesor” de Reus metido a “pasionero”; siguen con atención el desarrollo de los grupos jóvenes de chicas y chicos que Bonal desde Reus, Cessat desde Valls, cultivan para vitalizar las Hermandades. Cualquiera de los párrocos y cualquiera de los frailes pudo relacionar a María con don Juan. Quizá se encontraron el sacerdote y su “hija espiritual” sin intermediarios, en alguna correría del padre Bonal. O en Barcelona, cuando él iba y venía desde Reus.

Se encontraron; María joven cayó dentro del “círculo hospitalario” de don Juan.

Nombrándole “vicario” del Santa Cruz barcelonés, le han confiado a don Juan Bonal un inmenso campo de trabajo: tiene abiertas las puertas de uno de los hospitales más notables, por historia y por energía, no solo de España sino de toda Europa.

Sin embargo el padre Bonal no trae idea de permanecer “para siempre” vinculado al Hospital de Santa Cruz. Don Juan y sus amigos “sacerdotes pasioneros”, el primero Jaime Cessat cura de Valls, cono-

cen perfectamente la decisión tajante con que la Junta de gobierno del Santa Cruz rechaza la "consolidación" de las Hermandades, impidiendo su evolución, lógica, hacia formas jurídicas de congregación religiosa: la experiencia de las Hijas de la Caridad, rechazadas por su fidelidad a la obediencia de los superiores internos, ha dejado bien claro que nunca piensa el Santa Cruz tolerar la presencia de una Hermandad desarrollada en forma de instituto con reglas internas independientes de las ordenanzas dictadas por la Junta para régimen del Hospital. Don Juan Bonal aspira a romper ese cerco: resulta poco razonable, incluso humillante, que hombres y mujeres venidos con ímpetu religioso a ocupar generosamente un puesto en las tareas sacrificadas de asistir a los enfermos, gratuitamente, sin cobrar un céntimo, criados anónimos, silenciosos, tengan cortado el paso hacia una "convivencia" de grupo y autonomía espiritual muy legítimas. Que lleguen las Hermandades a formar cuerpo separado de la administración del Hospital, "le repugna a la Junta, es lo que más le repugna": Pues justo esa meta de "institución religiosa orgánica" lleva don Juan Bonal estampada en su frente.

Ni disimula sus intenciones ni le falla su fidelidad a la Junta: sus hombres y mujeres cumplen el trabajo asignado ateniéndose por completo a las ordenanzas, sin causar problemas, jamás fomentan rebeldías; pero don Juan les entrena en los ejercicios espirituales, les vincula entre sí, les estimula, les habla de votos y hasta ensaya sin llamar la atención cierta vestimenta semejante a los hábitos formalmente religiosos.

La Hermandad del Santa Cruz ha enviado personas suyas a otros hospitales como semilla de nuevas Hermandades: el primer grupo que don Juan Bonal, vicario del Santa Cruz, sitúe fuera de Barcelona marchará con caracteres definidos, propios de un instituto religioso. Tardarán más o menos tiempo en superar la tensión con las Juntas de gobierno, pero conocen perfectamente su objetivo final.

Esta "salida de fundadores" le ocurre al padre Bonal muy pronto, antes de lo que podía pensar.

Le han nombrado "vicario" del Santa Cruz el 2 de marzo de 1804: a los tres meses, pleno verano, recibe una invitación. Desde Zaragoza: Quieren que traiga "sus Hermandades" al Hospital zaragozano.

Para qué contarles, la categoría del Hospital de Zaragoza. Barcelona es Barcelona, ciudad renombrada, populosa; mientras, por estos años comienzo del siglo XIX, Zaragoza apenas cuenta con cuarenta y cinco mil habitantes. Así que de Hospital a Hospital, el Santa Cruz bar-

celonés figura con mayor honor en los catálogos europeos. Sin embargo el “Nuestra Señora de Gracia” zaragozano sostiene dignamente su categoría, le llega al hombro al “Santa Cruz”. Vean si no.

Noble desde su origen: el Hospital nació por voluntad del rey Alfonso V de Aragón llamado el Magnánimo, a requerimiento del Concejo, Universidad, personalidades eclesiásticas y civiles de Zaragoza. Plantado en un polígono que hoy ocupa el corazón de la ciudad, cubría el terreno actual desde el Coso por el paseo de la Independencia hasta la iglesia de Santa Engracia: no queda piedra sobre piedra, lo pulverizaron los franceses.

Gobernó el Hospital la burguesía zaragozana, representada por eclesiásticos del cabildo de La Seo y los ediles del Concejo; acogido a la protección de la corona, lució el título de “Real”; además “General”, abierto a toda clase de enfermos, dementes, parturientas, niños expósitos, vengan de donde vinieren: le colocaron sus fundadores un lema digno de instituciones imperiales, escrito en campanudo latín, Domus infirmorum urbis et orbis, casa para enfermos de la Ciudad y del Mundo. Gozó la protección de los Reyes Católicos, Carlos V, Felipe II; prestó servicios impagables a Felipe V cuando en la guerra de Sucesión a su ejército le zurraron la badana cerca de Zaragoza. Los Papas desde Roma lo condecoraron con “laureles” simbólicos y le regalaron privilegios, bendiciones, indulgencias. Presidida su iglesia por la imagen bendita de la Virgen de Gracia, navegó como un bajel glorioso a través de los siglos: “Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia”. Hasta que los franceses...

Enfermos acogidos, una muchedumbre. Por citar datos exactos, anoto que durante la última década del siglo XVIII, el Hospital registra un movimiento de cuatro mil enfermos al año (“calentura”; “cirugía”; “morbo gálico”, la sífilis) más medio centenar de locos, ochenta tiñosos, ciento cincuenta niños expósitos; cerca de cincuenta mil fichas en diez años. Lo cual lo sitúa entre la docena de hospitales significativos de la Península. Ganó fama mundial su terapia con los locos.

Curiosísima la sucesión de “Ordenanzas” que gobiernan el Hospital: desde las primeras conocidas, son de 1496, hasta 1800; en esencia confían la institución a varios “Regidores” que bajo la presidencia del arzobispo constituyen la “Ilustrísima Junta” llamada “Sitiada”. Les confieso que ese nombre, “Sitiada”, me causó per-

plejidad cuando lo conocí; pensé si lo habrían colocado a la Junta del Hospital con motivo de los "Sitios" bélicos impuestos en 1808 a Zaragoza por los ejércitos de Napoleón. Qué va, la Junta de Nuestra Señora de Gracia lleva nombre de "Sitiada" desde tiempos lejanísimos, quizá desde los orígenes: En Aragón el término "Sitiada" designó las juntas de gobierno y administración de hospitales durante el Antiguo Régimen. "Sitiada" ¿por qué? He de interrogar a los archiveros zaragozanos; pienso si puede significar "Junta situada, sita, asentada, reunida", Junta en sesión. Ni que decir tiene que pertenecer a la Sitiada ha representado en Zaragoza un toque de distinción: "Ilustrísima Sitiada".

La economía del Hospital soportó los altibajos característicos de semejantes empresas: boyante a veces, enriquecida con la protección de la Corona y de la Iglesia; angustiada en baches inquietantes. Ignacio Tellechea se ha divertido entresacando de los legajos la letanía de ayudas que Felipe V adjudicó al Hospital: impuestos sobre la venta de carne en esta comarca, sobre la fabricación de jabones, sobre los juegos de azar y apuestas de pelota; licencia para imprimir calendarios y catecismos y cartillas y libros de rezo; exclusiva para organizar rifas de alhajas, y la celeberrima del cerdo: me pregunto si los regidores de Zaragoza harían trampas como en Tafalla, donde según las coplas de Tudela vendían los números y luego "el cerdo bendito cayó al Hospital" ... Bromas aparte, el Nuestra Señora de Gracia poseyó casas, heredó fincas, recibió testamentos: el derecho civil de Aragón dispuso que el Hospital Nuestra Señora de Gracia "herede ab intestato a los enfermos que fallezcan en él sin dejar cónyuge ni pariente en línea recta o colateral hasta el cuarto grado". También se benefició de una práctica "legendaria" entre los notarios zaragozanos: tenían la obligación de recordar, a toda persona que otorgara testamento ante ellos, si quería dejar alguna manda al Hospital Nuestra Señora de Gracia, siendo libre el testador de otorgarla". Linda iniciativa, similar a una vieja ley navarra.

Los médicos de Nuestra Señora de Gracia han dejado huella científica como integrantes de una "escuela médica zaragozana". En estos años primeros del siglo XIX constituyen el cuerpo facultativo cinco "maestros cirujanos", dos médicos, dos "bachilleres velantes", amén del nutrido grupo de "sanitarios" y mozos sirvientes.

Al cuidado espiritual de los enfermos están dedicados, bajo direc-

ción del “vicario” y “coadjutor”, un cuerpo de capellanes “pasioneros”: uno de los cuales debía manejar la lengua vasca; otro el francés; otro el italiano; para atención de los enfermos provenientes de aquellas áreas: Casa de enfermos “urbis et orbis...”.

Zaragoza cuenta con cuarenta y cinco mil habitantes al arrancar el siglo XIX. Su “Hospital Real y General” cobija cada año de seis mil a ocho mil enfermos: resulta fácil adivinar el peso del Hospital en el tejido cívico de la ciudad. Al “Nuestra Señora de Gracia” acuden buscando asistencia cientos de viajeros que atraviesan Zaragoza como centro de comunicación entre Madrid-Barcelona en la línea horizontal, Bilbao-Valencia en la vertical. Los zaragozanos sienten orgullo legítimo por su centro hospitalario.

Cuya administración y gobierno funciona perfectamente gracias al interés de sus Regidores, dos de ellos canónigos del cabildo catedralicio; y el resto, personalidades aristocráticas elegidas entre la flor y nata de la ciudad: Con el arzobispo en la cúspide de esta “ilustrísima Junta Sitiada”.

Sin embargo, el Hospital sufre también sus dolencias: una grave, que amenaza la eficacia del sistema curativo y oscurece el buen nombre de la institución.

Se trata de los “mozos” sirvientes: personal de servicio, hombres y mujeres, cuyo número, entre residentes dentro del recinto y venidos diariamente de fuera, sube a 240 empleados. A lo largo del tiempo se han creado tales corruptelas que los administradores tiran la toalla: incapaces de corregirlas. De los sirvientes depende la marcha diaria de la casa, aseo de los enfermos, comidas, limpieza de las salas, horarios, orden, cumplimiento de las disposiciones del médico, en resumen, la imagen del Hospital. Dos lacras permanentes deterioran a los sirvientes: que provienen del estrato social ínfimo, sin otra preparación ni “vocación” que ganarse la vida bajo techo en vez de manejar un azadón en el campo; y que cobran salarios indignos, ellos por tanto consideran legítimo resarcirse a costa de enfermos, familiares, bienes del Hospital.

Un testigo de calidad nos cuenta qué ocurría, exactamente. Para echarse a llorar. O la Sitiada dejaba de ser ilustrísima, o tenía que buscar soluciones. El testigo, don Vicente Fernández de Córdoba, conde de Sástago, ocupa lugar distinguido entre las familias linajudas del país: grande de España y gentilhombre de Cámara de

Su Majestad. Reside habitualmente en Zaragoza, aunque tiene casa abierta en Madrid y sus fincas en Andalucía. Le gusta el boato, considera privilegio divino la aristocracia, hombre ilustrado, amigo de la naturaleza y de los caballos, toma como deber de los ricos ocuparse de asuntos públicos. Por decreto real fue nombrado "regidor" del "Nuestra Señora de Gracia". Tomó a pecho el cargo, gastó horas y dineros a favor del Hospital. A él debemos un "informe" que relata con pormenores pintorescos, algo espeluznantes, el funcionamiento de los "mozos servidores" aquellos años. Además de sus observaciones personales directas, Sástago recoge párrafos suministrados por los sacerdotes del Seminario de San Carlos, entonces "pasioneros" del Hospital.

Vean "qué está pasando" en uno de los centros hospitalarios más encopetados de España: Tras su magnífica fachada, imperan aquí la trampa, el desorden y la vagancia.

Los problemas arrancan desde la entrada misma de los acogidos: a veces ni están enfermos, se trata de "vagos, sin oficio ni beneficio", que apenas han conocido antes "cama, pan blanco y carnero"; fingen accidentes, "saben tener calentura a la hora que les conviene", "se quejan de un dolor que no se ve y que solo se averigua sabiendo las estratagemas de esta gente". Sástago cuenta el caso de un viejo "al que no podíamos hacer salir del Hospital sabiendo que estaba bueno"; ordenó Sástago que "con pretexto de limpieza le afeitaran unas famosas barbas que le llegaban al pecho": el viejo barbudo cogió la ropa y salió por piernas "para guardar el mayorazgo de sus barbas".

Amén de los líos de parentela "entre los enfermos y sus visitantes":

—¿Cómo evitar que Pedro, diciendo que es marido de la mujer del número cinco sea su moza o su concubina?

"Estas gentes", los visitantes, roban o cambian las raciones de comida de los enfermos.

Bajo la mirada cínica de los "mozos", que "sirven las raciones podridas o con gusanos, quedándose las frescas", y negociando luego:

—Hay enfermo que vende la ración de pan y carne por un par de cigarrillos o un trago más de vino.

Los mozos distribuyen el alimento "tirando encima de las camas el pan, la carne, los huevos o los bizcochos"; pasan por delante con el caldo "sin hacer instancia a los desganados e inapetentes para que lo tomen"; comercian con las raciones "a cuenta de dineros o golosinas"; guisan "sin razón", provocando quejas de los enfermos; desoyen los la-

mentos, y no se prestan “a hacer una jícara de chocolate u otra friolera extraordinaria si no son gratificados con dinero”; roban los lienzos destinados “a vendas y apósitos”, sisan el pan, la carne, bautizan el vino; descuidan las curas, olvidan administrar las medicinas a su hora; se burlan, desprecian a los enfermos, los golpean...

Han relatado los “pasioneros” al conde pormenores de las salas:

—Apenas entrar tropiezas por tránsitos y salas, especialmente en cirugía, hombre y mujeres inmodestos, conversando por los rincones o sentados largo rato en las camas de algunas enfermas.

Si un confesor acude llamado por un enfermo, “ha de sentarse cuidando no manchar su ropa en las aguas e inmundicias del suelo y evitando recoger insectos de las camas”: lechos y toda la sala “despiden hedor”. Cuando un pobre cura intenta “predicar en voz alta”, los sirvientes distraen la concurrencia “comiendo y bebiendo, fumando, hablando, jugando a los naipes, retozando”.

Sástago remata los cuarenta folios manuscritos de su informe con una estocada:

—He visto recetar a un muerto, robar a un agonizante, contarle por sano para la ración; ¿y esto, dónde? En el Hospital que yo me persuado era el de mejor administración de toda Europa.

La “Ilustrísima Sitiada” debe poner remedio, quiere ponerlo.

Lo buscan, el remedio, desde hace años: Han decidido traer “de algún sitio” un equipo de hombres y mujeres que organicen el tráfico de los “mozos sirvientes”, los vigilen y estimulen, los gobiernen.

Pero *la Sitiada* no da con una solución satisfactoria. Lleva quince años indagando. Tratan de situar en el tejido del Hospital “responsables” que garanticen el funcionamiento de cada sala y de cada servicio, evitando el desbarajuste actual: a las jefas de sala les atribuyen las ordenanzas título de “Madre” y una autoridad teórica, pues las criadas ni les obedecen ni las respetan; ocurre lo mismo en las salas de hombres, donde al “asistente de sala” se le suben los “mozos” a las barbas. Desea *la Sitiada* encontrar un lote de personas capaces y a ser posible “vocacionadas”, es decir, hombres y mujeres que no trabajen en el Hospital por la paga, por el salario, sino como ejercicio de un ideal cristiano al servicio de los enfermos...

Algo así como cuentan las noticias llegadas de Barcelona, según las cuales el Hospital Santa Cruz dispone de ciertas “Hermandades” consagradas generosamente al duro trabajo hospitalario.

Los regidores de *la Sitiada* escribieron una atenta solicitud a sus colegas barceloneses; que “se sirvan dispensarnos el favor de informarnos”:

–Si son ciertas las ventajas que el Hospital Santa Cruz experimenta después del establecimiento de las honestas doncellas que unidas en caridad se dedican al cuidado y asistencia de las mujeres enfermas y niños expósitos.

De Barcelona responden: la “Sociedad de honestas doncellas” existe; todavía en sus comienzos, número insuficiente para las necesidades del Hospital; seis “doncellas” se han instruido con las Hijas de la Caridad en París; por supuesto, el “Santa Cruz” estará encantado de informar al “Nuestra Señora de Gracia” si el número de “doncellas” aumenta...

Este capotazo barcelonés impulsó a los regidores zaragozanos para buscar otras soluciones. Acudieron para equipo masculino a la congregación madrileña de los llamados “Obregones”, oficialmente “Hermanos Mínimos”, fundada por Bernardino Obregón a mitad del siglo XVI; para equipo femenino, trataron con las monjas francesas “Hermanas de la Sabiduría”, procedentes de La Rochela. Ambas gestiones fracasaron: los frailes y las monjas exigían “respeto íntegro a las reglas esenciales de su Instituto”, frente al “estilo totalitario” de las Juntas de Hospitales, estilo que la Sitiada pretendía mantener.

Entre dimes y diretes, *la Sitiada* soportó una situación de emergencia el año 1803 a causa de la peste: el Hospital se vio rebasado en espacio; y sobre todo, a la deriva en los servicios. Los regidores decidieron, pasada la peste, escribir de nuevo a Barcelona, cuyas Hermandades obtenían mayor fama de año en año: a las puertas del verano de 1804, el “Santa Cruz” recibió la nueva solicitud del “Nuestra Señora de Gracia”; esta vez apremiante.

Ya tres meses atrás había incorporado de manera oficial el Hospital barcelonés como “vicario” responsable de las “Hermandades” a don Juan Bonal: sin duda el cura catalán de mayor prestigio entre los “pasioneros” del Principado; su presencia se dejaba sentir en el cuidado y crecimiento de grupos jóvenes fervorosos apegados al Hospital.

“Santa Cruz” decidió acoger la petición zaragozana: que don Juan Bonal visite el Hospital aragonés.

No hay rastro documental, pero a mí me gustaría saber cuáles fueron los comentarios de don Juan Bonal “con su gente”, chicos y chi-

cas de los grupos de Hermandad pegados al “Santa Cruz” de Barcelona: Cómo les contó el encargo de los dirigentes del Hospital catalán para que fuera a inspeccionar el Hospital aragonés y a estudiar “sobre el terreno” un trasvase de las Hermandades a Zaragoza: dos Hermandades, una de varones y otra de mujeres “cada una al servicio de los enfermos de su sexo”.

Realizó el viaje durante el mes de septiembre. Le acompaña un hermano de la Caridad, es decir, perteneciente a la Hermandad barcelonesa: “un secular”, subrayan intencionadamente los papeles.

Los señorones de *la Sitiada*, del arzobispo abajo, les reciben como enviados divinos: de ellos esperan remedio a los males crónicos del Hospital.

Integran *la Sitiada* de 1804, amén del arzobispo, dos canónigos: el chantre Navella y el señor Cistué; un conde, Sástago; un barón, Purroy; dos marqueses, Montemuzo y Fuente Olivar. Gente fina, ya se ve; con quienes el padre Bonal tratará los asuntos de vida y muerte concernientes a los enfermos del Hospital, gente menos fina, vive Dios.

Alojaron a los dos viajeros dentro del Hospital, “en habitación reservada al padre predicador de la Cuaresma”: de modo que conocieran directamente “la asistencia de todas las salas”, así podrían decir a los aspirantes de ambos sexos “el trabajo a que habían de sujetarse si se resolvían a alistarse a las Hermandades que apetecía *la Sitiada* trasplantar a este Hospital General”. Fueron leales, los ilustrísimos, mostrando en cueros la situación real de la casa.

Un mes largo, permanecieron Bonal y su hombre; los regidores comprobaron “cómo asistían continuamente a las salas observando con la mayor nimiedad cuanto se practicaba”.

A uno de los regidores, el canónigo Cistué, más adelante comprobaremos su mala uva, le hizo poca gracia desde el principio la venida de los catalanes, pues “desconfiaba de planes y proyectos nuevos”: con cierta actitud hipócrita quiso cargarse de razón pagando de su bolsillo “los gastos y alimentos de estos emisarios”, para que no sufrieran merma “los caudales de los pobres enfermos”.

Regidores y padre Bonal celebraron varios encuentros a lo largo del mes, tratando el asunto con la obligada seriedad. El sacerdote redactó un plan de trabajo para sus Hermandades, y presentó “un *cuadernito* de pactos” posibles. Los Regidores trabajaron sobre esa base del padre Bonal y completaron “el *cuadernito*” con los arreglos que *la Sitiada* consideraba necesarios. El diálogo dio su fruto: “se terminó el asunto con toda uniformidad”, de acuerdo.

Decidieron acelerar el paso, de modo que a fin de año llegaran las Hermandades a Zaragoza: don Juan regresaría enseguida a Barcelona; escogería doce hombres para la Hermandad masculina y doce mujeres para la femenina; les pondría al corriente del programa de trabajo y de las necesidades del Hospital; les comentaría “el cuadernito de pactos” donde constan las condiciones a que deberán sujetarse. Por supuesto, los regidores subrayaron “la subordinación y obediencia que *los nuevos sirvientes* han de prestar a las ordenanzas de este Hospital”: hablando en plata, las Hermandades quedan sometidas a la autoridad de *la Sñada*. El padre Juan se sabe de memoria la cantinela de las Juntas hospitalarias, siempre tercas en defender “su mando” sobre todo el personal, y evitando el paso de las Hermandades a “instituto religioso”; tiempo al tiempo, piensa él: Zaragoza no será más puntillosa que Barcelona, confía avanzar algún trecho...

Excepto el malasombra del canónigo Cistué, los regidores le adoran: ven las Hermandades de don Juan Bonal como remedio divino para renovar el Hospital, sanar sus lacras, abrir una etapa de esplendor.

A la hora de partir, una cosa le encarecen: que avise oportunamente la fecha de venida “con sus hombres y sus mujeres”.

Que avise.

Cuanto antes...

Con este propósito regresó el padre Bonal a Barcelona: Cuanto antes. La nueva meta, Zaragoza.

Tantas cosas quisiéramos conocer y nunca ya serán conocidas, escaseando como escasean los documentos. Por ejemplo me pregunto si al preparar don Juan Bonal, durante los meses de octubre y noviembre de 1804 su expedición catalana para Zaragoza, tuvo él un presentimiento, o una decisión, acerca de su futuro: quedaría vinculado para siempre al Hospital Nuestra Señora de Gracia.

Solo dos meses necesitó, a mitad de diciembre estaban listos sus equipos.

Ellos y ellas, hombres y mujeres de sus Hermandades, seguro que partían de Barcelona con decisión definitiva: para toda la vida. Les veo salir como si viajaran a tierras remotas del planeta. Les impulsa un ejercicio misional de la caridad, marchan dispuestos a dar amor a hermanos sufrientes. Desconocidos, lejanos.

Uno a uno, persona a persona, don Juan escogió doce varones “Hermandad masculina”; doce mujeres, “Hermandad femenina”.

Para los varones nombró superior al “hermano José Torradellas”, “presidente”.

Para las mujeres, nombró superiora a la “hermana María Rafols”, “presidenta”.

“Hermano” y “Hermana”: aunque la *Sitiada* no quiera reconocerlos *religiosos* y *religiosas*, don Juan Bonal guiará hacia Zaragoza dos pequeñas comunidades formadas con espíritu y normas interiores totalmente religiosas: Hermanos y Hermanas de la Caridad. Los regidores de *la Sitiada* tratarán de no enterarse, silbarán al techo. Pero don Juan dedica estos meses de preparación en Barcelona a enfervorizar el espíritu de los viajeros y a decidir su forma de vida, su horario, sus “reglas” incipientes: a base del “Cuadernito”.

Acerca de los Hermanos varones, aparecen oscuros los vínculos concretos aceptados antes de la partida; para las Hermanas, el padre Bonal clarifica las cosas: les viste de hábito y formulan sus compromisos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad; compromisos que un día serán votos públicos.

Tuvieron que vivir aquellas jóvenes un tiempo de consagración idealizada, ilusionada. Dos de las doce habían pasado de treinta años, mujeres experimentadas. Las demás, jovencillas: alguna, chiquilla. La “aventura” a que don Juan las invitó transformaba su existencia por arte de magia: sencillas, ingenuas “doncellas”, muchachas crecidas en familia de pueblo, solían acudir, guiadas por la mano de algún sacerdote, a las “Hermandades hospitalarias” para practicar en el “Santa Cruz” los días festivos “obras de caridad y misericordia”. Ahora el padre Bonal les abre un horizonte de amor inmenso, total y profundo: Jesucristo enfermo las necesita, las espera. Ya no se trata de los domingos, la llamada que reciben necesita una respuesta definitiva: “para siempre”.

Las doce, responden.

María Rafols cumple justo este mes de noviembre sus veintitrés años.

Tan joven, padre Juan la nombra “capitana”.

Superiora de la Hermandad femenina: “Presidenta”, le dicen.

Y eso que el padre Juan “conoce” las salas del Hospital de Zaragoza... Pobrecilla María, lo que le espera.

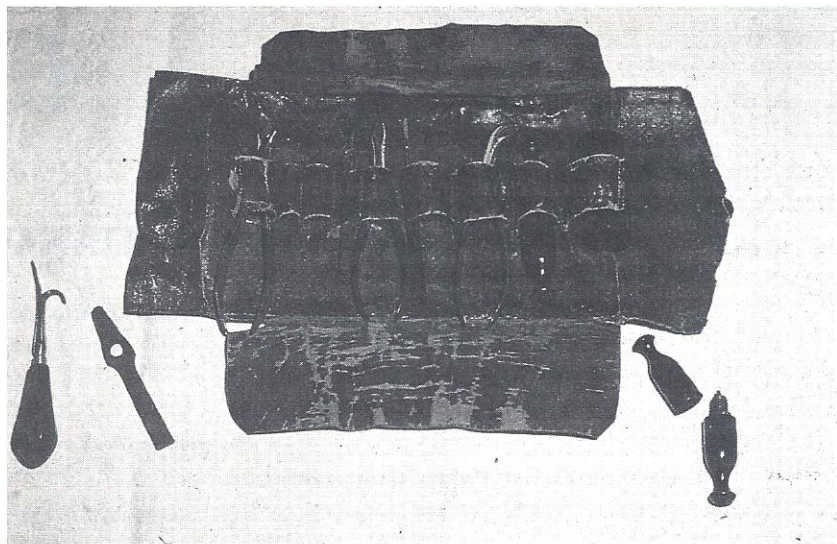
Al cura Bonal, se ve, nada le asusta. Ni nadie.

A primeros de diciembre, manda este aviso a los regidores de *la Sitiada*: Las Hermandades comienzan el viaje.

6

TAN JOVEN, CAPITANA

Barcelona, Zaragoza
1804



14 de Mayo de 1816
Dado para fines
de libranza de leche para
los niños por disposi-
cion de los medicos
de la Madre Maria
Bustos

Instrumentos de cirugía utilizados por las Hermanas en la época de la Madre María. Abajo, un vale de puño y letra de la Madre.

Una caravana de cuatro, cinco carromatos, media docena quizá, sale de Barcelona hacia tierras aragonesas. Se me hace muy raro que un tipo como el padre Juan Bonal, catalán concienzudo y sistemático, se olvidara de anotar sus impresiones personales del viaje. Las escribió, sin duda. Pero sus papeles ardieron con las paredes, los libros del archivo, las camas, la iglesia, todo ardió cuando los cañones de Napoleón bombardearon Zaragoza y arrasaron el Hospital Nuestra Señora de Gracia, fechoría que pronto recordaremos. Lo de menos, con ser lamentable, fue que perdiéramos documentos valiosos; peor desgracia tocó a los enfermos y a quienes les cuidaban: a poco arden también, unos y otros.

Don Juan no escribió el viaje de sus carromatos, entoldados iban; que buena de agua les cayó aquel diciembre lluvioso de 1804. He tomado cariño al padre Bonal, pero tiene salero poner en marcha su expedición justo las semanas corazón del invierno. ¿No podía esperar, querido padre Juan, a la primavera? Si tomaron el camino por Lérida y Fraga, yo que nací en Los Monegros adivino cómo les azotó el viento helado entre Candanos y Bujaraloz, según avanzaran por la vertiente meridional de la sierra de Alcubierre. Pasado marzo, allá por abril, el viaje les hubiera resultado una delicia. Miren que diciembre...

Me veo estúpido reprochándole a don Juan haber apresurado la expedición: a él le corre prisa llegar, ha empeñado su palabra a los señores de *la Sitiada*; y si de sufrir molestias se trata, mayores las soportan los enfermos del Hospital.

Así que dieron cara al frío y se pusieron en marcha.

Doce hombres, "hermanos", y doce mujeres, "hermanas", más el padre Juan; salen veinticinco personas. Cada carro llevaría su mulero, que requiere busilis gobernar caballerías en trayectos largos de mal tiempo. Pongamos cinco muleros, total treinta personas. Un par de mulas por carro...

Que cuántas jornadas de viaje: pues de diez a doce días; a lo mejor hasta quince.

No me lo nieguen, demostró valor el cura padre Juan.

¿Y las doncellas?

Ni agua ni frío ni cansancio, ellas irían felices. Como dichas iban las jovencillas que siglos atrás metió a viajar madre Teresa de Jesús por las calzadas de España para fundar monasterios: Que también a ella le pilló algún temporal.

Contemplando la expedición del padre Bonal me pongo a recordar las correrías de santa Teresa por Castilla, la Mancha y Andalucía. De mitad del siglo XVI ha pasado tiempo; sin embargo este sistema de viaje seguía calcado. Podemos incluir en nuestro caso la sospecha de que a Satanás le disgustaba la ida de don Juan Bonal con sus Hermandades a cumplir silenciosas hazañas de amor en el Hospital de Zaragoza. Cabalmente certifican los místicos que al diablo las hazañas santas que más le revientan son las silenciosas, las ignoradas, privadas de aplauso, carentes de premio y de honores. A nadie suelen ponerle medallas de mérito civil porque gaste años limpiando pus a los llagados y calentando sopa para una sala de hospital. Así que "pateta" decidió afilar sus cuernos contra los carromatos del padre Bonal y les enfrentó un temporal de bigote. Pues, enhorabuena, Hermanos y Hermanas jovencillas de la caridad; lo dijo madre Teresa, experimentada en asuntos de ángeles y diablos:

—Comienza el demonio a fastidiar, buena señal.

Las antiguas crónicas cuentan que madre Teresa de Jesús trasladaba sus jóvenes monjillas en carros herméticamente entoldados: para protegerlas de miradas indiscretas, amén de librarlas del aire frío y del sol ardiente. Pero que dentro del carro ellas lo pasaban en grande, a ratos orando silenciosas, a ratos cantando, a veces diciéndose bromas, siempre dichas, libres de todo temor. Ah, qué coincidencia, solían llevar consigo una estatuilla devota, un sanjosé, una virgencita... Coincidencia, digo, porque estas "niñas" del padre Bonal, desprovistas de ajuar, solo traen lo puesto y alguna camisa, su hábito recién estrenado; traen, eso sí, un crucifijo cubierto de una chapa de plata calada, alguien se lo regaló en Barcelona cuando iban a partir, con la feliz ocurrencia de colocar repujada a los pies de Cristo una imagencita de la Virgen del Pilar, pues a Zaragoza viajan: la única reliquia que hoy queda de aquel viaje.

Se cuenta fácil; y ellas irían alegres, apiñadas, ganosas de reír y algo extrañas en sus nuevos hábitos; el viajecito se las trae; agua que te

quiero fuerte, caminos embarrados, viento helado, cielo negro, diez, doce o quince días; con sus noches, previstas las tendría el padre Juan, catalán concienzudo; ni las comidas serían de cuatro tenedores ni el acomodo de cinco estrellas. A las “niñas” qué más les da, su brújula apunta sin temblores.

Qué les decía el padre Juan a todas juntas por la noche antes de ponerlas a dormir; ya María Rafols ejercería su presidencia...

Los Hermanos tuvieron mejor defensa, el viaje no exigía para ellos ningún requilorio. A las mujeres resultaba llamativo ponerlas en grupo de monjas por los caminos y las ventas.

El “cronista” de Zaragoza en aquellos años se llamó Fernando Casamayor y Zeballos, persona de calidad social, no un cualquiera: ejerció como alguacil de Corte de la Real Audiencia. Sin embargo estaba chiflado, igual que otros aficionados chupatintas que hasta tiempos muy recientes hubo siempre diseminados por los pueblos y ciudades de todo el planeta. Chiflado de amor a Zaragoza.

Han sido cronistas puntillosos, frecuentemente pintorescos, al servicio de su pueblo natal. Trabajaron cualquier oficio, alto, mediodiocre, bajo; bienestantes o pobretones, alguno aristócrata: al margen de otros intereses, les importó, por encima de todo, registrar puntualmente, anotar los sucesos ciudadanos, día por día, mes a mes. Cronistas espontáneos, periodistas de afición. Era su “hobby”, no sé si la Real Academia en su última remesa de voces bautizadas admite la palabreja: Casamayor, asómbrense, de los años 1772 a 1832 elaboró un manuscrito ¡en cuarenta y nueve volúmenes! que recogen “pequeños y grandes incidentes”. Los guarda la biblioteca de la universidad zaragozana, bajo el título del mismo Casamayor: “Años políticos e históricos de las cosas más importantes sucedidas en la Imperial y Augusta Ciudad de Zaragoza”.

Con fecha 28 de diciembre de 1804, el tomo XXI del diario Casamayor registra la gran noticia: Entró la expedición catalana. Casamayor comete una equivocación, hay que perdonarle:

—Llegaron a esta Ciudad los hermanos y hermanas de las Caridad llamados *Obregones* del Hospital de Barcelona, a instancia de la *ilustrísima Sitiada* de este Santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia.

Les dice *obregones*, a Casamayor le sonaba la referencia de cuando años atrás intentó *la Sitiada* importar de Castilla los religiosos Obre-

gonos. Disculpo de buena gana su error a cambio de una noticia suya que no registró ninguna de las crónicas oficiales, solo él. Cuenta que venían “doce hombres y doce mujeres, con un sacerdote que es confesor y director”; y anota con avisado sentido periodístico un detalle que a todos les pasó por alto, cómo vestían:

—Llevan (los hombres) manteo y sotana de paño pardo, y un santocristo al pecho; las mujeres vestido negro con el mismo santocristo.

Gracias, señor Casamayor.

Por Navidad, aun queda un par de jornadas a la expedición, don Juan Bonal adelantó un propio a los regidores de *la Sitiada*: avisando que llegarán a Zaragoza el día veintiocho a caída de noche.

La noticia circuló por toda la ciudad: ya vienen de Barcelona los doce Hermanos y las doce Hermanas que van a tomar las riendas del Hospital. El acontecimiento atrajo el interés popular, habida cuenta de lo que significa el Hospital como institución señera. Además, está el aliciente de las “Hermanas”. Digan lo que digan los señores de *la Sitiada*, a ojos de la gente los viajeros son “frailes” y “monjas”: a eso vienen, a ejercer como tales. Una docena de frailes impresionan poco, se les podía ver todos los días. Pero una docena de monjas fuera del convento, y venidas no para encerrarse en su monasterio sino a trabajar distribuidas por las salas del Hospital cuidando los enfermos y a la vista de todos, semejante acontecimiento nunca se había contemplado. Eran días de mal tiempo, sin embargo medio Zaragoza se dio cita para recibir la caravana.

Los regidores supieron comportarse con elegancia, organizaron brillantemente la recepción. Enviaron al Mayordomo del Hospital a esperar la comitiva afueras de la ciudad: le prestaron sus propios coches para que acomodara en ellos a las Hermanas. Efectivamente, el Mayordomo tropezó la expedición al llegar al camino del Gállego, río que pegado al perímetro de Zaragoza desemboca en el Ebro. Los relatos insisten una y otra vez: “era de noche y diluviaba”.

El Mayordomo acomodó a las Hermanas y al padre Juan en los coches de los regidores; y encabezó el cortejo, todos hacia la puerta del Angel: desde allí los Hermanos caminaron a pie hasta el templo del Pilar, seguidos por los coches de las Hermanas; mientras, los carromatos, “con el pobre equipaje de toda la comitiva”, fueron guiados directamente a descargar en el Hospital. A las puertas del templo descendieron las Hermanas de sus coches: entraron Hermanas y Hermanos, el padre Juan

y algunos sacerdotes “pasioneros” del Hospital, a postrarse ante la imagen de la Santísima Virgen “dándole gracias por su feliz arribo”, “pidiéndola protección y amparo para desempeñar con caridad y fervor el destino a que venían”.

Del Pilar, otra vez acomodadas las Hermanas en sus coches, y a pie los Hermanos, “se vinieron al Hospital”.

Un gentío se había congregado allí, defendiéndose como podía de la lluvia: unos dentro del patio; los que consiguieron sitio, en la iglesia, abiertas de par en par las puertas. El pleno de los regidores de *la Sitiada* ocupaba el pasillo central del templo. Adivino cómo estarían de asombrados los viajeros, ellos y ellas, ante tal espectáculo. Y qué feliz don Juan Bonal: Quien cumplido el primer saludo, indicó a Hermanos y Hermanas que besaran la mano de todos los regidores eclesiásticos, canónigos Novella y Cistué –a este último lo tengo de ojo, nos dará guerra–. Aquí los relatos introducen una perla. Supongo que don Juan pronunció un pequeño discurso ante los regidores, y quiso que luego uno de los Hermanos y una de las Hermanas corroboraran sus palabras de saludo y ofrecimiento a *la Sitiada*. El caso es que unos y otras pronunciaban con dificultad el castellano, su lengua familiar era el catalán. La crónica, en este caso redactada por el canónigo Novella, señala con simpática complacencia:

–Del modo que pudieron explicarse en su lengua chapurrada, manifestaron sus deseos de servir a los enfermos.

Hablarían, claro, el hermano José Torradellas y la hermana María Rafols, flamantes presidente y presidenta.

Por cierto, el canónigo Novella, “regidor” al fin y al cabo, escribe que dentro del discursito “chapurreado” los recién llegados incluyeron promesas de sumisión a *la Sitiada*... Quiso el canónigo que “constara en acta” lo obedientes que venían.

Rematados los saludos, los regidores invitaron al grupo “a subir al salón donde habían dispuesto les dieran chocolate”. Calentito, les caería de maravilla. El gentío era tal “que apenas dejaban paso a las Hermanas y a *la Sitiada*”. Aplausos y alborozo...

No de todos, lo subraya la crónica; el cronista oyó “una lengua maligna” según Hermanas y Hermanos subían la escalera principal:

–Así se rompieran las piernas antes de llegar arriba.

Desde luego al cronista le resultaba fácil descubrir las causas de aquella rabia, escribe sin tapujos:

–Indicaba el descontento de cierta clase de sirvientes de ambos sexos que había en el Hospital, pues presentían su inevitable despedida;

otros, que habían de continuar, no querían tener a la vista unos testigos y aun fiscales de sus acciones que estaban en contradicción con la delicadeza de conciencia.

Tomado el chocolate, los regidores quisieron acompañar a Hermanos y Hermanas en una primera visita “a las salas de enfermos de ambos sexos”: hubo de ser un espectáculo emocionante “por las tiernas expresiones con que consolaron” a los pacientes. Quizá los regidores llegaron a impacientarse, pues “sacaron como a la fuerza a los recién llegados”, que “no mostraban cansancio dialogando con los enfermos: por fin les pasaron los respectivos departamentos que les tenían dispuestos para su habitación”.

Al despedirse, los regidores dejaron al padre Juan, y al hermano presidente y a la hermana presidenta, una orden cariñosa: Tres días de vacación, comenzarán su trabajo el primero de enero:

—Para que descansasen de las fatigas del viaje; ya también para que los dichos tres días intermedios pudieran ver algo de la ciudad y presentare al señor obispo.

Si a cada hermana le asignaron celda independiente, no sé, opino que a la Sitiada no le alcanzaban las finanzas: En realidad el “departamento” preparado a las Hermanas era un largo pasillo con separaciones de tabique improvisado. Sola o en compañía de otras hermanas, María Rafols, tan joven y ya capitana de una patrulla de vanguardia caritativa, vivió su primera noche de convento. Si aun llovía fuerte, el viento del Moncayo azotaría las ventanas del Hospital. A Zaragoza le decimos novia del viento, algunas noches hasta parece que su novio la va a secuestrar llevándosela en volandas. Aquella noche quizá el viento manteniéndola despierta le favoreció a María su coloquio silencioso con el Hermano Jesús, presidente de todos los hospitalarios de la Historia humana. El, Jesús, Presidente con mayúscula. Ella, María Rafols, presidenta “delegada”. Ante personas que dan ejemplo de sacrificio y caridad, el público aplaude su entrega, su servicio a los marginados, a los dolientes. No se cuestiona qué hay detrás del sacrificio, en los fundamentos de la caridad: no investiga “por qué”, a cuenta de qué, esa mujer da sus caricias a la piel reseca de un moribundo. El secreto, dónde...

Considero estúpido ponernos a comentar qué a gusto pediríamos al Creador que retocara algunas normas que mueven el sol y las estrellas. Sin embargo me atrevo a desear que Yahvé consintiera en nuestro tiempo algunas confianzas entre ángeles y nosotros, como sucedía du-

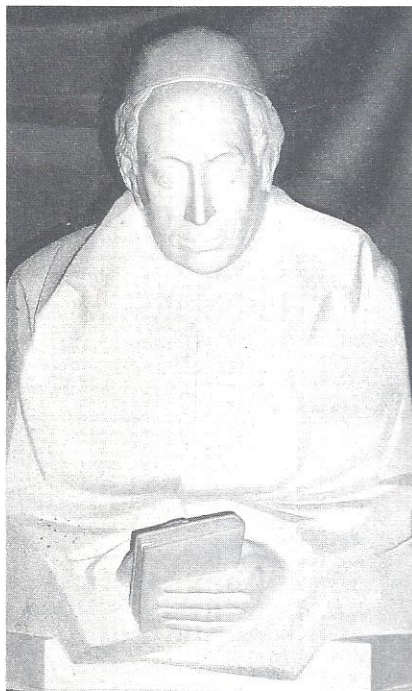
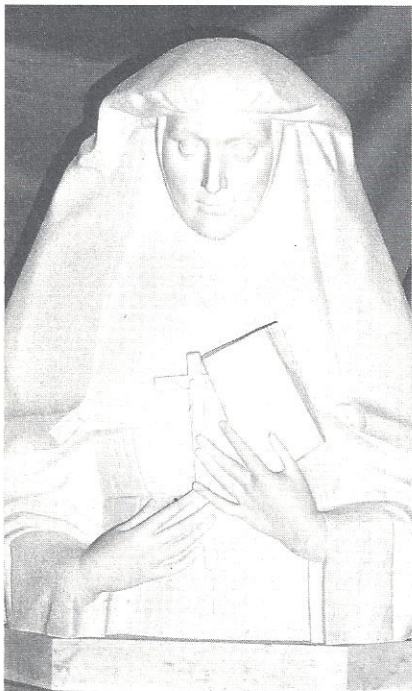
rante los siglos del Antiguo Testamento: por ejemplo, que a María Rafols su ángel aquella primera noche de “presidenta” le anunciara cuántos miles de hijas, hermanas de la Caridad, hijas suyas, tendrían también “primera noche” de coloquio amoroso con el Hermano Jesús, presidente general de hospitalarios.

Y qué se yo, quién me dice a mí si el ángel tuvo licencia...

7

“MAYORMENTE TENIENDO A SU FRENTE A LA HERMANA MARIA”

*Zaragoza
1805-1807*



El insigne escultor Pablo Serrano realizó dos bustos: Uno de la Madre María y otro del Padre Juan. Ambos se conservan en el Noviciado de Santa Ana, Zaragoza.

Cómo lo hicieron, ¿qué tal se portaron los nuevos Hermanos y Hermanas en el Hospital de Zaragoza? Hubo expectación. Contra ellos y ellas los “mozos sirvientes” tenían formulada su oscura amenaza:

—Así se rompieran las piernas antes de llegar arriba...

¿Cómo les fue, cómo lo hicieron?

Antes que nada, dejemos constancia del resultado: El Hospital pegó un cambiazco impresionante, sensacional.

Sin embargo, la verdad sea dicha, a los Hermanos les fue primero regular; y luego, fatal.

Las Hermanas, en cambio, una gloria: cumplieron divinamente su trabajo, se ganaron las simpatías de todo el Hospital. Y miren que aquel inmueble tenía encerradas dentro las mayores miserias del mundo.

Tan de maravilla trabajaron las Hermanas, que un regidor de *la Sistiada* respondió a quien había preguntado “cómo cumplen ellas”; así respondió:

—Me atrevo a decir que con estas mujeres es fácil gobernar un hospital; y sin ellas, muy difícil.

Gobernar un hospital como aquel, y en aquellos tiempos, tenía bigote.

Los “mozos sirvientes” no tardaron ni una semana en atacar a los Hermanos. Con ellas no pudieron. A ellos, sí, los liquidaron pronto; fue una pena.

La hermana María, tan joven y ya capitana, “presidenta” de la Hermandad femenina, demostró poseer una mano “suave y firme”, con cual guió, y defendió, su pequeña grey sin dejar resquicios de penetración a los malvados agentes de discordia.

Le ayudó una ventaja: los “mozos” apenas tenían acceso a sus salas. Por aquellos tiempos era inconcebible que “hermanas” cuidaran en-

fermos “hombres” de cualquier dolencia, nada digamos si se trataba de enfermedades venéreas; así que ellas tenían asignadas las salas de mujeres enfermas; y colaboraban con las Hermanas no “mozos” sino “mozas”, mujeres, menos “peligrosas” en aquel momento. También esta barrera la saltarán las Hermanas de María Rafols, pronto, cuando los hermanos fracasan: ellas “ocuparán” el Hospital completo, con enfermos y enfermas, sin mayores remilgos.

Un retrato suyo, nos falta: el rostro verídico de María Rafols. Lástima de foto, nos falta.

Ustedes los lectores no se imaginan cómo le resulta peliagudo a un escritor describir acertadamente los rasgos faciales de una persona para que la “vean” quienes ni la trataron ni han contemplado un retrato suyo. Echamos mano del color de los ojos, de la finura de la tez, de las mejillas sonrosadas; buscamos adjetivos insólitos que atribuir a los labios, a la puntita de la nariz, al mentón de la barbilla; ensalzamos el brillo blanco blanquísimo de los dientes, las cejas negras, sonrosadas las mejillas... Y al final el lector se queda sin pajolera idea de cómo era en carne mortal nuestro héroe, nuestra heroína.

Si encima se trata de una “hermana”, todavía “monja secreta”, porque no quiere *la Sitiada* ni oír hablar de “Hermandades elevadas a congregación religiosa”; “secreta”, pues, pero monja; entonces la dificultad descriptiva de María Rafols, quién era, por fuera, claro, a la vista, resulta invencible.

Cómo pocos años atrás consiguieron las hijas de madre Rafols que Pablo Serrano esculpiera el busto de la fundadora dándonos una visión de artista moderno cargada de vigor espiritual, me asombra: Pablo Serrano significa una fuerza de escultor poderosa, quizá la más rotunda de la España contemporánea; ahí están por ejemplo su Pérez Galdós en Las Palmas y Unamuno en Salamanca. Con María Rafols... Creo que ella “se le escapó” de las manos al artista. Mi inolvidable José Luis Martín Descalzo alaba “el corte clásico” de la escultura, “serena, adusta... los labios apuntan una sonrisa aproximadora; los ojos, con algo de máscara, nos conducen hacia el misterio...”. Lo siento, José Luis, con que te gustaba reñir conmigo lo pasarías en grande alborotando si me oyeras que a Pablo Serrano María Rafols se le fue, ha de dejado una imagen excelente pero fría, solo embobada, no mística: ojalá en vez de tomar este camino devocional, que evidentemente a Pablo Serrano le caía lejano, se hubiera atrevido a darnos una María Rafols suya, rom-

pedora, simbólica, con los rasgos intrépidos que por ejemplo dio a la “mujer labradora” en su monumento de Teruel: una “María Hospitalaria” fundida en bronce a las puertas del pus y de los piojos. Ese hubiera sido el “verdadero rostro” de María.

Otro gran amigo de Martín Descalzo y mío, el jesuita Luis Alonso Schökel, reconocido biblista de fama internacional, inventó cuando éramos jóvenes una pauta descriptiva para personajes valiosos: Tomarles la vuelta, “contarlos” desde un ángulo significativo, simbólico. Por ejemplo, decía Schökel: la hermosísima Helena fue causa de la guerra de Troya, ¿cómo describir la belleza de aquella mujer? Pues Homero lo consiguió utilizando un punto de mira peculiar: cuenta el rapsoda griego que los viejos y las viejas de la ciudad martirizada veían pasar a Helena por las calles de Troya, y ellos atormentados, hambrientos, sometidos a un sitio cruel, cercados mientras sus hijos caían luchando, al contemplar a Helena comentaban:

—Su belleza es tal que bien vale una guerra.

Jamás se dijo, ni en Andalucía, piropo más certero para la hermosura de una dama; qué más da cuál fue el color de sus ojos ni la negrura de sus pestañas: por ella valió la pena soportar una guerra.

Al “caso María Rafols” le viene como anillo al dedo un método paralelo. Nos quedamos sin contemplar exactamente su cara porque nadie pudo fotografiarla: justo estos primeros años del siglo XIX los “descubridores” de la fotografía, Daguerre y Niepce, aplican el yodo a las placas de cobre plateado tratando de “fijar la imagen”. Lo conseguirán, pero el asunto va para largo y no podemos esperar que aquellos científicos decidan llegar hasta Zaragoza para poner ante su “máquina” una monja del Hospital Nuestra Señora de Gracia. Hombre, fortuna suprema hubiera sido que la mirada cósmica de don Francisco de Goya recayera sobre nuestro Hospital: qué retrato de María Rafols joven nos perdimos.

Sin foto. Nos dijeron simplemente que “era alta, graciosa y esbelta”. Esto sabemos... por fuera. De sus adentros, de su retrato íntimo, profundo, qué de matices, qué de tonos conocemos.

Les llaman “Hermanas de la Caridad”, pasando el tiempo incorporarán a su título el patrocinio de “Santa Ana”.

Hermanas de la Caridad; y como tales ejercen, vive Dios.

También ellos, los Hermanos: su arranque fue impecable, ejemplar.

Los zaragozanos vieron el Hospital convertido en la octava maravilla del universo.

Se sentían orgullosos.

No era para menos.

Nuestro amigo el “cronista aficionado” señor Casamayor anotó el 1 de enero de 1805:

–Amaneció un día muy apacible y claro...

Delicioso, viejo amigo: Zaragoza inició su año con una jornada “apacible y clara”. Sigamos:

–...y se celebró la fiesta del Niño Dios en la iglesia del convento de Santo Domingo.

Muy bien, a lo que vamos. Casamayor prosigue:

–Dicho día dieron principio los Hermanos y Hermanas de la Caridad, venidos de la ciudad de Barcelona...

Ya sabemos; y “dieron principio” así:

–...confesándose y comulgando en el oratorio de la Hermandad de la Sopa.

Los miembros de esta Hermandad, qué cosa y qué título “sabroso”, todavía subsiste, acudían voluntariamente a platicar con los enfermos del Hospital y les servían la sopa del desayuno.

Casamayor no escribe su nota el mismo día uno de enero, sino algunos meses después; y tiene ya datos para transmitirnos las impresiones que por Zaragoza circularon acerca de los Hermanos y Hermanas, quienes “confesados y comulgados” iniciaron sus tareas:

–Salieron enseguida a lavar las manos de los enfermos y a limpiar cuadras (salas) y camas, quedando desde esta hora encargados de toda su asistencia así de día como de noche.

Las salas de mujeres quedaron efectivamente todas a cargo de las Hermanas; en cambio para las de hombres no alcanzó el número de Hermanos; así que los “mozos de servicio”, además de funcionar a las órdenes de los Hermanos en algunas salas, continuaron gestionando otras. Muy mala solución, según veremos.

Todavía quiero recoger una nota del “diario” del señor Casamayor, quien certifica que con la presencia de Hermanos y Hermanas...

–... han ganado mucho toda clase de enfermos y se ha aliviado al Hospital del gasto de los mancebos, llamados vulgarmente zoqueteros.

Toma del frasco, a los “mozos de servicio” los llamaron “zoqueteros”: no “zoquetes”, personas necias, sino “zoqueteros”, vagabundos que van recogiendo pedazos de pan. O sea, los tales “mozos” ocupaban el peldaño ínfimo de los asalariados de la época, trabajaban el Hospital

que faltando Hermanos siguen gestionadas por “mozos zoqueteros”; les asusta el contraste:

—En las salas de éstos se fuma, se riñe, se dicen palabras obscenas, se ven hombres y mujeres sentados en las camas de los enfermos, se juega a naipes; no se arriman a consolarlos, a limpiarlos.

Nuestro conocido el conde Sástago subraya “la caridad de las Hermanas, la limpieza, el consuelo a los enfermos, hasta en lo espiritual de moverlos a resignación”:

—En mi vida había visto peinar a los enfermos, matarles los insectos incómodos, limpiar vasos inmundos, aplicar los apósitos que mandan los profesores; no se pierde una prenda, cosen cuanto alcanzan sus fuerzas, evitan los robos...

Concluye:

—Si esto no es verdad, o soy ciego o soy embustero.

Era verdad; no estaba ciego el conde Sástago.

Estas mujeres han venido a cumplir una vocación, responden a una llamada. Gracias a la búsqueda tenaz realizada entre los papeles de la época, conocemos el “proyecto de vida” diseñado por el padre Juan Bonal para sus Hermanas hospitalarias.

Ustedes recuerdan, cuando el padre Bonal realizó su primer viaje desde Barcelona a Zaragoza para establecer con los regidores de *la Sitiada* el trasvase de las Hermandades: Bonal traía consigo “un Cuadernito” donde venían anotadas las condiciones de acuerdo. *La Sitiada* estudió y retocó aquellas condiciones elaborando otro *Cuadernito* definitivo, que fue acordado por ambas partes: *la Sitiada* quiso dejar constancia inapelable de su autoridad absoluta, de la sumisión de las Hermandades a las normas propias del Hospital; y sobre todo cerrar el paso a la mutación de las Hermandades en “congregaciones religiosas”, que llevarían consigo régimen y autoridad independiente.

Este fue el “acuerdo” suscrito como plataforma jurídica de las Hermandades con el Hospital. Pero lógicamente aquellos grupos de hombres y mujeres, creados por Bonal y otros sacerdotes “pasioneros” en Cataluña, se consagraban a la peliaguda tarea de cuidar generosamente los enfermos “por un motivo religioso”, les sostenía un ideal cristiano de respuesta a hondos sentimientos de amor por Jesucristo y para los hermanos sufrientes: Una chica de veintitrés años como María Rafols, “alta, graciosa y esbelta”, no decide renunciar “por nada” a un marido y unos hijos, dedicando días y noches a despiojar mendigos y lavar a los enfermos: ella elige su camino “por amor”. ¿Qué amor?

El amor descrito en el Evangelio cuando el Señor Jesús nos dice que él *está* con los pobres, los enfermos, en los presos, en los marginados; que él *es* el pobre, el preso, el marginado.

Las mujeres, jovencillas mujeres unas, otras ya granadas, que ven *así* a Jesús, que lo ven *ahí*, “encarnado en los sufrientes”, sufren una iluminación invasora del Espíritu; y “responden”, salen, se ponen a *servir*, realizar, *aman*.

Ninguna duda cabe, con *estas mujeres* el padre Bonal y sus compañeros sacerdotes hospitalarios del área catalana decidieron montar patrullas orgánicas, conformadas con el estilo característico de “congregaciones religiosas”: darles un “esquema de funcionamiento” y unos “cimientos espirituales sólidos” era tanto más urgente cuanto ellas rompían el modo tradicional de “ser monjas” ejercitado hasta entonces; es decir, no estarán “protegidas” por los muros de un monasterio, “acogidas” a la defensa de la clausura. Ellas van a “dar la cara” en salas de hospital, tratando directamente a los enfermos.

Total, que “además” del “Cuadernito” concordado por el padre Bonal con *la Sittada* para firmar el acuerdo que incorporó Hermandades a “Nuestra Señora de Gracia”, ellas traían sus “reglas” o “constituciones” internas, privadas, no sometidas a la aprobación de los regidores, sino “reservadas” para su existencia profunda: su grupo religioso.

Han aparecido, estas “Constituciones”, que diseñan una auténtica “congregación”. Permanecerán discretamente recónditas, evitando suspicacias de los regidores. Pero en ellas consta negro sobre blanco cómo son las Hermanas: Por qué hacen lo que hacen, y cuál es su estilo.

Copio entre comillas al pie de la letra:

Por qué, “es cosa de fe: Jesucristo recibe como propio todo cuanto por los pobres se hace”. Así de claro, así de simple: “Tendrán grande sujeción a los pobres Enfermos –la mayúscula, ojo, la pone el documento, las Constituciones mismas– respetándoles y reconociéndoles por sus Señores –también esta mayúscula es suya–, como en realidad lo son... mirando en cada uno la persona de Jesucristo”.

O sea, entendámonos: cada vez que un enfermo entra por las puertas del Hospital, quien entra en él es Jesucristo. Ellas, las Hermanas, van a ser sus enfermeras; se plantean el caso:

–Si hubiesen de cuidar de un grande personaje o de una persona real, ¿con cuánto cuidado y vigilancia estarían por no faltar y para obedecer puntuales a sus disposiciones? Pues ¡cuánto más...!

Cuánto más. Deciden acoger al Enfermo con cariño, lo adoran, lo miman:

—Cuando los Enfermos llegaren al Hospital les lavarán los pies y las manos, les cortarán el pelo..., se les dará con todo amor y caridad el almuerzo, comida y cena, procurando contentar, variándoles o mudándoles la comida, dándoles huevos en lugar de carne, o yerbas cocidas...

Desde el presupuesto de identificación, de “encarnación” de Cristo Jesús en cada “Enfermo”, ellas subliman los trabajos, inevitablemente sucios, levantándolos a un plano angélico: Cuidan de “Jesucristo representado en los Pobres”, otra mayúscula expresiva. He aquí una letanía alucinante:

—En la limpia de vasos inmundos, considerarán las Hermanas que el Hijo de Dios, para limpiar nuestra culpas, se hizo hombre...

—Cuando hicieren las camas, considerarán que las componen para Jesús...

—Cuando dieren agua a los Enfermos, considerarán que dan alimento a Jesús fatigado...

—Cuando dieren la comida, tendrán presente el fervor de Marta en servir a Jesús hospedado en su casa...

—Cuando dieren la cena, considerarán a Jesús en el Cenáculo...

—Cuando barrieren las salas, considerarán cuán inmundas están sus almas...

Alucinante, de veras.

Y te quedas bobo leyendo ahora, a distancia, el horario, las reglas minuciosas de convivencia, el “estilo” a que ajustan ellas su comportamiento.

Se levantan a las cuatro de la mañana. Treinta minutos de aseo y sesenta de oración mental. De cinco y media a seis y media dan un primer repaso a las salas de los enfermos “limpiando los vasos de noche”, así evitan malas impresiones, y olores, al personal que luego comienza a circular. A las seis y media oyen misa. A las siete comienzan propiamente su jornada hospitalaria, hasta las once: curas, limpieza, camas, vajillas, escoltan a los médicos durante la visita, propinan las medicinas, les sirven caldos y la comida. De once a dos cumplen sus ejercicios espirituales: lectura, rosario, examen—sí, amigos: cada mañana y cada tarde examinan su comportamien-

to, si han sido buenas, si les falló la paciencia...—, comen, conversan, descansan. A las dos acompañan la segunda ronda de los médicos, medican a los enfermos, reparten caldos y la cena. De siete a ocho la oración y el segundo examen íntimo. Cenar. De ocho y media a diez repasan las curas, cambian la ropa de los enfermos, giran con el médico de guardia. Se acuestan a las diez. Menos la “velante” primera hasta la una de la madrugada, y la segunda “velante” de una a cuatro: vigilan, pasean las salas, consuelan a los más afligidos.

Así cada día, cada noche.

—Pero es un horario mortal.

—A ellas les compensó.

—¿Cuestión de fe?

—Se las tienen con las presencia de Cristo; cuestión de fe.

Fe absoluta, sin resquicios.

Estas mujeres, desde los orígenes, además de profesar “castidad, pobreza y obediencia”, hablan de “hospitalidad”: en eso consiste, dar al enfermo la vida propia.

Incluso la propia “vida espiritual”, su oración. Vean qué texto curioso:

—Si a un mismo tiempo surgiese la asistencia a algún Enfermo durante nuestra hora de confesión y comunión, lo más venerable de la vida espiritual, estas devociones deberán omitirse para acudir a la obligación de la caridad del Enfermo necesitado.

Supongo que al padre Bonal le resultaría difícil por aquellas fechas manejar libros de los místicos renanos medievales, pero esta recomendación a sus monjas casa perfectamente con un célebre apotegma del maestro Eckard: “Si estás en éxtasis y un prójimo tuyo te pide que le lleves un té, deja tu éxtasis y hazle un té”. Más o menos, en traducción libre: no tengo a mano el texto alemán. Caray con el padre Juan Bonal y sus Hermanas...

Alojadas están en aquel largo corredor, con división improvisada para celdas. Me hace gracia la expresión aragonesa de las Hermanas nuevas que fueron entrando y describen “el mobiliario de su convento”: “En el comedor teníamos cuatro mesas *pobrecicas* (nuestro familiar diminutivo aragonés), con las patas en forma de catre; un cuadro de la Cena bastante grande con cristal y marco plano de nogal; los asientos eran de yeso. En su celda la madre María Rafols tenía una *camica* de

hierro pintada de azul oscuro, sin adornos, muy sencilla, con cuatro *piñicas* en forma de *alcachoficas* de metal dorado. También tenía una *piñica* de Muel (cerámica de la tierra) con los atributos de la pasión...”.

A esta monja le quedaron indelebles los detalles de la celda de la Madre, su Hermana mayor o Presidenta: “...una mesita con hule negro y *florelicas*, una silla grande de enea con respaldo alto pintado de color chocolate, lo mismo que la mesa; un pequeño lavabo pintado de azul, jofaina y jarra con una lista azul. La cubierta de la cama era de percal, con fondo color café y llena de hojas azuladas”.

Los primeros años su ámbito estuvo circunscrito a las salas femeninas, incluidas las dementes y la Inclusa; por supuesto, los guardarropas. La hermana María llegaba a todo, espejo de sus compañeras fundadoras y guía de las que fueron entrando: las 12 iniciales pasaron en dos años a 17; 21, el tercer año. De un puñado conocemos el nombre, otras quedaron inscritas en aquel Otro Libro que el Padre Dios lleva de su puño y letra.

A la hermana María la tradición de sus monjas le ha dedicado los memorables: “Tuvo para todas sus hijas entrañas y cariño de verdadera madre... reunía por la noche a las Hermanas jóvenes y las entretenía... asistía a los enfermos ejercitando con ellos las obras de misericordia... aunque tenía gran condescendencia y amabilidad sabía conciliarlas con la fortaleza... en su trato con médicos, practicantes, señores que componían la Junta de Gobierno, nunca tuvo discordias, siempre procuró la paz y buena armonía... donde ella estaba nunca había discusiones de ningún género... tenía gran presencia de ánimo y gran fortaleza de espíritu...”.

Sí, a la vera de sus veinticinco años, la Hermana Mayor, “alta, esbelta”, aparecía decidida, valiente. Causó sensación entre los regidores de *la Sitiada* el examen de flebotomía.

Les confieso que eché mano del diccionario para conocer el significado médico de la palabra, no tenía pajolera idea.

Resulta que “flebotomía” significa el arte de sangrar. Eso sí sabemos todo el mundo la importancia que la medicina dio a las sangrías hasta tiempos muy recientes. Hoy según los expertos la sangría “conserva cierta eficacia” en la crisis de edema pulmonar agudo y en los ataques de asma cardíaca. Antiguamente el uso frecuente de la sangría aconsejaba disponer de personal sanitario que dominara la técnica y ob-

tuviera experiencia: los Hospitales convocaban exámenes de flebotomía y otorgaban el correspondiente diploma. La perforación de una vena del pliegue del codo, de un brazo o de una pierna, efectuada introduciendo la aguja o perforando con un corte de bisturí, impone cierto reparo a quienes carecemos de entrenamiento. Los regidores de *la Sitiada* tenían encomendado al “teniente cirujano” del Hospital un cursillo de aprendizaje, que remataba con el examen de los candidatos ante un tribunal de cierta solemnidad.

Lo que nadie podía esperar en “Nuestra Señora de Gracia”, ocurrió: cuatro Hermanas, con María Rafols la primera, se inscribieron al cursillo de flebotomía. Habían solicitado previamente la autorización de los regidores. Lástima que al cronista señor Casamayor se le escaparan detalles internos de la vida del Hospital, seguro que la noticia causó en Zaragoza cierto revuelo y algún escándalo: las Hermanas parecían bastante atrevidas.

Su examen, brillante: “con mucho lucimiento”, según el acta oficial de *la Sitiada*. El acta añade que las Hermanas “sacaron ventaja” a los “mancebos” ya entrenados “con años de práctica”. María Rafols, con las Hermanas Tecla, María Rosa y Raimunda, fueron declaradas “aptas para ejecutar la operación de la sangría”. Los papeles posteriores del Hospital confirman que efectivamente la practicaron luego “con un acierto admirable”.

Ahora debo contar que a las Hermanas las llamaron enseguida desde Huesca, a los dos años de trabajar en Zaragoza: para encargarles del Hospital y de la Casa de Misericordia.

A pocos años que pasen vendrán invitaciones una tras otra, Canarias, Madrid, Burgos, Alcañiz... Pero *la Sitiada* terca en sus recelos y en sus negativas: impide que las Hermanas se le escapen de las manos creando una “congregación religiosa”, así que les corta las alas.

A mí lo que me gustaría hoy es poner ante las narices de los ilustrísimos señorones regidores de *la Sitiada* el mapamundi que acaba de regalarme la Madre General de las Hermanas de Santa Ana con el estado actual de la congregación, desde Inglaterra a Chile, desde México a Papua, desde Costa de Marfil a Filipinas: incluida España, veinticinco países, con casi tres mil Hermanas. Y pensar que ellos las tuvieron medio siglo encadenadas, ni siquiera a poblaciones de la provincia de Zaragoza les consintieron ir.

A Huesca sí consintieron, no podían negarse: las solicitaba el obis-

po, quien automáticamente recibía respaldo de su colega el arzobispo zaragozano, presidente de *la Sitiada*, y de los dos canónigos regidores; tres votos de mayor consideración.

Adivino que a don Juan Bonal le emocionaría implantar sus Hermanas en Huesca, la pequeña ciudad altoaragonesa en cuya Universidad él había cursado estudios juveniles.

A Huesca la azotó un terrible ramalazo de peste el año 1804. Su Hospital “Nuestra Señora de la Esperanza” quedó sin personal sanitario. El obispo Sánchez Cutanda, un turolense docto en derecho, presidente de *la Sitiada* oscense, no sabía por dónde tirar; sus regidores tampoco. A partir de 1805 conocieron las maravillas contadas en Zaragoza a cuenta de las Hermanas llegadas al “Nuestra Señora de Gracia”: soñaron con traerlas a Huesca. El obispo se decidió a solicitar de *la Sitiada* zaragozana el envío de “una Hermana capaz de encargarse del gobierno de la Hermandad”: de buscar el equipo de Hermanas suficientes encargaban a don Juan Bonal.

Ante la petición episcopal, dicen los papeles, *la Sitiada* de Zaragoza “procedió con la mayor galantería”, qué finos: “aunque le era muy sensible desprenderse de ninguna de las Hermanas, quiso hacer el obsequio más completo”, eligiendo para cabeza de la nueva fundación a la Hermana Teresa Calvet, una de las doce fundadoras de Zaragoza, mujer, según *la Sitiada*, “de mucha virtud, de mucho desembarazo, de mucha caridad y de un genio el más a propósito”.

El padre Bonal, discreto siempre, silencioso, preparó el equipo: doce Hermanas le pedía el obispo, ocho para el Hospital y cuatro para la Casa de Misericordia, donde recogían los niños expósitos. A 19 de mayo de 1807, don Juan llevó sus Hermanas a Huesca: Teresa y Antonia, tomadas de Zaragoza; las demás traídas de Cataluña, seis de ellas cultivadas por el gran amigo de Bonal en Valls mosén Cessat. Ambas casas constituían una sola Hermandad bajo dirección de la Hermana Teresa, a quien costó gran sacrificio separarse de la “casa matriz” zaragozana.

Los “pactos” de Huesca repiten cláusulas de Zaragoza; las Hermanas continúan el modo de existencia propio de su comunidad zaragozana, el hábito, las costumbres. Les obligan ambas *Sitiadas* a ser “independientes”; pero ellas mantienen lazos irrompibles.

Las Hermanas, viento en popa.

Los Hermanos... se hunden.

Y por culpa del canónigo Cistué, los Hermanos estuvieron a punto de arrastrar consigo a las Hermanas.

La batalla nació del “sordo rencor” que la llegada de las Hermandades suscitó en los “mozos de servicio”, quienes, la verdad, vieron amenazados primero sus trapicheos morales y económicos, luego su mismo puesto de trabajo. Decidieron defenderse a dentelladas mezclando la astucia con la violencia. Tuvieron además la picardía de ganar para su causa al canónigo Cistué.

El objetivo final de los ataques fue acabar con las Hermandades, echarlos a todos, Hermanos y Hermanas. La embestida contra los Hermanos la tuvieron fácil; contra las Hermanas, difícil.

Los doce Hermanos venidos con la primera expedición desde Barcelona pusieron mano a su trabajo en las salas que les fueron asignadas: entusiasmo semejante a las Hermanas. El grupo de Hermanos, al parecer, carecía de la cohesión interior que ellas traían; les faltaba madurez: quizá el padre Bonal hubo de reclutarlos apresuradamente aquel otoño de 1804, por la urgencia de acudir a Zaragoza. Sin embargo, sus salas cambiaron de color, limpias, atendidas, felices los enfermos. Su éxito destacaba por el contraste con las salas vecinas donde continuaban los mozos “zoqueteros”: camorras, juergas, timbas, “su libertad en el trato de mujeres y hombres que es vergonzoso explicarlo”.

Los papeles denuncian “ardides” de los mozos contra los Hermanos, quienes constantemente quedaban expuestos “a incontables sonrojos y vejaciones”; los descalificaban por ignorantes, por carecer de aptitudes “para un ministerio tan pesado y escabroso”, por haber sido “buscados a mano” cuando mosén Bonal los necesitó: “tomaron este oficio por no trabajar en el suyo, si es que lo tenían, o por haberse persuadido que el que abrazaban sería menos gravoso”, “gente inexperta” que pretendía sustituir “a enfermeros instruidos con la práctica de muchos años”.

Esta falta inicial de profesionalidad sería verdadera. Los Hermanos enganchaban demasiado precipitadamente nuevos aspirantes, catalanes y aragoneses: a los doce iniciales sumaron enseguida otros diez, más 50 “probantes”. Ciertamente existía un sistema de incorporación, ideado sin duda por el padre Bonal: los aspirantes pasaban un período de prueba y exámenes; luego “servían tres meses gratuitamente a cambio de manutención”; les vestían el hábito; y todavía los sometían a seis nuevos meses de prueba. Sin embargo el trasiego de entrantes y salientes avisa graves defectos de formación.

Quiero decir que el asalto de los “mozos” contra los Hermanos encontraba terreno abonado. La conjura alcanzó un techo in-

creíble: “alguien” robó cantidad de lienzos y sábanas de los guardarropas del Hospital, cuya custodia correspondía a los Hermanos y Hermanas. Los “mozos” gritaron el escándalo y acusaron por ladrones o desidiosos a los Hermanos.

Frente a tan cínicas malas artes, los Hermanos carecían de defensa. Cada semana correspondía la autoridad suprema del Hospital a un regidor. Los “mozos” halagaban la vanidad del regidor de turno, contraponiendo su mandato a las órdenes del superior de los Hermanos. Las disposiciones de un regidor a los Hermanos iban frecuentemente opuestas a las órdenes del regidor de la semana precedente. Ni a los regidores les importaba demasiado que sus discrepancias aparecieran notorias.

Los hombres soportamos bastante menos que las mujeres, al menos a los Hermanos del Hospital les faltó el aguante de las Hermanas: abandonaron a chorro la empresa... Y a 8 de abril de 1807 decidió el Presidente Hermano José Torradellas que también se iba; redactó una carta, ingenua y leal, explicando a los señores de *la Sitiada* su cansancio, su pesadumbre, su desmayo.

Entregó la carta de dimisión al regidor de semana.

Mala suerte, estaba de semana el canónigo Cistué.

Don Francisco Cistué, inteligente, buen jurista, con ribetes de familia “hidalga”, canónigo, deán y prestigiado, ofrece la imagen de los clérigos “ilustrados” de la época: liberal, ¿afrancesado?, poco rezador... Precisemos, poco amigo de que los enfermos del Hospital rezaran el rosario en alta voz.

Cistué, por aquellas fechas enfermo, faltó a las sesiones de *la Sitiada* el año 1804: por tanto no participó en las negociaciones del padre Bonal. Sin embargo, una prédica suya de la fiesta de los Dolores de 1805, incluye este párrafo que copio del *Diario* de Casamayor:

—Ensalzó mucho el orador las ventajas que se notaban en las enfermerías desde la instalación de las Hermanas de la Caridad, estando las criadas con mucho aseo y limpieza, e igualmente las salas de los pobres: todo a esmero de dichas Hermanas, que se esmeran en tenerlas muy aseadas.

Lo que es la vida, los “mozos” se ganaron al canónigo, quien un par de años más tarde hubiera echado del Hospital a los Hermanos, y “quizá” incluso a las Hermanas.

Ignoramos el proceso de su desencanto. Pero el 8 de abril de 1807, cuando el Hermano Torradellas le entregó su carta de dimisión, Cistué, hecho un basilisco, decidió aniquilar las Hermandades: la de hombres

inmediatamente; la de mujeres, a su tiempo. Y si no llega a tropezar frente a frente con nuestro amigo el conde Sástago, lo consigue.

La crisis fue terrorífica, y remató con un proceso formal en la Real Cámara de Madrid.

Enarbolando la carta del Hermano Torradellas, Cistué presentó ante *la Sitiada* del 9 de abril –no perdió tiempo, al día siguiente de recibirla– un dictamen poniendo en entredicho la permanencia de los Hermanos en el Hospital. La furia del canónigo aparece injusta con solo examinar este detalle: tacha de injuriosa, tosca, insultante la carta del pobrecito Hermano; cuando realmente va llena de humanidad, devoción y cortesía. Durante toda la crisis, incluido el proceso, Cistué mantiene una postura de inquina incomprensible. Terca, implacable.

Sástago le plantó cara. La votación dio tres a tres, en contra y a favor de los Hermanos. Decidieron aportar por escrito los argumentos de una y otra parte. Con Cistué votaron el marqués de Montemuzo, un carca legalista disgustado porque el Hospital estaba olvidando *las Ordinaciones* de tiempos de Felipe IV; y el administrador-contador, partidario decidido de los “mozos”. Respaldaron a Sástago el chantre Novella y el marqués de Fuente Olivar.

Sitiada del 13 de abril: lectura de los dictámenes, y votación con empate. Sesión del 16 de abril, nuevo empate. Cistué ataca, Sástago contraataca:

–Los Hermanos reciben en compensación por sus servicios la comida, el vestuario exterior y un corto canon para su ropa interior, según se convino; fuera del paréntesis de una hora de oración mental por la mañana y media hora por la tarde, todo el día lo emplean, por turno entre ellos, al servicio de los enfermos: limpieza de vasos inmundos, aseo de las salas, camas y enfermos, comida y cena, cumplen lo que mandan los médicos, limpian el cabello a los enfermos, los consuelan y animan.

Y le contrapone la otra cara:

–En las salas en que no hay Hermanos, se sirve a los enfermos por practicantes, cirujanos y mozos o criados de limpia que son una especie de mozos de cordel... aprovechando cuanto pueden, sin escrúpulo de robar a los enfermos y aun al mismo Hospital.

Cistué, irremovible: *Sitiada* del 16 de abril, empate.

Sástago resolvió acudir al arzobispo, Presidente de *la Sitiada*, quien residía en la Corte. Ordenó además una encuesta entre los enfermos, unánimes en defensa de los Hermanos; y solicitó informes de los sacerdotes confesores del Hospital.

La Sitiada del 27 de abril recibió carta del arzobispo “aconsejando

se procurara por todos los medios imaginables la continuación de los Hermanos”. Cistué tascó el freno.

Pero a 2 de mayo, el Montezumo renovó su lemento por las viejas *Ordinaciones* de Felipe IV. Sástago resolvió zanjar la querrela recurriendo al Rey.

La Real Cámara abrió proceso, cuya resolución, 11 de junio de 1807, ordenó “que Hermanos y Hermanas continúen en el Hospital”. A 27 de julio los regidores de *la Sitiada*, Cistué y sus dos amigos también, firmaron su acatamiento a la Orden real. Cistué todavía presentó recurso, al que no hubo respuesta.

Lo malo fue que los Hermanos, entre tanto vendaval, perdieron aliento: quedaron reducidos a cinco, a uno, a ninguno. A las puertas de 1808, la Hermandad masculina del “Nuestra Señora de Gracia” se había extinguido. Desapareció. Varios Hermanos buscaron acomodo en otros hospitales.

¿Y las hermanas?

La tremolina de Cistué apenas les rozó: el canónigo comprendió que “contra ellas” pisaba un terreno minado, toda Zaragoza se le echaría encima. Mientras los tres primeros superiores de los Hermanos abandonaban su puesto, María Rafols continúa serena al timón de su equipo.

Cistué solo se atrevió a tantear el futuro, ejercitando de profeta:

—Por lo que respecta a la Hermandad de mujeres, que vinieron al mismo tiempo para el cuidado de las Enfermas, reconozco que, *por ahora*, no hay motivo para que siga la misma suerte (echarlas, como a la de hombres); y confieso de buena fe que este Establecimiento puede producir buenos efectos con tal que...

Caray con el profeta: *Por ahora*. El subrayado es mío, naturalmente. “Buenos efectos”; con tal se sujete a *la Sitiada*, faltaría más. Palabra de canónigo.

Sástago dio a Cistué una respuesta contundente:

—Y respecto a que el señor Cistué hace un pequeño elogio de las Hermanas con un *por ahora*, yo digo que son inimitables; que dentro de su distrito, con sujeción a *la Sitiada*, ha de mandar la Hermana Madre sin sujeción al enfermero mayor.

El canónigo ni pió.

Entre los testimonios recogidos por Sástago durante el proceso de la Real Cámara, hay una frase del penitenciario Francisco Amar:

—Me inclino a que la congregación de Hermanas está en un pie tan

florecente que dentro de poco tiempo podría arribar al grado de perfección que cabe prudentemente en cosas humanas.

Don Francisco, voy a pedir a la Madre General de las Anas que solicite permiso celestial para que venga usted el 16 de octubre de 1994 a presenciar en la plaza de San Pedro la beatificación de la “Hermana Madre” María Rafols: Se lo tiene usted merecido. Confío que al menos vea usted el festejo desde alguna balconada cósmica...

Cerrado ya el proceso contra los Hermanos, la *Noticia* oficial de *la Sitiada* comentó a posteriori:

—Aunque *la Sitiada* tenía la mayor confianza y seguridad en que las Hermanas habían de hacer los mayores progresos en este Hospital, mayormente teniendo a su frente a la Hermana María Rafols, nombrada Hermana Mayor en el ingreso, en cuyo destino continúa en la actualidad, desempeñándolo con el mayor acierto y satisfacción...

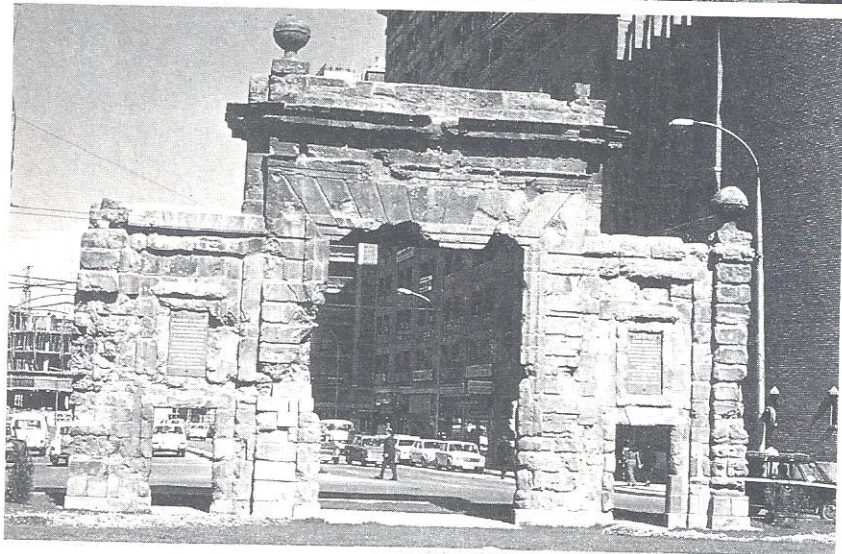
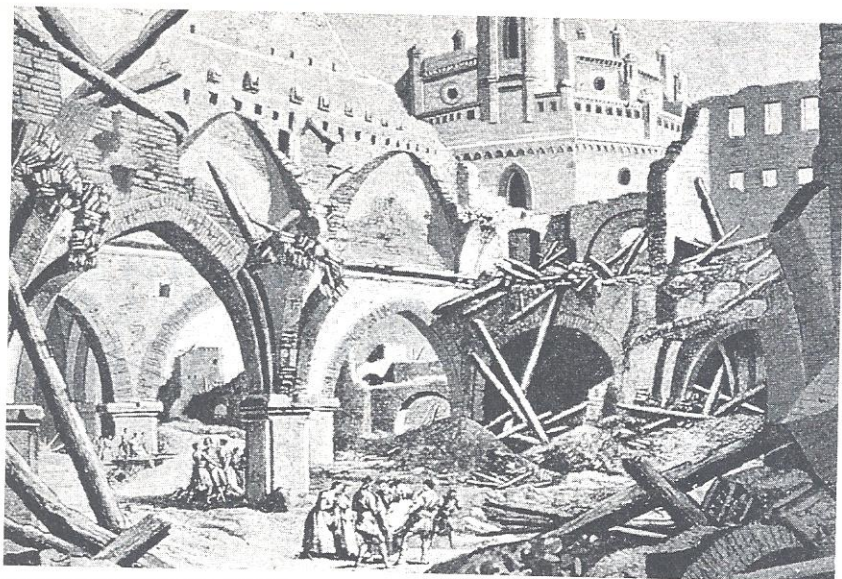
Bien, señor secretario de actas: Ha colocado usted cuatro veces el vocablo “mayor”, tres como adjetivo y una como adverbio; y el genitivo “cuyo” incorrectamente; pero una frase le salió certera, fenómeno:

—Mayormente teniendo a su frente a la Hermana María Rafols.
Fenómeno.

8

**DONDE SE NARRAN TALES HAZAÑAS
DE LA MONJA MARIA
QUE MAS PARECEN LEYENDA,
Y SON HISTORIA**


*Zaragoza
1808*



Grabado de la época con las ruinas del Hospital. Abajo, la famosa puerta del Carmen.

Cae sobre Zaragoza el rayo de la guerra.

De repente María Rafols y sus hermanas van a encontrarse metidas en el ojo del huracán.

Hasta ahora llevan una existencia silenciosa, dedicadas cariñosamente a los enfermos de su Hospital. Zaragoza sabe que existen, porque los visitantes comentan cómo “Nuestra Señora de Gracia” ha cambiado de piel desde que llegaron las Hermanas. Ellas ejercen calladamente la bondad. Andando el tiempo, una hija de Madre Rafols, de nombre Pabla y medio santa, inventará esta frase prodigiosa, y la propondrá, ejerciendo Pabla de general del instituto, como norma de estilo para las Hermanas de las Caridad de Santa Ana: “Que por el ruido nadie sepa que existimos”. Bellamente dicho. 

De 1804 a 1807, ningún ruido hicieron las Hermanas del Hospital.

Este 1808 las meten quieras que no dentro del estrépito guerrero desencadenado sobre España. Se harán oír.

Las alcanzará el huracán.

El huracán se llama Napoleón Bonaparte.

Está envolviendo furiosamente Europa, España, Zaragoza... y el Hospital “Nuestra Señora de Gracia”. Con María Rafols y sus Hermanas dentro. Les invade la guerra, las entran al corazón de la contienda.

Los primeros meses de 1808 representan la página quizá más triste de la historia de España; luego vino mayo, dos de mayo de 1808, y el pueblo español recuperó con sangre el honor patrio que sus reyes le habían perdido. El comportamiento miserable del rey, de la reina, del príncipe heredero y del valido abrió nuestro territorio al ejército de Napoleón: a pecho descubierto, literalmente, los hombres y las mujeres de España ganarán la guerra de la Independencia frente a las tropas del

emperador francés, hasta entonces dueño de Europa. Napoleón confesó que la guerra de España le había causado su ruina. Pero el heroísmo de nuestra gente sencilla no podía evitar que la onda del conflicto alcanzara los territorios hispanos de América: A ver quién frena un terremoto...

Carlos IV arruinó en pocos años la herencia, espléndida, de su padre Carlos III. Hasta que París puso en marcha la Revolución Francesa, Carlos IV presidía en Madrid una corte anestesiada por las divertidas frivolidades de su mujer María Luisa de Parma. Hacia 1786, un guapo mozo, hidalgo extremeño y guardia de corps, Manuel Godoy, conquistó simultáneamente los favores de la reina y la simpatía del rey: Tres años más tarde, al morir Carlos III, Godoy se vio elevado a categoría de valido y consiguió eliminar primero a Floridablanca y luego al conde Aranda. Pero la partida de ajedrez que la Revolución abrió sobre el tablero de Europa rebajó la capacidad política y diplomática del equipo entonces responsable de la vida de España: el rey, la reina y su favorito. Inglaterra, Francia, Napoleón, jugaron con ventaja.

Al estallar en verano de 1789 la Revolución Francesa, España, por fidelidad al principio dinástico, se encuentra automáticamente enemiga del nuevo gobierno francés. Tampoco puede contar con el respaldo de Inglaterra, cuya flota piratea nuestros barcos y apoya los intentos emancipadores de Hispanoamérica. Son aquí años de malas cosechas. Circulan entre las capas burguesas de la sociedad española ideas democráticas, los pasquines empiezan a difundir el grito subversivo "¡viva la libertad!". Todavía la corte procura distraer al pueblo sencillo con diversiones colectivas, como el famoso globo de la plaza de Oriente: desde los balcones del palacio real, Carlos IV, rodeado de su familia y con Godoy, estrena la elevación de un gran globo: grupos "revolucionarios", diseminados entre la multitud, profieren "gritos infames" contra el monarca y su valido, intentando provocar un motín; su alboroto queda enseguida ahogado por los vítores y aplausos de la multitud entusiasmada cuando el globo sube majestuoso...

Guillotinado el rey francés a primeros de 1793, aquella primavera Francia y España se declaran la guerra: Godoy ha firmado una alianza efímera con Inglaterra para enfrentarse a la Revolución. Tres ejércitos españoles atacan Francia por las fronteras catalana, aragonesa y vasca; mientras, tropas inglesas desembarcan en Tolón, donde comienza a ele-

vase la estrella de Napoleón Bonaparte. Carlos IV y Godoy comprendieron que aquel conflicto carecía de objetivos, mientras detectaban dentro de España síntomas revolucionarios alarmantes: Firmaron con Francia la paz de Basilea, verano de 1795, ganándose Godoy el título “príncipe de la paz”. Cambiado el aire, Godoy negocia con la República francesa una alianza contra Inglaterra: Carlos IV, otoño de 1796, acusa a Gran Bretaña “de ofensas históricas inferidas a la soberanía española”, y abre la guerra hispano-inglesa. Nuestra escuadra favorece los movimientos del general Napoleón por la península italiana. Cádiz y Tenerife aguantaron valientemente las embestidas de Nelson.

Godoy consideraba de veras que el enemigo número uno de España era Inglaterra, amenazante desde los mares para el tráfico de nuestros mercados americanos: pero el Directorio francés desconfiaba de él, y con ayuda de Jovellanos consiguió que Carlos IV lo retirara del gobierno directo. Desde la sombra el valido continuó ejerciendo su poder como generalísimo de los ejércitos. Ya “primer cónsul” Napoleón Bonaparte desde el golpe de Estado del 18 Brumario, Francia exigió a España en la primavera de 1801 que atacara a Portugal para desvincular de Inglaterra el país vecino. Reforzadas con veinte mil franceses del general Leclerc, las tropas de Godoy avanzaron sobre Portugal, que perdió la “guerra de las naranjas”, así llamada porque Godoy se permitió la chulería de enviar a su “amada” reina María Luisa “dos ramos de naranjas de los jardines de Gelves”.

Elevado a emperador en 1804, Napoleón sueña con invadir Inglaterra sumando los efectivos navales de Francia y España: Carlos IV sería proclamado “emperador de España y de las Indias”; Napoleón, señor de Europa. Nelson destruyó el sueño imperial pulverizando la escuadra hispanofrancesa en Trafalgar. España, debilitada, quedó a merced de su aliado Napoleón; quien supo manejar astutamente las rencillas familiares de la corte madrileña: con veinte años de edad el príncipe heredero Fernando y los nobles enemigos de Godoy intrigaban en Madrid dispuestos a deponer al mismísimo rey mientras negociaban en París la boda de Fernando con una sobrina de Napoleón. La reina y Godoy procuraron que los papeles de la conjura familiar cayeran en manos de Carlos IV: el rey aprisionó a su hijo en los aposentos de palacio y abrió “el proceso del Escorial”, que no pasó a mayores.

Godoy siguió tentando a Napoleón con la toma y partición de Portugal: el emperador firmó en otoño de 1807 un convenio en Fontainebleau programando la conquista hispanofrancesa del pequeño país, uno de cuyos retazos, Alentejo y los Algarves, reconocería por rey a Godoy.

Efectivamente, el “ejército aliado” invadió Portugal, tomó Lisboa, forzó la huida de los reyes lusitanos a Brasil.

Con el pretexto de aquella guerra minúscula, Napoleón introdujo el cuerpo de ejército del general Junot para atacar Lisboa; otro del general Dupont que asentó sus reales en Valladolid; un tercero al mando del mariscal Moncey “para vigilar las costas del Atlántico”; más la división del vizconde Darmagnac en Navarra, y la del conde Duhesne en Barcelona.

Tanta “ayuda”, inquietó, por fin, a los monarcas y a Godoy; recién nacido 1808 recibieron un mensaje imperial: Napoleón les exigía “o Portugal con un camino militar desde Irún a la frontera portuguesa; o la línea del Ebro como frontera con Francia”, es decir, incorporaba al imperio napoleónico Navarra, la mitad de Aragón y toda Cataluña. Presos de pánico, los reyes y el valido decidieron retirarse al sur para, en caso de peligro embarcar hacia América.

Hicieron alto en Aranjuez con ánimo de continuar hasta Sevilla: Un motín “popular” les cortó el paso a caída de noche del 17 de marzo.

Por toda España circuló el rumor de que Godoy estaba vendiendo nuestro país a Napoleón. Los nobles partidarios del príncipe Fernando, capitaneados por el conde Montijo llamado “tío Pedro”, prepararon un motín utilizando lacayos, paisanos de las cercanías y soldados de la guardia real. La noche del 17 de marzo una multitud abigarrada asaltó el palacete de Godoy, quien se escondió, aseguran, en un armario: le arrojaron los muebles a la calle y los quemaron. Carlos IV, aterrorizado, destituyó a Godoy, lo entregó a los “fernandistas”; y el 19 de marzo abdicó la corona de España en su hijo.

Fernando VII llegó triunfante a Madrid por la puerta de Toledo, pero simultáneamente el general Murat entraba por la puerta de Chamartín: Carlos IV había pedido auxilio a Napoleón, quien vio las rencillas familiares de los borbones de Madrid como una oportunidad pintiparada para colocar a su hermano José “de rey de España”, incorporando al Imperio la península entera. Por de pronto tenía estratégicamente distribuidos varios cuerpos de ejército.

Napoleón aceptó encantado servir de árbitro entre el rey padre “depuesto”, Carlos IV, y el “nuevo” rey hijo, Fernando VII: Los citó a los dos en Burgos, luego propuso Vitoria, después la frontera; por fin, fingiendo un ataque de gota, les rogó viajaran a la ciudad francesa de Bayona. Allí jugó con ellos al ratón y el gato, por separado, también juntos, persuasivo, autoritario... hasta que puso las cartas boca arriba:

Fernando debía abdicar en su padre; y Carlos IV, recuperada la corona, abdicó en el mismo Napoleón.

Este traspaso de corona ocurría la semana del 5 al 10 de mayo: tres días antes, 2 de mayo, el pueblo español había declarado contra los invasores nuestra “guerra de la Independencia”.

De qué curiosa pasta están fabricados los grandes tiranos de la Historia: cada uno de ellos se apoya en el convencimiento de que le corresponde cumplir una tarea “para el bien de la humanidad”; ha de realizar “su misión histórica”. Napoleón durante los diez primeros años del siglo XIX se constituye “amo indiscutible del continente” sometiendo país tras país como genio guerrero que fue, indiscutible. Consiguió este objetivo sembrando Europa de cadáveres, arrasando las fronteras a sangre y fuego. Pero él se sentía “un enviado”, un redentor: le tocaba “liberar los pueblos” llevándoles el mensaje de la Revolución francesa. Hasta que llega “el enviado de los dioses”, él, Napoleón Bonaparte, las gentes han vivido “esclavizadas”: ahora, gracias a Napoleón, sacudirán sus yugos tradicionales inaugurando una época moderna, progresiva, fuente de felicidad. Así él piensa que tan pronto conozcan los españoles la fortuna de verse “acogidos” a la sombra del Emperador, saltarán de júbilo y le coronarán de laurel.

Le aguarda un fuerte desengaño.

Para dar apariencia de legalidad al mecanismo de sucesión, Bonaparte convocó en Bayona una “Junta” de 150 españoles “representantes de los tres estamentos, nobleza, clero y estado llano”. Acudieron noventa, llamados “afrancesados” porque aceptaron los planes de Napoleón; quien les propuso redactar una “Constitución” y aceptar por rey de España a José Bonaparte. Ante la Junta de Bayona, “José I” juró como rey el 7 de julio: aquel mismo día salió para entrar en España. Llegó a Madrid el 20. El 24 había comprendido la situación, escribió a su hermano:

*—Estáis en un error, vuestra gloria se hundirá en España.
Salió profeta.*

Los mariscales de Napoleón se volvían locos ante la rebelión absoluta de un pueblo que apoyaba con “guerrillas” imprevisibles los limitados recursos del ejército español: desde la dramática proclama del alcalde de Móstoles denunciando el peligro de la patria, cada repliegue rural o urbano declaró por su cuenta la guerra a los invasores. A finales

de mayo un latigazo de heroísmo había enardecido pueblos y ciudades desde Asturias a Cartagena, desde Galicia hasta Cádiz. España en pie. Lucha por su dignidad, por su independencia. El pueblo ni siquiera pasa cuentas a la calamitosa familia real nuestra, marionetas en manos del tirano. Al revés, nuestra buena sencilla gente idealiza al príncipe Fernando VII: quiere arrancarlo de las garras de Napoleón, rescatarlo, traerlo a España. Le atribuyen el título de Fernando VII el Deseado. Pobre pueblo, cuya tragedia está quedando impresa en las pupilas de Goya.

Napoleón trazó para sus mariscales un plan estratégico que les permitiera sujetar España y “limpiarla” de patriotas: le urgía resolver la partida, porque ya el ejército español, al principio reticente mientras no recibiera órdenes del rey, se había sumado a la rebelión popular.

Los franceses dominaban una franja de acceso desde la frontera de Irún, pasando por Burgos, hasta Madrid. Además controlaban Cataluña, asentados con fuertes dispositivos en Barcelona. Napoleón decidió enlazar Madrid con Barcelona, para desplegar luego un “limpieza” provincia a provincia. Sus generales debían cumplir este programa durante el mes de junio, pues en julio llegaría a Madrid el “nuevo rey liberador” José Bonaparte.

Al general Merle correspondió fortalecer las posiciones francesas de Burgos: ganó Valladolid y subió por Reinosa hasta Santander.

Entretanto, el mariscal Bessières lanzó por el valle del Ebro las tropas del general Lefebvre hacia Zaragoza. El ocho de junio les plantaron cara en Tudela dos mil soldados españoles y tres mil campesinos armados de valor: dos baterías francesas apoyando a mil soldados de caballería y cinco mil de infantería, acabaron con ellos.

El 15 de junio Lefebvre acampó su ejército frente a Zaragoza. Iba a comenzar la epopeya de los sitios.

¿Qué hay dentro de Zaragoza cuando la sitian los franceses?

Poco más de cuarenta mil habitantes. Eso sí, dispuestos tenazmente a morir por la independencia de España; de críos a viejos, tozudos aragoneses dotados de bravura indómita.

Y está dentro el bizarro joven general que manda un ejército improvisado, pintoresco: dos mil soldados encuadrados bajo setenta oficiales. Les ha sumado doce mil paisanos, alistados entre dieciséis y cuarenta años, casados, viudos, mozos, ricos y pobres.

El general se llama brigadier José de Palafox. De familia noble zaragozana, fue convocado por Napoleón a la "Junta de Bayona", donde asqueado intentó convencer al príncipe Fernando para que volviera a España; naturalmente no lo consiguió: el "Deseado" no deseaba jugarse la piel. Palafox, disfrazado de pastor, escapó a Zaragoza: sus paisanos, ante la llegada de los franceses, le proclamaron capitán general "libertador de la patria". A Palafox le discuten los historiadores su talento militar, nadie le niega coraje; enaltecen su gallardía, su presencia arrogante; joven oficial "despreció los favores de una muy alta Señora tan famosa por su posición como por sus escándalos" (Pérez Galdós); supo elegir asesores de talento y acercarse a los combatientes cuando el ánimo les flaqueaba; vestido siempre con brillantes uniformes de gala, repartió reproches y alabanzas; Zaragoza le contemplaba con admiración, sentía orgullo por él.

Militares y civiles dispuestos a la defensa, cuentan con un refuerzo: insólito, desconcertante para los generales de Napoleón, quienes a las órdenes del "mesías Bonaparte" viene a "liberarnos de la superstición", a barrer "las antiguas tradiciones". Este tipo de contradicciones viajan inevitablemente vinculadas al progreso histórico de la humanidad: la Revolución francesa que abre nuestro mundo contemporáneo proclamando los derechos del hombre como pedestal de la vida democrática, impone sus ideas por los países europeos "a fuerza de bayoneta", qué poca gracia; nos trae "la libertad" en la mochila de soldados. Primero nos machacan, luego predicán fraternidad. Y han decidido liquidar la vida religiosa de los pueblos, borrar para siempre "las antiguallas heredadas de siglos pretéritos". Cómo iban a entender la devoción de los zaragozanos a la Virgen del Pilar. Bonaparte ataca dos fibras sensibles de nuestro pueblo: la patriótica y la religiosa. Secuestra el rey imponiéndonos "otro rey suyo"; y desprecia las "antiguas tradiciones" cristianas. Tiene que estrellarse, sin remedio. Los españoles tomarán a cachondeo "su rey impuesto", hazmerreír de la nación; le colgarán epítetos que el pobre no merecía, "Pepe Botella", "Tío Copas", cuando ni siquiera le gustaba el vino... Y se apiñarán en defensa de su fe, convierten la pelea en "guerra santa".

Claro, los aragoneses han puesto de su lado a la Virgen del Pilar, cuentan con ella. Este es el "refuerzo" incomprendido por los estrategas de Napoleón. A mí de niño cuando me contaron la epopeya de los sitios de Zaragoza, lo primero que aprendí fue aquella jota famosa: "La Vir-

gen del Pilar dice / que no quiere ser francesa; / que quiere ser capitana / de la tropa aragonesa". Entendí perfectamente la guerra, supe que tarde o temprano el ejército napoleónico llevaba las de perder. Palafox comenzó su mandato yéndose montado en un caballo blanco a las puertas del Pilar: bajó del caballo, entró al templo, se arrodilló ante la Virgen, besó la columna...

Consíentame también reseñar: Dentro de Zaragoza, con catorce mil hombres armados y su capitán general, apiñados alrededor del Pilar, hay un Hospital famoso habitado por cuatro mil enfermos y veintiuna Hermanas. Las gobierna una monja Hermana Mayor, o Presidenta, o Hermana Madre. Joven, veintisiete años. María de nombre.

A media mañana del 15 de junio, el general Lefebvre ordenó que sus baterías abrieran fuego contra las puertas del Carmen, del Portillo y de Santa Engracia: después del cañoneo, la infantería atacó por el Portillo, al oeste de la ciudad, y por el Carmen al sur; de abrir camino por Santa Engracia hacia el corazón del casco urbano se encargaron los jinetes del escuadrón polaco.

Un momento, imaginen el plano. Zaragoza está, estaba entonces, encajada entre su río Ebro al norte y el Huerva por el este. Situado el Pilar a la orilla del Ebro, las murallas, de barro, puramente simbólicas, de tiempos pretéritos, aprietan el caserío con un semicírculo cuyas puertas principales, sólidas, se llaman "del Portillo" al oeste; "del Carmen" y "Santa Engracia", al sur; puerta "Quemada", al este. Arriba del Ebro, enlazado por el puente de Piedra, Palafox dispone del fuerte San Lázaro, bien pertrechado.

Lefebvre abre la pelea convencido de que al día 15 le sobrarían horas: caído el sol, Zaragoza sería francesa.

Qué chasco.

Los sitiados, agazapados, aguantaron el bombardeo. Pero cuando la infantería y la caballería penetraron por las brechas que Lefebvre había distribuido, los franceses recibieron la gran sorpresa: al avance de los infantes se oponía un muro de hombres dispuestos a morir matando; mientras, los jinetes polacos, imprudentemente adentrados en el tejido de las callejas, veían asomar mosquetones y fusiles de cada ventana, de cada puerta, de cada esquina.

Los oficiales ordenaron retirada. Reagrupada la tropa fuera de las murallas, Lefebvre dio instrucciones para el segundo asalto: sus soldados consiguieron ensanchar las brechas y penetraron algunos metros.

Sin embargo la resistencia fue tal desde una segunda línea de barricadas que a los veinte minutos Lefebvre decidió retirar sus maltrechas unidades. Había perdido setecientos hombres.

Esta primera jornada de lucha la vivieron los zaragozanos con ardor y ansia; les sirvió para tantear sus propias energías y la capacidad de resistencia frente a un ejército que de sobra sabían les rebasaba en número, armas y experiencia guerrera. Nuestro dilecto amigo el “cronista” Casamayor enaltece el comportamiento de las mujeres:

—Desde que dio principio el ataque, llevaron agua a los defensores, vino y aguardiente; les suministraron balas, pólvora, trapos para tacos.

El día 16 Palafox presidió en el Pilar la ofrenda de “banderas enemigas conquistadas”.

Lefebvre pidió refuerzos para montar un asedio en forma, ya sabe que Zaragoza no le proporciona el soñado paseo triunfal. El 21 de junio llega a su campamento un nuevo regimiento polaco. Noticioso el general francés de que hacia Zaragoza se acercaba una columna de patriotas españoles, les salió al encuentro y por sorpresa les cayó encima: desbarató la columna. Entretanto, llegó al campamento imperial el general Verdier, que Napoleón enviaba para relevar a Lefebvre. Verdier trajo consigo tres mil quinientos hombres más, y artillería de sitio: a fin de mes tuvo dispuesto el asalto a la plaza.

Comenzaba el verdadero martirio de la capital aragonesa.

La primera operación del nuevo comandante francés consistió en desalojar a los quinientos españoles que al sur de la ciudad defendían el monte Torrero, excelente balcón sobre Zaragoza: Verdier instaló allí sus baterías.

Desde Torrero, cuarenta y seis piezas de artillería pesada iniciaron a media noche del 30 de junio un bombardeo sistemático hasta mediodía del 1 de julio: doce horas sin respiro: Los expertos calculan en mil cuatrocientos los proyectiles arrojados esa noche y día sobre Zaragoza.

El uno de julio, 15.000 hombres de Verdier acometen el asalto, que se prolonga tres días con sus noches. Los estragos de la artillería no han minado la moral de los defensores: cada esquina tiene su héroe, cada calle su crónica de gloria. En la puerta del Portillo han muerto los sirvientes de la batería española: una moza de veintidós años, ocupada en llevar comida a los defensores, corre al pie de un cañón, agarra de la mano del artillero moribundo la mecha encendida, la enarbola como si fuera un estandarte, dispara, enardece a los soldados que acuden a taponar el boquete. Ha nacido el romance de Agustina de Aragón, joven mujer catalana convertida en heroína zaragozana: encabeza la lista de nom-

bres femeninos hoy esculpidos en obeliscos de honor. Los historiadores dan para estos tres días entre quinientos y mil muertos franceses. Españoles, ni se sabe. Heridos, una muchedumbre, el Hospital rebosa.

El Hospital, con sus veintiuna Hermanas de la Caridad: los heridos llegaban a chorro; se les acomoda en camas por claustros y pasillos; médicos y monjas acudían a taponar heridas sangrantes, gritos de dolor se mezclaban con los estampidos de las granadas; las crónicas cuentan que ubicado el Hospital a cuatro pasos de la puerta de Santa Engracia, vía de penetración asaltada por la caballería polaca, ofrecía un escenario apto para las escenas infernales del Dante: malheridos, moribundos, llantos de personas que acuden buscando su pariente herido...

A lo largo del mes de julio, Verdier, exasperado al comprobar el valor fanático de los sitiados, elabora un plan de ataque definitivo para los primeros días de agosto. Ha corregido el emplazamiento de su artillería, tiene asegurada una primera línea de infantes al pie mismo de las murallas. La noche del 31 de julio al uno de agosto desata un vendaval de fuego: lanza por las brechas tres columnas de asalto que causan pérdidas tremendas a los españoles forzándoles a retroceder; media ciudad ha caído en poder de los atacantes.

Y entonces el general francés cometió uno de los crímenes de guerra que amargan las páginas de la Historia: concentró su artillería sobre el Hospital "Nuestra Señora de Gracia", rabiosamente, sin piedad. Verdier sabía el destino de aquella enorme mole situada en el centro de la ciudad. Sin duda pensó que arrasándolo pondría al descubierto las defensas del sector. Ordenó el bombardeo, veinticuatro horas seguidas. El Hospital ardió...

Existe un testigo francés de la terrible fechoría.

Y la cuenta; quizá envió su crónica tal cual al mismísimo Napoleón: me asombra que se atreviera.

Oficial de ingenieros zapadores, el barón Luis Francisco Lejeune, andando el tiempo ascenderá a general, vino al sitio de Zaragoza con las tropas imperiales. Traía un curiosísimo trabajo: Napoleón le había encargado transmitirle crónicas puntuales de la guerra en Aragón. Cuando el 21 de febrero de 1809, los franceses, cumplido el segundo sitio de la ciudad, tomen Zaragoza, Lejeune marchará a uña de caballo para informar al emperador en las Tullerías. O sea, fue un informante concienzudo.

Pues Lejeune viejo, volvió la mirada atrás, y escribió:

—Que el bombardeo del Hospital de Zaragoza transgredió abiertamente el derecho de gentes.

Explica por qué Verdier ordenó semejante salvajada:

—Tan invencible consideraba el valor de los sitiados que temiendo no conmovier aquellos pechos de diamante con el hierro y el plomo, trató de romperlos con un espectáculo cien veces más aterrador para ellos que la muerte.

Cuenta lo que vio:

—Las bombas se dirigieron sobre el Gran Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde había recogidos niños expósitos, dementes, enfermos de todas clases.

La población hospitalizada alcanzaba de tres a cuatro mil enfermos, acrecida por aquellos días con los heridos del sitio.

Fueron presa del terror:

—Los proyectiles causaron tal espanto que muchos enfermos y heridos abandonaron sus lechos y saltaron a la calle por las ventanas para salvarse con más presteza: Se les encontraba envueltos en trapos sangrientos y arrastrando por el arroyo sus miembros horriblemente mutilados.

Terrorífico.

Con el cronista francés coincide nuestro “cronista” Casamayor:

—Las bombas cayeron casi continuamente en el santo Hospital.

Temiendo que las bóvedas comenzaran a desplomarse, los regidores de *la Sitiada* solicitaron permiso a Palafox para evacuar a los enfermos: el capitán general mandó que fueran rápidamente trasladados a la Audiencia, a la Lonja y a casas particulares.

Correspondió a las Hermanas afrontar el traslado, consta en el informe de la Beneficencia provincial:

—Sacaron los enfermos en medio de los proyectiles: conducían y alojaban a los enfermos, los asistían...

A Lejeune le maravilló la rapidez:

—Los aragoneses desplegaron un celo superior a todo elogio: en pocas horas aquellos infelices fueron casi todos recogidos en lugar seguro.

Frailes y paisanos acudieron en ayuda de las Hermanas, testifica Casamayor:

—Los enfermos fueron llevados en brazos, en carros y parihuelas, también con las camas, espectáculo que causaba la mayor compasión. aumentada por los lamentos; lograron trasladarlos muy en breve y sin ninguna desgracia, a pesar de las muchas bombas y granadas que estaban cayendo.

A Figols, historiador local del siglo XIX, debemos este apunte:

—Las Hermanas y otras personas piadosas, cargaban sobre sus hombros los enfermos y heridos; a través de las llamas los transportaban.

Repartieron la carga mísera entre la Audiencia y la Lonja:

—Colocaron los enfermos de calenturas en el corredor alto de la Real Audiencia, a los militares en la sala de San Jorge, a los de cirugía en el corredor de abajo; las mujeres, en la Lonja de la ciudad. Este melancólico trastorno consternó los ánimos de todos.

¿Qué más podían hacer los zaragozanos? Casamayor anota:

—El pueblo estuvo en vela, llenándose la santa Capilla del Pilar con el vecindario que suplicó devotamente su poderoso amparo en tal conflicto.

“Guerra santa”: Valor en las barricadas, caridad en el Hospital, rezos en el templo...

Para mí el florón de la caridad ejercida por María Rafols y sus Hermanas en la formidable jornada del 3 de agosto, al bombardear los cañones de Verdier el Hospital, lo narra el francés Lejeune, cuyas palabras permiten imaginarle atónito ante el espectáculo que le tocó presenciar. Pienso que pocas páginas de la historia, larga, larguísima, de bondades cumplidas sobre nuestro planeta, ofrecen dramatismo semejante.

Ustedes recuerdan que sumando la población flotante, “Nuestra Señora de Gracia” cobijaba de cinco a seis mil enfermos al año: fijos, dos mil quinientos, tres mil. Dentro de ese conjunto existían dos “repartos” característicos: niños expósitos y enfermos dementes. Locos, a quienes el Hospital dedicaba terapéuticas avanzadas: medio centenar.

De repente los cincuenta locos de “Nuestra Señora de Gracia” oyeron aquel día el estampido de las granadas y vieron cómo las paredes del Hospital se venían abajo. Ignoro si la locura de los locos puede alcanzar momentos especialmente intensos a causa de factores externos: lo cierto es que aquel tres de agosto de 1808, los locos de Zaragoza enloquecieron. Les sobaban motivos, encontrándose inmersos en un descomunal guirigay.

Hicieron lo que a cualquiera se le ocurre: salir corriendo. Despavoridos. Lejeune los vio:

—En completo estado de frenesí; dos o tres de ellos se arrojaron al canal Imperial, en cuyas aguas terminó su larga agonía.

También Figols, lo relata:

—Los dementes, dando horribles alaridos, corrían despavoridos por el Coso.

La bandada de locos se esparció por las calles de la ciudad en pleno combate.

Y tras ellos, las Hermanas, intentando asirlos para llevarlos a la Audiencia.

No es fácil que una mujer, aunque sea joven como María Rafols, alcance a un loco despavorido.

Cruzaron el Coso, los locos: les dio por avanzar a todo gas en dirección de los batallones franceses, cuyas posiciones habían rebasado la puerta de Santa Engracia. Los soldados de Verdier se vieron venir encima aquella bandada de desarrapados, que habían de estar muy privados de razón para atravesar la línea de fuego:

—Gritaban, cantaban, declamaban en voz alta, según el género de manía de que estaban atacados; algunos siguieron a nuestros soldados hacia el monte Torrero.

El “espectáculo”, asegura Lejeune, impresionó a los franceses: “tan desgarrador por los accesos de risa y de alegría de varios locos”.

Pero el asombro llegó a la cumbre cuando los soldados vieron aparecer tras los locos las Hermanas que pretendían recogerlos:

—Varias religiosas que los habían seguido.

Tampoco ellas reparaban en el peligro de atravesar la línea de fuego bajo una lluvia de balas: querían proteger a sus locos.

Los franceses pensaron *si ellas también* eran presas de locura. De otra locura.

Lejeune, testigo ciertamente imparcial, asegura que el campamento francés “colmó de atenciones a estos infelices y a las monjas”.

A mí esta página, realizada, sin pensárselo, por María Rafols y sus Hermanas me quita el sueño: demuestra que se puede ser héroe y no darse cuenta.

Tras la cortina de fuego de su artillería, Verdier pensó la mañana del 4 de agosto que Zaragoza era suya: no podía creer que a los sitiados les quedaran energías para repeler sus tropas, sembradas ya por el laberinto de las callejas del casco urbano. Envió un emisario a Palafox con estas dos palabras escuetas: “Paz y capitulación”. El emisario regresó con otras dos: “Guerra y cuchillo”. Pienso que se decían uno al otro frases de opereta; sin embargo, estaban matándose. Al atardecer los zaragozanos contraatacaron, lanzados a recuperar los edificios, acera por acera, casa por casa. Varias unidades francesas se vieron aisladas y cercadas: iniciaron una lenta retirada. Cuando vino la noche, un tiroteo desorga-

nizado volaba sobre los tejados. Ambos bandos amontonaban cadáveres de sus caídos. Dicen que Verdier se sentía incapaz.

Cabalmente aquella noche recibió Verdier noticias del descalabro sufrido por el ejército imperial en Bailén: el general Dupont había invadido prematuramente Andalucía, descendiendo sin tropiezos hasta Córdoba; Castaños desde Sevilla y Reding desde Granada le salieron al paso. Dupont replegó la mitad de sus tropas a Andújar, y envió la otra mitad a cerrar Despeñaperros: la división le resultó fatal, y el 19 de julio tuvo que rendirse a Castaños. Por primera vez Europa supo que los ejércitos de Napoleón no eran siempre invencibles a campo abierto.

Nada más llegar a Madrid el día 20 de julio para estrenar su trono, José Bonaparte tuvo que abandonar la capital y buscar refugio tras las líneas del Ebro, donde los estrategas franceses concentraron sus unidades a la defensiva.

Desmoralizado y temeroso de la euforia de los españoles que anunciaban el envío de socorros a Zaragoza, Verdier decidió levantar el sitio: luego de agotar las reservas de sus municiones con un bombardeo despiadado, el 13 de agosto puso en marcha sus soldados y se fue. Dejaba cuatro mil hombres suyos muertos en el empeño. Palafox había perdido la mitad de sus soldados y muchos cientos de civiles. Cuando marchan los franceses, arde la ciudad. El Hospital, una montaña de escombros humeantes.

Después de Bailén bastaron unas semanas para que la España libre de franceses organizara su gobierno provisional mediante Juntas locales y una Junta Central en Aranjuez.

Pero faltaba lo peor: Napoleón enfurecido vendría como un huracán a vengar los agravios.

Dos hospitales provisionales, la Real Audiencia y la Lonja, dan cobijo a los enfermos normales y a varios miles de heridos de guerra. Los papeles hablan de un total cercano a seis mil hospitalizados.

Las Hermanas no se consienten a sí mismas que les fallen las fuerzas. Madre María ve cómo tienen minada la salud; adivina que varias le pueden morir, pronto. Duermen poco. Los alimentos llegan escasos y deteriorados. El hambre amenaza invadir Zaragoza. Las Hermanas han inventado una palabra simpática, los “despintes”: significa la parte de sus propias raciones alimentarias que ellas ahorran para darlas a los en-

fermos; reparten la comida que se quitan de la boca. Con la tela de sus tocas blancas fabrican vendas...

El 10 de agosto, atendiendo sugerencias de *la Sitiada*, Palafox firma una orden para que los hospitales se instalen en la Real Casa de Misericordia. A las Hermanas toca responsabilizarse de este segundo traslado; ya sin el peligro de las bombas pero bien penoso al mover los heridos. A los pocos días el capitán general quiso visitar la nueva instalación; el acta de su visita dice que se mostró satisfecho de la asistencia prestada a los enfermos; y que “probó Su Excelencia el caldo”: comunicó a los enfermos “que bien podían tomarlo, pues estaba bien condimentado”. Vaya, menos mal. Dice más, el acta:

—Notó que estaban más aseadas las salas del departamento dirigido por las Hermanas; no extrañó no fuese igual el de las cuidadas por hombres, porque eso lo lleva la condición del sexo.

Y, con su permiso, mi general, la granjería de los “mozos de servicio”, zoqueteros.

A *la Sitiada*, con la guerra se le acabaron las reservas dinerarias. Faltan alimentos básicos en Zaragoza, las carnicerías apenas venden carne: el Hospital acusa esta carencia, pues la muchedumbre de enfermos y heridos, a pesar de reducir la ración individual de diez onzas a seis, consume trescientas reses por semana. *La Sitiada* pide auxilio a las autoridades y a los ciudadanos. En la penumbra, siempre discreto, aparece ahora la figura del “pasionero” don Juan Bonal, quien las jornadas del sitio respaldó el trabajo de las Hermanas: acude a los párrocos y a los ayuntamientos de la provincia solicitando limosnas.

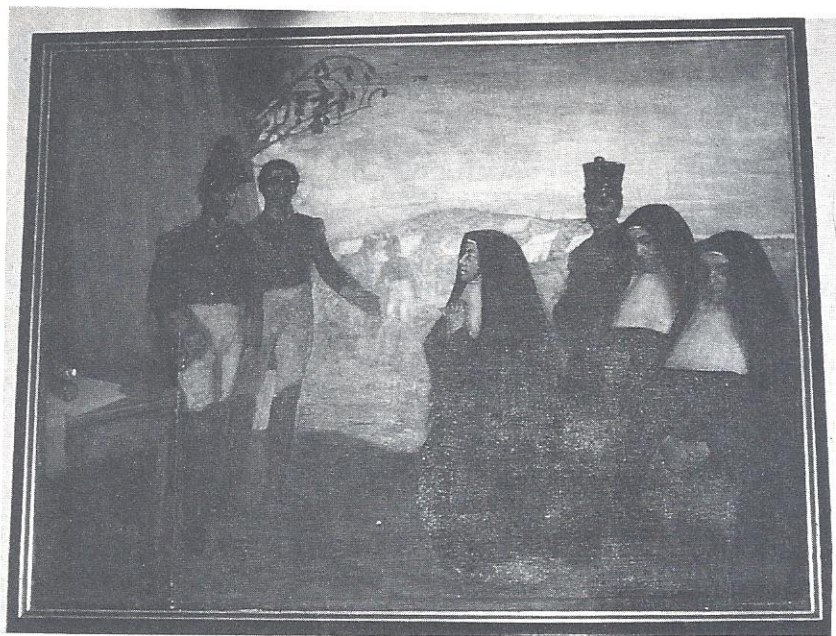
Tampoco la Casa de Misericordia ofrece suficiente espacio para distribuir razonablemente las salas entre heridos y enfermos. Palafox ordena que los militares heridos continúen alojados en la Misericordia; y los enfermos normales, civiles, sean trasladados al antiguo “Hospital de Convalecientes”, cercano a la puerta del Carmen. El edificio “Convalecientes” ni es tan amplio como fue “Nuestra Señora de Gracia” ni posee aquel empaque; sin embargo ofrece una bella estampa, acogedor, con iglesia y fachada artísticas, se presta: efectivamente, allí queda situado para los siglos venideros el histórico “Real y General Hospital ‘Nuestra Señora de Gracia’, de Zaragoza”. Hasta hoy.

Este edificio cobijará a partir del otoño de 1808 las hazañas de caridad silenciosa cumplidas por María Rafols y sus Hermanas: hazañas que parecen leyenda, pero son historia.

9

LA MONJA Y EL MARISCAL

Zaragoza
1808-1809



Valioso y curiosísimo cuadro de la monja «ante el mariscal», conservado en el Noviciado de Santa Ana, Zaragoza.

Napoleón, furioso; decide vengarse de España. Entendámonos, en las próximas bazas de su estrategia pesa también, además del orgullo herido, la urgencia de recomponer la imagen vulnerada del Emperador que fue invencible y acaba de ser vencido por los españoles: Dupont ha sido aniquilado en Bailén, Moncey abandonó Valencia, Schwartz huyó de Barcelona después de las batallas del Bruch, Verdier levantó el sitio de Zaragoza. Portugal sigue los pasos de España: mediado el verano de 1808, las tropas imperiales han estado a punto de ser arrojadas de la Península ibérica. Malas noticias para la imagen del “amo de Europa”. Antes que se propaguen, quiere atajarlas.

Desconfiando dar órdenes a distancia, el emperador, al frente de su Grande Armée, trescientos mil soldados, y rodeado de sus mejores mariscales, llegó a España en otoño de 1808. Al comenzar la marcha, Napoleón dirigió a sus hombres una célebre arenga: “Soldados, después de haber triunfado a orillas del Danubio y del Vístula, habéis atravesado Alemania a marchas forzadas. Soldados, necesito de vosotros: Llevemos nuestras águilas triunfantes hasta las columnas de Hércules”. De victoria en victoria, el dos de diciembre tomaba Madrid: había prometido celebrar las Navidades bebiendo champán francés en el palacio de Oriente. Las noticias de una nueva coalición europea contra él, le aconsejaron regresar a París. Antes de irse, dejó bien detallados los planes estratégicos para conquistar España entera destruyendo el ejército español y las unidades inglesas que desde Portugal habían acudido en nuestro auxilio.

Sobre Zaragoza, Ebro adelante, debía marchar el mariscal Moncey, quien esperó refuerzos de dos generales, Mortier y Suchet, para presentarse el 10 de diciembre a las puertas de Zaragoza: traía treinta y cuatro mil infantes, tres mil soldados de caballería, tres mil zapadores y

artilleros, ciento cuarenta piezas de artillería, y un formidable tren de sitio.

Dentro de la ciudad, Palafox, según los expertos militares, había cometido el error táctico de concentrar fuerzas excesivas, con gran cantidad de campesinos que hicieron las fortificaciones: Cuando aparecieron los franceses, Palafox contaba dentro de Zaragoza con treinta y cuatro mil soldados regulares y diez mil campesinos armados, amén de 160 cañones. Había acumulado provisiones, pero insuficientes para alimentar largo tiempo a una población, sumados civiles y militares, de ochenta mil personas. Si los franceses cerraban un sitio férreo en torno a la ciudad, Palafox tendría muy serios problemas de comida y sanidad.

Los franceses cerraron el cerco férreo, y a Palafox lo devoraron los problemas.

A los quince días de sitio, Moncey intimó a Palafox la rendición; el español respondió: "Yo no sé rendirme, después de muerto hablaremos".

Las Navidades fueron amenazantes. El 20 de diciembre Moncey asaltó el monte Torrero para repetir allí la instalación de su artillería. Los ataques franceses a la ciudad se retrasaron porque Napoleón necesitó al mariscal Moncey, quien fue sustituido por el general Junot. El 10 de enero la artillería comenzó sus bombardeos destruyendo el fuerte San José, frente a la puerta Quemada; a los pocos días Junot tomó el fuerte del Pilar, al pie de la puerta Santa Engracia. Los zapadores imperiales tendieron pasarelas sobre el Huerva y desplegaron cuatro baterías a doscientos metros de las murallas. El intenso bombardeo destrozaba casas, templos y conventos, poniendo la ciudad en estado de ruina. El 23 de enero sustituyó al general Junot el mariscal Lannes, nombramiento que revela el interés de Napoleón por el éxito de Zaragoza: Jean Lannes cuenta entre sus mejores estrategias.

Al día siguiente de tomar el mando, Lannes propuso de nuevo a Palafox la rendición: le respondió el capitán general que "los españoles no se rinden". Zaragoza iba a repetir la gesta de Numancia.

Lannes desencadenó el día 26 un bombardeo terrorífico, y el 27 ensayó asalto general. Un oficial francés anota en su diario: "Luchamos palmo a palmo, cuerpo a cuerpo, de casa en casa, de pared en pared". Los últimos días de enero y todo febrero fueron una pesadilla.

El hambre y las enfermedades diezmaban Zaragoza. Según Lannes apretaba cada día el cerco, los zaragozanos se veían aga-

rrados por el cuello: las condiciones sanitarias deplorables, la escasez de alimentos y medicinas convertían la ciudad en mitad hospital mitad cementerio. Los párrafos de la "crónica" del señor Casamayor, de enero a febrero, son espeluznantes: "Cada día se notaba ir cayendo muertos por las calles...; no hubo carne para los enfermos, ni pan blanco...; pasaron mucha necesidad en los hospitales, donde morían muchísimos por la carestía...; tanto fuego en el aire, tanta ruína, tanto enfermo y tanto muerto en carros que de los hospitales y casas sacaban para la sepultura...; el cuadro que presentaba la santa Capilla de Nuestra Señora del Pilar hubiera hecho la mayor impresión en los ánimos más valientes, viendo allí refugiado al vecindario, llegando a poner las camas junto a su tabernáculo...; todo el círculo inmediato de la santa Capilla del Pilar estaba lleno de camas y aun por las capillas inmediatas, lo que llamó la atención de su excelencia (Palafox) y mandó se retirasen y purificase...; estos días se careció de carne aun para los enfermos...; morían tanto de la tropa como del vecindario, lo que causaba el mayor desconuelo...; los muertos aumentaron, siendo preciso mandarlos enterrar por no verlos en las calles y puertas de las iglesias hacinados...; se mandó llevarlos en carros a los cementerios de los conventos y parroquias por no poder salir ya de la ciudad".

Las Hermanas de María Rafols, también morían. De fatiga, de hambre, de contagios... Cayó, primera, una de las modernas, hermana María Teresa. El día de su entierro había otras seis hermanas enfermas de peligro. Veremos el balance último, fatal.

A ellas morir no les importa, aguantan firmes en su trinchera. Mujeres zaragozanas pelean codo a codo de sus hombres fusil en mano; las Hermanas defienden la vida de los heridos y acarician a los moribundos. Hacen así su guerra. Se agotan, se deshacen minuto a minuto. Van de casa en casa pidiendo limosna para sus enfermos, ropas, alimentos, dinero, trapos, lo que haya. Les dan lo que cada familia puede. Hay en las casas tan poco... Los papeles oficiales anotan que las Hermanas "algunos días de la semana dejaban toda su ración a beneficio de los pobres enfermos". Cómo iban ellas a comer si ellos se les morían de hambre.

En estas, sin saber por dónde tirar adelante, Madre María Rafols tomó una resolución. Arriesgada, demencial. Un remedio heroico a favor de sus enfermos hambrientos.

Recordó a sus Hermanas que durante el *sitio* anterior “no fue tan difícil” llegar al campamento francés persiguiendo a los locos huidos.

¿Por qué no ir ahora y pedir ayuda...?

—Madre, ¿a los franceses?

A los franceses. Los sitiadores reciben sin trabas el apoyo logístico de su retaguardia: les aportan medicinas y alimentos. María Rafols piensa que no tendrán entrañas para negarle a favor de sus enfermos los desperdicios de comida sobrantes.

¿Una locura?

Un remedio heroico.

Rezaría, la monja: resolvió llevar a cabo su aventura.

No les estoy contando un cuento de Calleja, me limito a poner en orden los relatos de la época:

—Más de una vez, careciendo el Hospital de carnes y demás necesario para los enfermos, tuvo aliento la Hermana María Rafols para salir de la ciudad en medio del fuego...

Lo hizo. Eligió dos Hermanas acompañantes, sujetaron a un palo el trapo blanco señal de paz, se echaron a la calle tomando el camino de las puertas de Santa Engracia derechamente hacia las posiciones francesas, sin preocuparse de bombas ni disparos... Quisiera yo haber contemplado la cara de los tiradores sitiados cuando las vieron pasar sin detenerse; y la cara de los soldados franceses cuando se las vieron llegar: tres monjas con su hábito negro enarbolando una bandera blanca. Jamás en las batallas europeas presenciaron tal espectáculo. Me pregunto si entre los franceses habría circulado el asombro del sitio anterior, cuando estas monjas cruzaron también la línea de fuego detrás de los locos.

Sanas y salvas. Pidieron hablar con el “señor mariscal”. Las subieron al puesto de mando, situado en el monte Torrero.

Lannes las oyó. El relato más antiguo subraya que “al principio” el mariscal miró a las monjas “con despecho y rencor”: a causa, según Santiago Figols, de la “tenaz resistencia” de Zaragoza. Ellas, “a los pies de Lannes” solicitaron “amparo por amor de Dios: medicinas y víveres para sus infelices moribundos”. Copio entrecomillados los términos prístinos: María Rafols “habló con palabras tan fervorosas”, que “el ruido mariscal” se entregó: ordena ayudarles. De sobra conoce Lannes la mísera situación de Zaragoza sitiada...

A partir de aquella primera visita, las Hermanas fueron y vinieron “varias veces” desde su Hospital al campamento francés: Se traían “desperdicios” de las reses que se sacrificaban para el ejército francés, “cabezas de ganado, patas, otros alimentos”, un gozo increíble “para

sus enfermos del Hospital agonizantes de hambre”. Lannes mandó entregarles “pasaporte” para que “al pasar las líneas francesas no fueran molestadas”. Más les consintió, el mariscal: visitar “a los enfermos, heridos y prisioneros españoles que estaban en su poder”. Nuestro historiador clásico don Vicente de la Fuente, apostilla relatando el episodio:

—Salieron (las Hermanas) a pedir a los franceses, en honor de los cuales hay que decir que solían darles algunos socorros.

Honor a Lannes, el “señor mariscal”.

La monja..., adorable monja.

Lannes traía bien aprendida la lección y evitó repetir el error táctico cometido en el primer sitio por Verdier: quien lanzó sus vanguardias dentro del laberinto de callejas y se las vio rodeadas y acosadas por los defensores. Lannes avanza lento, metódico, y mina cada bloque de edificios antes de atacar.

Un estudioso actual de estrategia ha escrito que “las escenas del sitio de Zaragoza parecen propias de la batalla de Stalingrado en la última guerra mundial”. Cierto. Los defensores entregaban generosamente sus vidas.

La primera semana de febrero, Zaragoza encerraba en su casco diez mil muertos y catorce mil heridos. Apareció el tifus, que causó una mortandad en la población civil. A mitad del mes los franceses atacaron el fuerte san Lázaro, al norte, arriba del Ebro: así cortó la última posibilidad de retirada por el puente del Pilar.

Palafox cayó enfermo: se acercaba el epílogo de la epopeya. La Junta que actuaba en nombre del capitán general decidió capitular, veinte de febrero. El día 21, los diez mil defensores supervivientes salieron por la puerta del Portillo a desfilar ante el mariscal Lannes: entregaron sus armas en la Aljafería. Los vencedores tomaron una ciudad en ruinas. El cálculo final arrojó unas veinte mil víctimas entre los defensores y ocho mil los asaltantes. Lannes escribió a Napoleón:

—Señor, esta guerra es horrible, la victoria da dolor.

El informante oficial del emperador, barón Lejeune, viajó a uña de caballo hasta las Tullerías. Napoleón el día 27 de febrero lo recibió impaciente, nada más llegar. Lejeune comunicó a Napoleón el balance de la victoria:

—Siete semanas de trinchera duró el sitio; cuarenta y un días con sus noches el bombardeo; los cadáveres subieron a cincuenta y cinco mil, seis mil todavía insepultos se pudren por las calles; media ciudad en ruinas, la otra mitad ardiendo.

En la suma de víctimas, iba incluida una pequeña patrulla de monjas. O Lejeune o Lannes seguro que recordando episodios del *sitio* de Zaragoza narrarían al emperador el caso notable de las monjas que primero persiguiendo locos y después a buscar alimentos cruzaban como si tal cosa las líneas de fuego.

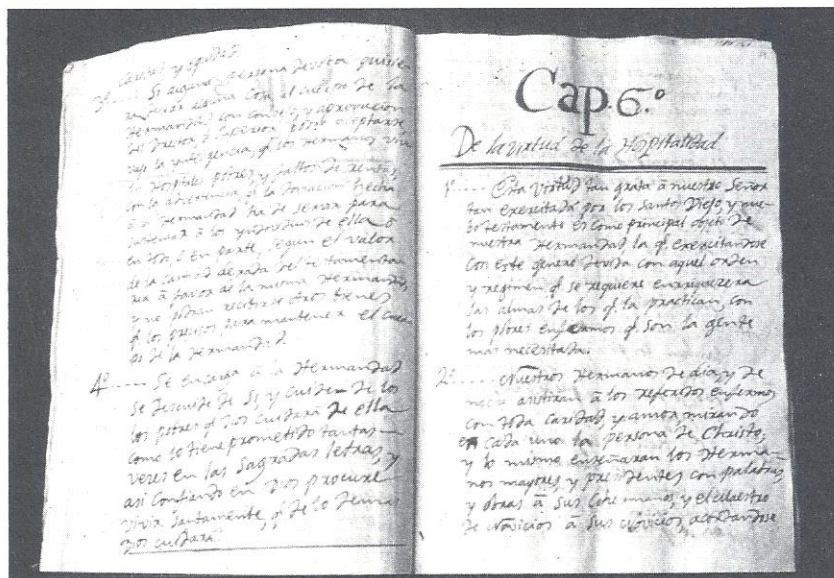
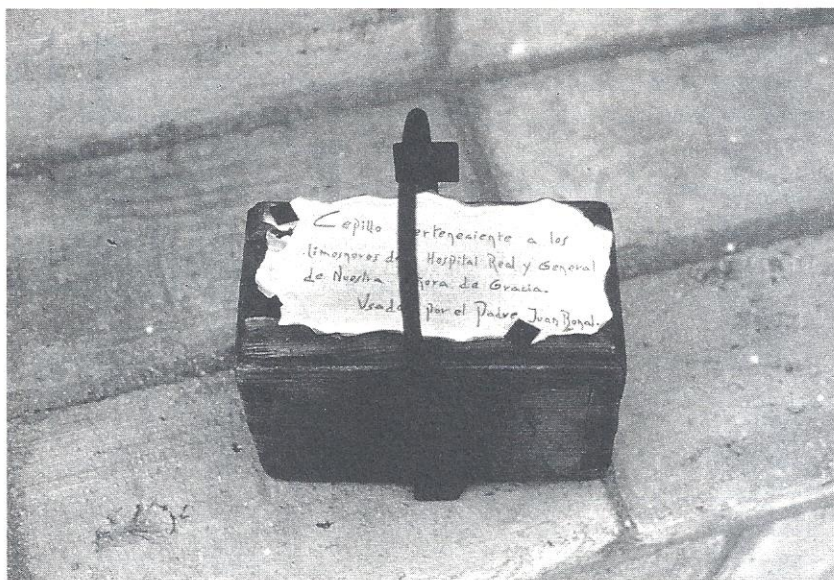
Nueve Hermanas, perdió en los *sitios* la Madre Rafols: de 21 que contaba al comenzar la guerra, le murieron nueve.

Su tributo a la caridad.

10

EN ZARAGOZA MANDAN LOS FRANCESES

Zaragoza
1809-1813



Arriba, el célebre «capillo» utilizado por el Padre Juan en sus «veredas» de limosnero a favor del Hospital. Abajo, una página de las primeras «Constituciones», o «cuadernito» del padre fundador.

Digo yo que cómo al obispo no se le cayó la mitra de vergüenza. A ustedes parecerá mentira pero debe contarle porque ocurrió, es la verdad escueta. Recuerden lo que en el paso de 1808 a 1809 había caído sobre Zaragoza... Pues al general Suchet, elevado por Napoleón a mariscal y designado gobernador general de Aragón, le apeteció celebrar en la Seo la toma de Zaragoza; en la catedral un tedéum de acción de gracias; y se trajo ¡al obispo para entonarlo!: que luciera mitra y báculo, échenle esplendor al acto.

Desde otoño de 1801, ocupaba "oficialmente" la sede zaragozana el obispo don Ramón José de Arce; solo "oficialmente". Hombre cortésano como era, Arce visitó una vez Zaragoza, agosto de 1802; regresó a Madrid, donde ejercía de "inquisidor general" y de "pelota" eclesiástico de sus majestades, vaya ejemplo evangélico para los diocesanos: quienes nunca más le vieron el pelo; no volvió a pisar Zaragoza.

Arce delega el gobierno de las diócesis en un obispo auxiliar; lo eligió de su confianza, santanderino como él: cierto fraile capuchino, excelente predicador, y amigo del famoso fray Diego de Cádiz, tan querido en Andalucía. El fraile, Miguel Suárez, era designado por el nombre de su tierra natal: padre Santander, fray Miguel Suárez de Santander. Fray Miguel estrenó su cargo de obispo auxiliar de Zaragoza en la primavera de 1803. Cuentan las crónicas que el obispo fray Miguel cumplía ejemplarmente sus tareas pastorales hasta 1808: la invasión napoleónica le trastornó; él compartía con los "afrancesados" la admiración a Napoleón, "liberador de las conciencias esclavizadas".

Cuando en junio de 1808 supo su ilustrísima el obispo que las tropas de Lefebvre avanzaban por el valle del Ebro camino de Zaragoza, adivinó la que se venía encima. En vez de quedarse a sufrir calamidades con sus hijos diocesanos, escapó a un pueblecito de la provincia de Teruel donde permaneció escondido como un conejo en la madriguera.

Tomada Zaragoza, Suchet lo llamó: que se encasquetara la mitra, agarrara el báculo y a entonar el tedéum.

Yo sé que fray Miguel era un tipo ilustrado y fino, uno de los intelectuales hispanos deseosos de modernizar nuestro país, con suficiente olfato para ventear la marcha de los tiempos que habrán de apoyarse sobre los principios democráticos de la Revolución francesa. De acuerdo. Pero no es lo mismo aceptar la tabla de los derechos del hombre que aplaudir a los generales de Napoleón cuando bombardean desafortadamente Zaragoza: el obispo debió haber estado en su sitio, junto a los baturricos diocesanos suyos. Pues no, escondido estuvo como un conejo en la madriguera de Teruel.

Peor todavía: lo llama Suchet, y él acude a entonar el tedéum... ¿Ilustrísima: Tedéum de acción de gracias, por tanto dolor y tantos muertos? No he dado con la reseña de asistentes al tedéum. Irían dos docenas de personas distinguidas, "afrancesados" como el obispo; algún canónigo, quieras que no; y los batallones de Suchet que cupieran en el Pilar llenándolo a rebosar...

Cuatro años vivió Zaragoza bajo la ocupación del ejército francés.

Durante el primer tramo, la triste primavera de 1809 hasta el verano de 1801, ocupantes y zaragozanos dedicaron sus esfuerzos a enterrar muertos, curar heridos, buscar comida, limpiar las calles... La ciudad, desolada, aparecía cubierta por una inmensa nube de dolor: los jefes de la resistencia, Palafox el primero, fueron deportados; las cárceles rebosaban de presos; los hospitales, de heridos y enfermos. Apareció la peste, inevitable, que se llevó por delante casi diez mil desgraciados.

Madre María y sus Hermanas del Hospital no habían huido a ninguna madriguera. Eran 21 cuando Lefebvre sitió Zaragoza en junio de 1808; ahora, cuando Suchet y el obispo canta el tedéum, viven nueve Hermanas; doce han muerto. De cansancio, agotadas, de hambre, de contagio. Pues las nueve sobrevivientes siguen en la brecha de la caridad, sin mirar atrás: Tendrán el corazón acongojado, pero sus manos continúan limpiando llagas, poniendo vendajes, acariciando viejecitos moribundos y niños anémicos. Padre Juan Bonal ha prometido a madre María traerle nuevas aspirantes; las traerá, seguro; él tampoco abandona su trinchera.

¿Y los señorones de *la Sitiada*?

Digamos, antes que nada: vencedores y vencidos suplican la asistencia de las Hermanas; lástima que ellas estos años no sean todavía un centenar en Zaragoza; lo serán, y más, andando el tiempo.

El Hospital revienta, no caben los enfermos. Al general Suchet le agrada la idea de ampliar el edificio del antiguo Convalecientes anexionando un convento de carmelitas vecino: firma la orden a primeros de 1810.

Espacio y alimentos, las dos sombras tenebrosas contra las cuales pelean las Hermanas. Recuerda la crónica los enormes bolsillos de madre María, repletos de medicinas y comida; bolsillos que sirven de botiquín y despensa. Un peligro serio para la salud de las Hermanas consiste en sus célebres “despintes”, aquella “sisas” que hacen ellas en su comida para remediar el hambre de los enfermos: libras de carne, raciones de pan. La caridad, el amor, es así...

Por si pesara poco el cuidado de su Hospital, las Hermanas van cargando estos meses con algunos trabajos de urgencia: les piden ayuda desde la cárcel y desde el Hospital militar instalado en Torrero. Ellas no tienen entrañas para negarse. Hasta Torrero suben dos Hermanas a prestar asistencia de día, regresan a pernoctar.

Los prisioneros españoles bajo vigilancia de tropa francesa son miles y miles, repartidos por varios edificios. El padre Bonal trabaja para ellos, busca ropa y limosnas. Habrá sido él quien propone al comandante francés de la plaza el nombre de las Hermanas: “que se encarguen de guisar y distribuir la comida a los prisioneros de guerra”. Tal encomienda en aquellas circunstancias resultaba difícil de cumplir, pero el sistema funcionó. Hasta el extremo de que madre María conseguía repartir “entre los más débiles y necesitados” una golosina considerada entonces remedio excelente: onzas de chocolate.

Hay un dato curioso; y circula cierta leyenda.

El dato histórico revela la eficacia de madre María y sus Hermanas al ocuparse de la alimentación de los prisioneros. A los oficiales españoles el mando francés los había encerrado, respetando su graduación, en la Aljafería, “castillo de esta Ciudad”. Ellos supieron cómo las Hermanas condimentaban sabrosamente el rancho de los prisioneros y lo repartían con puntualidad. En cambio al castillo, su prisión “distinguida”, las raciones de comida llegan tarde y mal, “no las pueden comer, se pierden por falta de condimentos”: decidieron suplicar “a vuestra señoría, señor comandante de la plaza” que “las señoras Hermanas

de la Caridad del Hospital de paisanos de esta Ciudad” les sirvan también a los oficiales la comida. En nombre de sus compañeros, firman la solicitud tres tenientes coroneles. El comandante de la plaza dio su conformidad, las Hermanas guisaron otro turno de rancho...

Considero “leyenda” ciertas noticias inconcretas; solo “aludidas” en los documentos, como si quienes las conocieron quisieran guardar reserva: Dice la “leyenda” que madre María “ayudó a la fuga de algunos prisioneros”. Imposible la huida en aquel barullo, no era; pero sí muy arriesgada: los franceses formaban con rapidez los pelotones de ejecución que Goya pintó con fecha dos de mayo...

Parece seguro que el padre Bonal anduvo metido hasta el cuello en estas operaciones de fuga. Buscaba para los presos ropa y dineros, las Hermanas le ayudaban a pedir limosna. Si pagaba o no rescates, si sobornaba guardianes, vaya usted a saber. Lo cierto es que “algunos presos”, ya “disfrazados”, ya vestidos de ropa nueva, salieron de la ciudad burlando los puestos franceses de vigilancia.

Más hubo: ciertos testigos cuentan que Hermana María “para librar de la prisión y preparar la fuga de algunos prisioneros”, se atrevió a utilizar un método digno de los reportajes de televisión: “escondió al preso en los ataúdes” y consiguió sacarlo hasta el cementerio “en el carro de los muertos”.

Quizá el testimonio merezca estudiarlo seriamente, pronto veremos a madre María complicada en la fuga de carlistas cuando los liberales condenaban a muerte.

El trabajo de asistencia a heridos y presos ganó sin duda para las Hermanas alguna confianza de los franceses ocupantes, confianza y respeto: estos sentimientos del mando militar permitieron a madre María en una ocasión “presentarse al general francés y conseguir indulto de la pena de muerte a favor de un reo que ya estaba en capilla”. Otras veces los mandos rechazaron su gestión, y “las Hermanas acompañaron hasta el mismo cadalso a mujeres condenadas a muerte”: el arrojo de algunas heroínas zaragozanas que habían luchado en las barricadas tuvo este dramático final.

Los señorones de *la Sitiada* mientras los franceses mandaron en Zaragoza: he aquí el verdadero calvario de la madre María, del padre Bonal, y de sus Hermanas.

A 29 de abril de 1811, el gobernador general de Aragón general Suchet firma el nombramiento de la nueva Junta, con los nombres de

“ilustres” regidores miembros de *la Sitiada afrancesada*. Da rabia historiar esta etapa del antes glorioso, ahora mísero, Hospital. Los aprietos y carencias de la casa, soportados a pie firme por las Hermanas, podrían constituir un capítulo resplandeciente como ejemplo de caridad cristiana en época de dolor. Pero la gestión de *la Sitiada afrancesada* entenebró los heroísmos.

Los “regidores” elegidos, nuevos señorones de la Sitiada, pertenecían lógicamente al estrecho círculo de afrancesados amigos del obispo fray Miguel Santander, quien se adjudicó la presidencia. Este obispo, a quien sus devotos tributan merecidos elogios, presenta por el costado de su afrancesamiento una imagen fatal. En contradicción con el ejercicio de las virtudes que sus escritos enaltecen, aparece ahora subido al carro triunfal napoleónico: acepta que el “rey” José I Bonaparte le designe obispo de Huesca sin dejar el gobierno “auxiliar” de Zaragoza; y consigue introducir en “el real pecho de su majestad” su elección para arzobispo de Sevilla, adonde no le da tiempo a llegar porque habrá de salir huyendo de España cuando las tropas imperiales sean derrotadas.

A las Hermanas de la Caridad hizo un daño casi mortal, a punto estuvo de aniquilarlas en el nido del Hospital zaragozano.

¿Por qué? Por esa manía dictatorial que frecuentemente asalta a los “demócratas autoritarios” si les toca ejercer el poder.

Fray Miguel y sus compinches de la nueva *Sitiada* consideran a las Hermanas representantes de una época superada, retrógrada, las ven como enemigas de las ideas modernas, del progreso: Por algo “su rey” ataca de frente las congregaciones religiosas. Toleran su presencia “por fuerza”, a ver quién podría llevarles adelante sin ellas el Hospital. El obispo cuidará que las Hermanas no crezcan, evitando el peligro que tanto asustó a *la Sitiada* anterior: piensa redactar unas “Constituciones” para reglamentar la existencia de las Hermanas y cortarles definitivamente las alas.

Este objetivo nunca podrá conseguirlo mientras el padre Juan Bonal como fundador de las Hermandades de hombres y mujeres, y la Hermana María Rafols, como fundadora y “Presidenta” de las Hermanas, ejerzan sus funciones. Por tanto habrá que apartarlos, derrocarlos; en lenguaje jurídico, “cesarlos”.

Díganme si no tengo justificada la inquina contra el obispo Santander, por “moderno”, “liberal” y magnífico predicador que fuera.

La estrategia contra el padre Bonal y contra la Hermana María utilizó medios groseros, chabacanos, más propios de patanes que de “selectos afrancesados”. En cambio el cura y la monja correspondieron con actitudes nobles, elegantes. Paciencia, suele ocurrir...

Al Hospital le faltaban alimentos, ropa, medicinas, dinero. Bonal y las Hermanas pedían limosna por las calles, a la puerta de las iglesias, entrando en las casas. Pues vean la cara dura de los regidores de *la Sitiada*: les “exigían” cuentas, fiscalizaban el empleo de los donativos, acusaban a las Hermanas de despilfarro. Para qué decir, las actas de una sesión de *la Sitiada* recogen esta sospecha de un regidor: que las Hermanas han montado sin permiso “un gallinero, un palomar, un conejero”; y que no dan cuenta ni de los gastos que el mantenimiento de los bichos lleva consigo, ni de los productos obtenidos.

La Hermana María se hartó; “sus señorías” recibieron a la sesión siguiente un escrito donde con algún matiz irónico deshacía los infundios, nacidos “del regalo de seis gallinas” recibidas de las Hermanas de Huesca: sirvieron para dar sabor al caldo del Hospital un día.

También las acusaban de comerse el chocolate...

La “madre hermana” María, le sobraba talento, notó intentos para resquebrajar la unión dentro de su comunidad: algunos regidores, quién sabe si con bendición episcopal, mostraban especial aprecio a la hermana Tecla Cantí, por otra parte bien merecedora de aplausos. Comprendió Hermana María que “el primer estorbo” era ella: segundo, vendría el padre Juan. Decidió facilitar el relevo, que podría servir para tender un puente de mejor entendimiento con la quisquillosa *Sitiada*: aduciendo fallos de salud, ciertamente justificados, presentó la dimisión de Superiora; si le sustituyera la hermana Tecla, quien al parecer caía bien a los regidores, podría evitar un choque. Sobre todo, su renuncia pararía de raíz cualquier grieta dentro de la comunidad de Hermanas.

Los señorones de *la Sitiada* quedaron perplejos; pasaron el escrito al obispo, que dio una respuesta salomónica: acepta la renuncia, pero ordena que hermana María siga en funciones hasta nueva orden.

El paréntesis duró un año, durante el cual las Hermanas prosiguieron su trabajo. Y sus escaseces, sin que *la Sitiada* les abonara por falta de dinero los ridículos salarios convenidos –catorce duros al año, tienen un par de anualidades atrasadas–; y sin una tajada de pan para el desayuno: se levantan a las cuatro de la mañana y comen a las 12, “por lo cual, mediando ocho horas, suplican se sirva *la Sitiada* concederles alguna cosa para el desayuno”.

Entretanto, el obispo Santander iba redactando la gran obra de su vida; debió de pensar él que se estaba conquistando título de “fundador”: unas “Constituciones”, o reglas de existencia, para las Hermanas. Ni les consultó a ellas, ni al padre Bonal; ni se molestó en preguntar si existían aquellas “reglas internas”, constituciones privadas, a cuyo ritmo funcionaba la comunidad de Hermanas. Fray Santander tiró a su aire por la calle de enmedio. Feliz con su trabajo, lo presentó a la sesión de *la Sitiada* el 9 de diciembre de 1911. Los regidores las ensalzaron: en sesión del 18 de junio de 1812 quedan aprobadas.

La madre María elevó un escrito señalando los puntos que consideraba inconvenientes para el sistema de vida de las Hermanas. De nada sirvió su protesta, el obispo ni caso. Las “Constituciones” cometían contra las Hermanas dos desafueros crueles.

Primero, consideraban a las Hermanas simples criadas o mozas de servicio, que en vez de ganar dinero trabajaban por caridad: les cerraba todo camino futuro hacia la soñada congregación religiosa, dejándolas para siempre jamás atadas a *la Sitiada*. Lo escribe sin sonrojarse el obispo, tan ufano: “les he cerrado enteramente la puerta a todo engrandecimiento”.

Segundo desafuero, sujeta las Hermanas a la autoridad espiritual que él señala: robándoles la presencia y asistencia del padre Juan Bonal, su fundador.

El obispo y sus ayudantes, a punto estuve de escribir “sus esbirros”, remataron rápidamente la batalla contra el padre Juan: “Su ilustrísima” fray Santander firma un decreto nombrando al sacerdote don Miguel Gil “único diputado” representante episcopal “para el régimen y aprovechamiento interior de las Hermanas”. Unos meses más tarde, *la Sitiada* comunica oficialmente a “mosén Juan Bonal” que no solamente debe abstenerse de confesar a las Hermanas, sino que evite en lo posible hablarles sobre asuntos de la Hermandad”. Le encomienda, eso sí, que se eche por los caminos de la geografía española pidiendo limosna en pueblos y ciudades a favor del Hospital Nuestra Señora de Gracia.

Mendigo del Hospital, embajador de los pobres, misionero popular: Juan Bonal anda por las veredas con un cepillo en la mano intentando remediar la ruina de un Hospital cuyos jefes le maltratan. “Veredero” incansable, años y años de humillación silenciosa.

Me pregunto: Por qué don Juan Bonal no mandó a paseo *la Sitiada* y al obispo, por qué no regresó a Barcelona.

Tengo la respuesta: era un santo; y no quería alejarse de aquellas Hermanas cuyo futuro tenía él fe absoluta.

Impuestas sus Constituciones, el obispo fray Santander le resta solo presidir la elección de “nueva superiora”, dejando al margen la “peligrosa” Hermana María.

Ante una presidencia formada por él mismo, su hombre fuerte el deán Segura –tan afrancesado que habrá de salir zumbando junto al obispo cuando Napoleón retire de España sus tropas–, y otro regidor de *la Sitiada* llamado Herranat, emiten sus votos las Hermanas, doce con por aquella fecha: sale elegida, como estaba previsto, la hermana Tecla.

Esta nueva superiora procede al reparto de cargos, que a cada hermana corresponden además del cuidado de enfermos; debidamente “aconsejada”, hermana Tecla asigna a hermana María Rafols... la sacristía.

El obispo respira: Ya tiene sujeto el Hospital, con el fundador de las Hermanas echado a pedir limosna; y la fundadora, cuidando una sacristía.

No ha contado con las Hermanas mismas: las invade el desánimo, se sienten manipuladas. A los diez días de la elección de madre Canti, hermana María Josefa deja el Hospital y pide sitio a las monjas del convento de la Enseñanza. Un mes más tarde, cae enferma hermana Teresa; los médicos la mandan a respirar aire puro a un pueblo acompañada por nuestra hermana María Rafols: cuando regresan, primeros de abril de 1813, otras dos hermanas se han ido de casa. Dos más abandonan en mayo...

Hermana María vacila, se pregunta si ella debe también emigrar, para que madre Tecla recomponga la patrulla con libertad absoluta. El 14 de abril dirige al obispo un escrito solicitando su permiso para irse al colegio de Enseñanza de Zaragoza, conocido por ella que fue colegiala en Barcelona. Al obispo fray Santander debió asaltarle un tembleque: si la fundadora se va, ¿qué consistencia podrá tener el grupo? La llama, le habla, le ruega, la convence: que retire su solicitud, que no se vaya...

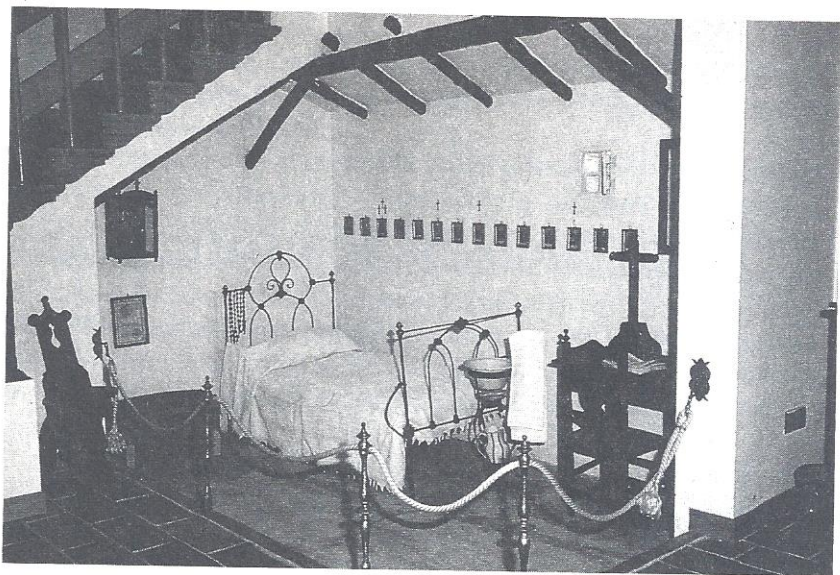
Quienes se van son José Bonaparte, los ejércitos de Napoleón, los afrancesados, el obispo, el deán, los regidores de *la Sitiada*, todos se van, todos huyen, todos al carajo.

Qué descanso, Dios bendito.

11

AÑOS LARGOS DE BONDAD CALLADA

Zaragoza
1813-1829



Arriba, objetos conservados de la habitación de la Madre María. Abajo, el santuario Nuestra Señora del Salz, donde murió don Juan Bonal.

El desastre napoleónico en España había comenzado a lo largo de 1812. El mariscal Suchet, gobernador de Aragón, realizaba las campañas victoriosas de Levante, asentando su estado mayor en Valencia. Pero la expedición del emperador a Rusia reclamó cuadros enteros de las mejores tropas francesas destacadas en España, lo cual dejó campo abierto al ejército hispanobritánico que al mando del inglés Wellington penetra desde Portugal hacia Madrid. La célebre retirada moscovita de Napoleón, iniciada en Moscú el 19 de octubre de 1812, presagió el rápido hundimiento francés: José I comprendió que su efímero reinado español fenecía.

En mayo de 1813 Wellington adelantó sus líneas: sin esperar el resultado de la ofensiva, José Bonaparte abandonó Madrid buscando refugio hacia la frontera francesa. Wellington ganó el 21 de junio la batalla decisiva de Vitoria. José Bonaparte huye a caballo perdiendo incluso sus efectos personales: a 28 de junio estableció su residencia más allá de la raya fronteriza, en San Juan de Luz.

El mariscal Suchet va retirando estratégicamente sus tropas de Aragón y Levante hacia Cataluña, camino de la frontera de Figueras, donde el 22 de marzo de 1814 presenciara el regreso de Fernando VII entre aclamaciones populares.

De Zaragoza los franceses se marcharon el 9 de julio de 1813. Tres días antes el obispo fray Santander y su deán Segura escaparon a refugiarse en Francia. El 12 del mismo mes de julio, un oficio del nuevo Jefe político de Aragón destituyó de la *Sitiada* del Hospital zaragozano “a las personas nombradas por el gobierno intruso” y entregó el mando “a los regidores legítimos que la componían antes de la ocupación francesa de esta capital”.

Comienza la nueva etapa para Zaragoza, cuyos sufrimientos se verán simbólicamente aliviados por la visita del rey en la semana santa de

1814: Fernando VII cumplía un trayecto triunfal desde Gerona hacia Valencia, pero quiso desviar su ruta y entrar primero en Zaragoza.

Qué pena, la buena gente que llamamos pueblo español aplaude jubilosamente la presencia de su rey "Deseado": pero antes de llegar a Madrid ya el rey teje líos y conciliábulos con las cuadrillas políticas, discutiendo si va a mantener o no la constitución elaborada por las Cortes de Cádiz. En la capital del Turia, Fernando VII firma el 4 de mayo su célebre decreto repudiando las Cortes y anulando la Constitución: "Como si no hubiesen pasado jamás tales actos". España adivinó que se acercaban días amargos. Después de tanto dolor.

La "nueva" *Sitiada* del Hospital "Nuestra Señora de Gracia", definitivamente instalado en el edificio Convalecientes, recupera nombres bienquistos para las Hermanas. Pero los regidores mantienen alejado al padre Bonal, en parte por temor a su influencia sobre las Hermanas, y en parte porque necesitan apremiantemente las aportaciones limosneras conseguidas por el buen cura en las "veredas": el Hospital se halla hundido en la miseria.

Huido el obispo fray Santander y eliminados sus regidores afrancesados, madre Tecla Canti, superiora de la comunidad, demuestra con hechos y señales de cariño que su "aparente sumisión" al juego contra la Hermana María y contra el padre Bonal había significado un mal menor derivado de las circunstancias adversas.

Su primer gesto de amistad consistió en nombrar a Hermana María responsable de la Inclusa, sector infantil del Hospital, el departamento más necesitado de ternura. María había gastado durante varios meses como sacristana los márgenes de tiempo libre fabricando con un molde ramos de flores de trapo para la iglesia del Hospital. Ahora entregará su jornada íntegra, días y noches, a esas flores marchitas que son estos niños desgraciados.

Considero un alivio para ella verse inmersa en la apasionante tarea infantil: a madre Tecla corresponde afrontar el lamentable estado de la comunidad después de las bajas del año pasado. Ni siquiera sabemos si quedan más de cinco Hermanas... Ciertamente la Hermandad pisó la raya de su desaparición, se salvó porque Dios quiso; la Providencia divina tenía planes de futuro para el grano de mostaza. El padre Juan Bonal recogerá en sus "veredas" además de limosnas que aviven las arcas del Hospital, chicas jóvenes decididas a reconocer la presencia de Jesucristo en los enfermos.

En los enfermos... y en los niños "expósitos". No traen los diccionarios una palabra que pueda comunicar mayor desamparo: "expósitos", vocablo afortunadamente desaparecido del lenguaje habitual.

Niño "expósito" era el recién nacido "expuesto", abandonado, en un paraje público. La mujer recién parida que resolvía deshacerse del niño, lo soltaba, lo abandonaba, dejándolo a la puerta de una iglesia, o en plena calle, con la esperanza de que "alguien" lo recogiera.

Afrontaron este problema de un modo razonable las "inclusas", casas creadas para recoger estos niños expósitos; disponían de un torno, ventanilla característica de los conventos de clausura que permite introducir objetos de fuera sin que las personas de una y otra parte se vean: la mujer dejaba su envoltorio en el torno, nadie controlaba la entrega. Bien por el sistema del torno, bien recogidos a la puerta de iglesias o de la misma inclusa, "Nuestra Señora de Gracia" cuida de niños expósitos desde los primeros tiempos del Hospital; campaba este párrafo en sus primitivas "Ordenaciones":

— Que todos los niños y niñas desamparados que se echen a la puerta del Hospital, se reciban y críen con mucha caridad y cuidado a costa de la Casa.

Claro que a mitad del siglo XVI era corto el número de expósitos en Zaragoza y largos los recursos del Hospital. Ahora, con los alborotos de tropas antes y después de los Sitios, la Hermana María encuentra en su inclusa una media anual de 500 a 1000 niños, cifras oscilantes a causa de los fallecimientos: cientos de criaturas llegan en condiciones higiénicas desastrosas, incluso sin traer bien atado el cordón umbilical, y mueren a poco de ingresar. El Hospital ha perdido por desgracia aquel ancho espacio de su primera instalación, malditos sean los cañones franceses: falta sitio para los niños.

A sus treinta y tres años de edad, en la plenitud amorosa de sus entrañas, María Rafols se encuentra madre de quinientos niños desgraciados: su derroche de ternura dejó para siempre rastro en la historia del Hospital zaragozano.

Ternura, y talento práctico: estudió cuidadosamente los aspectos del problema y entabla con *la Sitiada* una lucha pacífica intentando arrancarle apoyos para su grey infantil. En la primavera de 1818, ya con cinco años de experiencia directa, la hermana María redacta un precioso informe de necesidades y sugiere soluciones. Los señorones de *la Sitiada* la respetan, saben con quien se juegan los cuartos: quedarían boquiabiertos ante la puntería del documento.

El Hospital cuida de los niños expósitos con dos sistemas bien diferenciados: a unos los tiene internos; a otros fuera, es decir, confiados a “madres encargadas”.

Antes que nada, Hermana María reclama para los “internos” mayor espacio, están los niños hacinados: urge separarlos en grupos según la edad, estado de salud, peligros de contagio. Los documentos subrayan el sacrificio complementario que a los servidores de la Inclusa les representaba el olor intolerable de las salas de niños, estrechas, apenas ventiladas. Hermana María pasa “de momento” quince años, respirando permanentemente aquel aire viciado por sus pequeños.

Estos niños que el Hospital se queda internos “suelen ser los más débiles, de peor condición física y contagiados”; para darles de mamar y limpiarlos, Hermana María dispone de un grupo de “amas” y sirvientas, mal pagadas cada seis meses. Pobres mujeres de escasa formación, María las trata cariñosamente, pide para ellas “aumento de ración y salario”, recompensa especial cuando una de ellas amamanta niños infectados con riesgo de contagiarse: “algunas han solido perder los pechos y la vista y contraer otros males”. Sugiere que estos niños apestados sean alimentados “con leche de cabra, con azúcar, y con el cebito (papilla)”, atención que podría encomendarse a “las mujeres que cumplieron bien y ahora les falta leche, pues más número de niños puede cuidar una mujer que criar otra a sus pechos”.

A las amas “convendría ponerles refectorio aparte, que coman juntas a una hora y en presencia de la hermana”: para que *coman de verdad*, y no vendan la ración que se les da, como alguna vez la venden aun cocida”; y con perjuicio cierto para el niño que mama.

Quiere más cunas, nuevas y pintadas. También un lavadero dentro del Hospital. Que se autorice a las amas “salir a pasear algunos días, cada una con su niño, acompañadas de la Madre encargada”...

Con todo, el peso mayor de la Inclusa proviene de los “niños criados fuera, por mujeres remuneradas a cargo del Hospital”: un mundo enrarecido, entretejido de historias edificantes con otras historias de trampas, robos, maltratos, vejámenes a los críos. La entrega del niño se verifica mediante los avales de un párroco; nunca se confía dos expósitos que lactar a la misma mujer; jamás a mendigas. Las “madres encargadas” reciben estipendio mensual. Hermana María tiene que mantener “algún control” de las cien, doscientas, algún año trescientas familias de Zaragoza y sus pueblos encargados de criar un niño; recibe consue- los frecuentes y también disgustos descomunales: a la niña Juana, siete años, ha tenido que arrancarla de la casa donde “su padre adoptivo” la

sometía a vejaciones sexuales. Nuestra monja teje durante larguísimos años un inmenso tapiz de caridades: aquel preso viudo le confía su hija de ocho días...

Cómo llega a todo, nadie sabe; pero los regidores de *la Sitiada* certifican en sus inventarios, plagados de ayes referidos a las deficiencias y a la suciedad, otra vez, de las salas regidas por “mozos sirvientes”, su alegría a cuenta de la Inclusa: “Las camas y cunas bien arregladas, los niños bien cuidados”.

Hermana María solicitó el permiso correspondiente: duerme con sus niños.

Poco a poco el tiempo suaviza las heridas, y las Hermanas enriquecen su comunidad con nuevas vocaciones, propiciadas por la mano discreta del padre Bonal. Faltan les hacen los refuerzos; una tras otra, qué curioso, las tres que todavía quedan del grupo venido de Barcelona, han tenido que reponerse: la superiora hermana Tecla guardó cama; hermana Torrellas convaleció en Torres del Gállego; a Hermana María Rafols le autorizaron unos días de descanso en Villafranca, su pueblo natal. De muestra, un botón: solo el año 1815, registró siete ingresos. Un aire optimista se respira en torno a las Hermanas, cuyos resquemores internos han desaparecido una vez huidos los afrancesados y recobrada la armonía de hermana Tecla Canti con María Rafols. El padre Bonal recibe cartas de petición: que trasplante sus mujeres a Burgos, a Canarias... Nuestro buen cura esconde los escritos: un día querrá la Providencia, hoy por hoy *la Sitiada* les tiene atados. Tampoco puede empujar el proyecto de fusión de Hermandades de varias regiones “en una gran corporación religiosa...”.

Un paso notable sí dieron las Hermanas: visitaron al nuevo arzobispo de Zaragoza, Manuel Martínez, y le pidieron les redactara unas Constituciones definitivas, con base naturalmente en las antiguas que, confidenciales, cumplen ellas desde siempre. De las redactadas durante *la Sitiada* francesa por el obispo Santander no quieren ni acordarse, las dan por no existentes: Justo castigo.

El arzobispo confió la tarea a sus dos clérigos más brillantes, encargándoles expresamente “ajustarse al espíritu, usos y costumbres de la Hermandad”, es decir, al *cuadernito* confidencial del padre Juan. Arzobispo sensato.

En noviembre de 1818, *la Sitiada* pudo examinarlas: enjundiosas, resplandecientes “Constituciones”, con la esencia religiosa de las Her-

manas de la Caridad de Santa Ana. Traen aquel perfume de los primeros años:

—Considerando cada día que a la hora menos pensada pueda llegar a la sala Jesucristo en la persona de alguna enferma, tendrán siempre dispuesta y prevenida alguna cama de sobra...

...y le darán trato de reina: habrán redactado la letra los dos clérigos talentados del arzobispo, pero aquí va el amor de Juan Bonal y María Rafols.

A España le cuesta trabajo levantar cabeza, han sido muy hondas las heridas, físicas y espirituales, de la guerra. Fernando VII no tiene ni talento ni muñeca para sujetar en su mano las bridas del país. Le ha faltado sensibilidad política: su gobierno absolutista ahonda el foso ideológico creado en la ciudadanía por la coexistencia de la guerra de la Independencia, que rechazó a Napoleón, con las Cortes de Cádiz, abanderadas entre nosotros del ideario revolucionario francés. De los errores políticos de un rey incapaz, arranca la escisión en “dos Españas”, péndulo dramático que azota las generaciones hispanas hasta nuestros días.

Comenzaron enseguida los “golpes” y contragolpes.

Rafael del Riego capitaneó al nacer 1820 la primera conjura triunfante contra Fernando VII, otras anteriores fracasaron. Su levantamiento inaugura un período llamado “trienio liberal”; nuestra brújula nacional enloquece, porque al ciclo de gobierno absolutista durísimo ejercido por el rey, siguió un cisco de políticos liberales enfrentados en facciones que de hecho desataron una guerra civil, eso sí, fuertemente teñida de anticlericalismo; a la musiquilla del himno de Riego, la gente aplicó una letra picarona: “Si los curas y frailes supieran / la paliza que van a llevar / subirían al coro cantando / libertad, libertad, libertad”.

Nuestras Hermanas del Hospital zaragozano capearon bien el temporal: los liberales sustituyeron *la Sitiada* tradicional por una “progresista” *Junta de Beneficencia Pública*, que las declaró “funcionarias” y les exigió “juramento de fidelidad a la Constitución”. Ellas replicaron que eran “religiosas”, no “funcionarias”; rechazaron el juramento; ignoraron la ley que suprimía los hábitos, siguieron a lo suyo... Los nuevos gobernantes las dejaron en paz, a pesar de que algunos “mozos” aprovechaban la tormenta política para ponerles zancadillas.

Una, muy perversa: acusaron a las Hermanas de que había infecta-

do la sangría de una enferma, al parecer ella misma colaboró en la trampa. Mozos y administrativos levantaron una algarabía “pidiendo que se reservase la flebotomía exclusivamente a los varones médicos”. Las Hermanas dieron la cara, adujeron los papeles de su examen, probaron el ejercicio constante practicado durante los *Sitios* “no solo a mujeres enfermas sino a tropas y paisanos, pues hubo días que apenas pudieron quitarse la lanceta de la mano”; en todas aquellas experiencias “nunca les ocurrió desgracia alguna”. La Junta liberal, les dio la razón.

Cómo no iba a defenderles si acaba la Junta de pedirles se encargaran “de las enfermas contagiosas albergadas en el Lazareto”: “servicio que no podemos imponer a las Hermanas si no acceden por su libre y espontánea voluntad”. Ellas “tanto en común como separadamente se ofrecieron a prestar asistencia a cualquier persona afectada de contagio, en el Lazareto o en la ciudad”.

Liberales y conservadores, todos tenían a la peste. Aquellas mujeres, no.

En abril de 1823, *Cien mil hijos de San Luis*, comisionados de las potencias europeas y mandados por el duque de Angulema, entraron en España para “liberar” al rey Fernando VII, “cautivo” de los liberales. Entre las instituciones del Antiguo Régimen, resucitó *la Sitiada* del Hospital zaragozano.

Las Hermanas se fueron acostumbrando a los vaivenes políticos, las enfermedades que ellas combaten carecen de color. A las puertas del verano de 1824, el arzobispado les reconoció las “Constituciones” oficialmente, en nombre de la Iglesia: las trece Hermanas de entonces se prepararon para pronunciar solemnemente sus votos religiosos y verificar elecciones. Fueron dos años que mezclaban con emoción el trabajo exterior de cuidado a los enfermos, y la mirada íntima de los compromisos personales con Dios.

Ocurrió lo inevitable: a la primera elección salió elegida Superiora la “madre de siempre”, capitana desde joven, “Presidenta” preconizada por el padre Bonal, hermana María Rafols. Quiso defenderse, no le valió. Ella adujo su floja salud; a *la Sitiada* le inquietó que su cargo le obligara a dejar los niños de la Inclusa.

A partir de este momento basta decir “la Madre” para saber que se la nombra a ella. Cumple cuarenta y cinco años. Lleva en sí misma una presencia misteriosa de Dios. Ella ha sido capaz de “ver” a Jesucristo “dentro de la piel” de cada enfermo. Los demás descubren bajo el hábito de la Madre una especial cercanía del misterio:

—Tenía verdaderas entrañas de madre con todos...

Madre, que dio serenidad a sus hijas más próximas, las Hermanas.

Los regidores de *la Sitiada* la miran con respeto imponente, procuran no interferir sus actos. *Ella se atiende* a las normas establecidas, sorteando los episodios incómodos inevitablemente surgidos a cada paso en el Hospital, pero a estas alturas nadie osaría cuestionar el buen pulso de la Madre. *Ella redacta* las condiciones de ingreso para las nuevas Hermanas, sin disimulo, sin tapujos, esta vocación requiere almas robustas:

—Animo para exponer su vida a las enfermedades que fácilmente se pueden contraer, caridad para servir con afabilidad a las enfermas, sin distinción de las contagiosas; desprecio de los intereses, comodidades y atenciones del mundo.

Ella recibe ocho aspirantes durante el trienio de su mandato, y coloca de maestra de novicias a la hermana Teresa Perú. Con el pretexto de acompañar a una enferma, viaja a Huesca y visita “aquellas Hermanas...”.

Los tres años se deslizaron suavemente, las Hermanas regalan bondad a manos llenas. A la Madre le ven sus hijas ratos del día y horas de la noche pegada a la celosía que da desde arriba sobre el altar de la iglesia del Hospital.

En abril de 1829 se cumplieron sus tres años de Superiora, las Constituciones ordenaban elegir otra nueva: salió elegida cabalmente la hermana Teresa, a quien la Madre había confiado formar las aspirantes nuevas.

Hay “superiora”; pero el título de Madre lo reconocen ya las Hermanas depositado en la fundadora, para siempre.

En pleno verano del mismo año 1829, se les murió el padre don Juan Bonal. La noticia, muy dolorosa, vino inesperada.

Don Juan, a sus sesenta años, estaba rematadamente viejo: había consumido las energías de su cuerpo caminando infinitas veredas cepillo en mano a favor del Hospital. Disgustos, agobios, injurias, soportó la cruz de cada día con el ánimo fuerte de los varones marcados por el dedo de Dios. Quince años pidiendo limosna, predicando, confesando, consolando... callando. En sus idas y venidas había descubierto una ermitica de nuestra tierra aragonesa, a mitad de camino entre Zaragoza y Huesca, término municipal de Zuera: Nuestra Señora del Salz, levantada sobre una colina que domina la vega del río Gállego. Padre Juan se aficionó a la blanca soledad callada de aquel horizonte sugestivo. Allí murió, a 19 de agosto.

He subido a la ermita para venerar el recuerdo de aquel mosén cabal.

Me he quedado absorto, cómo hizo don Juan para descubrir esta maravilla. Os lo juro, Juan de la Cruz se la hubiera envidiado. Qué arrebato pasar aquí la última tarde de tu vida, cerrar los ojos definitivamente a caída del sol.

Le cedía el santero un cuartito minúsculo pegado al costado de la ermita, una especie de palomar. Cuatro palmos, un palomarcico.

Con dos ventanucos; uno a la vega; otro enfrente, al sagrario.

Si no conociera los datos de su vida, el impulso fundacional de las Hermanas, el acierto de hallar a María Rafols, el coraje para soportar en silencio inviernos y veranos, si solo supiera que aquí se refugiaba y aquí se vino a morir, me bastaría para reconocer en él un varón bíblico, un sacerdote según el orden de Melquisedec, un testigo, un profeta.

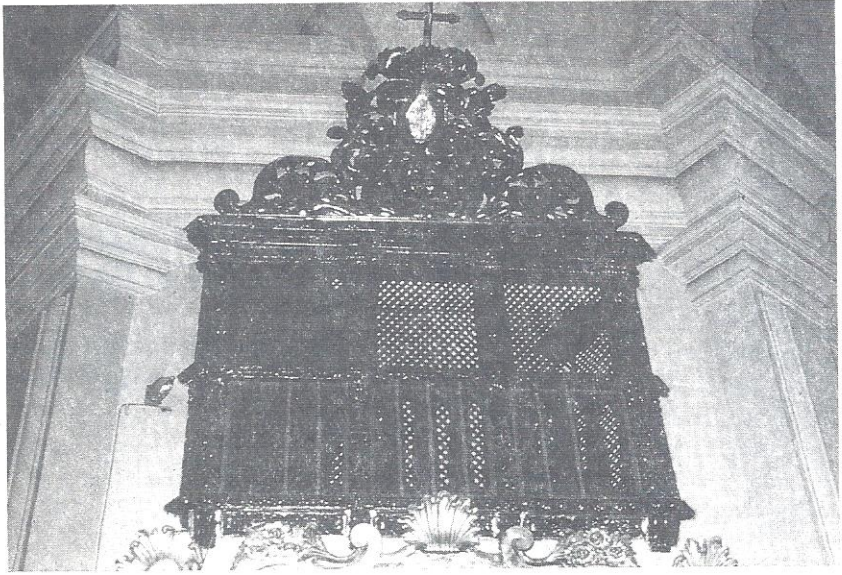
“Que se muere”, la noticia llegó inesperadamente a Huesca y Zaragoza: las Hermanas salieron desoladas para estar a su lado.

En el silencio de aquella noche, vientos venidos del cosmos lejano acariciaron con suave ternura los árboles de la vega.

12

**CARCEL, DESTIERRO...
Y LA CASA DEL PADRE**

*Zaragoza, Huesca, Zaragoza
1830-1841*



Esta es la celosía que desde el Hospital daba sobre la iglesia, lugar de horas silenciosas para el diálogo personal de María con su Señor Jesucristo.

Quién iba a pensar que nos meterían a nuestra monja madre María Rafols en la cárcel. Tiene gracia, hermana María participando en los líos políticos de la época. Hasta dar con sus hábitos en chirona.

Murió el rey Fernando VII, tan “deseado” cuando España lo tenía lejos, y tan necio cuando vino. Los diez últimos años de su reinado impuso de nuevo un agobiante gobierno absolutista. Y al morir nos dejó un follón dinástico de mucho bigote. Había promulgado a última hora “la antigua ley que llama al trono las hembras en línea recta, con preferencia sobre los varones de línea colateral”: declaraba así heredera del trono a su hija Isabel excluyendo a su hermano Carlos María Isidro.

La niña Isabel fue jurada princesa de Asturias en julio de 1833; en septiembre murió el rey. Un mes más tarde las Cortes proclaman reina a Isabel II, bajo regencia de María Cristina.

El uno del mismo mes de octubre don Carlos María publica un “manifiesto” haciendo valer sus prerrogativas: los carlistas toman las armas.

Con la prisa de festejar a la reina, toda España se puso en fiestas, sin tiempo ni ganas de llorar al rey difunto. Pobre España, otra vez comenzando una guerra. Hace años gemíamos por un rey, “Fernando el Deseado”. Vino, y menos mal que ha muerto. Ahora cantamos a la angélica niña Isabel”. Ya veremos, habrá guerra... Y peste: una erupción de cólera nos entra por los puertos y va a instalarse sobre nuestro suelo como huésped perpetuo. La epidemia siembra desolación y muerte.

La guerra entre liberales, defensores de Isabel II, y carlistas, partidarios de su tío don Carlos, va a polarizar las “dos Españas”: del costado carlista se agrupan quienes sostienen un orden fundado en valores tradicionales y postulan como forma de gobierno la monarquía absoluta; del lado liberal, los partidarios de la reina de-

fienden un progreso político que lleve adelante las reformas ideológicas de la revolución francesa.

Estas proclamas echan al aire unos y otros; la verdad es que apenas llevan trigo limpio al molino de la patria.

Los ramalazos de la guerra civil alcanzaron enseguida a Zaragoza: cuatro demarcaciones de la provincia albergaban fuertes contingentes carlistas, así que el gobierno desde Madrid desató sobre Aragón una violenta caza de fantasmas con multas feroces a familias y ayuntamientos. Estas persecuciones, que al menor descuido traían consigo deportaciones y fusilamientos, exasperaron al personal y provocaron una reacción vigorosa: Zaragoza montó varios intentos de pronunciamiento carlista.

El más serio se preparó en otoño de 1833. Un aristócrata teniente general y héroe de la guerra de la Independencia, conde Penne-Villemur, secundado por altos mandos militares, oficiales, suboficiales y soldados, se ganó personajes civiles, comerciantes, abogados, catedráticos, varios cuarteles, la capitania general; extenderían luego el alzamiento a localidades estratégicas de Aragón; y establecerían contacto con los batallones carlistas de Zumalacárregui.

Señalaron la fecha del primero de marzo de 1834: invitaron las autoridades a un concierto musical, allí pensaban apresarlas.

Alguien sopló el plan a la policía, que reaccionó velozmente: la noche del 27 de febrero realizó algunas detenciones. El conde Villemur escapó a uña de caballo hacia Navarra la madrugada del 28. Don Carlos le premió nombrándole ministro de la guerra.

En pocos días una redada policial concienzuda llevó a prisión ciento cuarenta y siete implicados, que al parecer disponían de un respaldo de diez mil comprometidos por todo Aragón. Entre los detenidos figuraban dos canónigos, el administrador del arzobispado, frailes y legos franciscanos, carmelitas..., varios efectivamente complicados, otros nada tenían que ver: al gobierno los dedos se le volvían huéspedes, temeroso de que el incendio carlista prendiese por todo el país. Quien cierto aparecía con calidad de cabecilla fue mosén Antonio Nerín, "guardarropa mayor" del Hospital Nuestra Señora de Gracia: la policía lo fichó como "ojo derecho de los carlistas y asesor personal del conde Villemur".

Nuestra sorpresa se produce con la relación de los once detenidos la tarde del once de mayo, encabezada por estas dos mujeres:

—Hermana María Rafols, superiora y encargada de los niños expósitos del Hospital Nuestra Señora de Gracia.

—Condesa de Penne-Villemur, esposa del desertor ex-teniente general conde del mismo nombre.

¿Qué pasó?

A media tarde de aquel once de mayo, el fiscal de la Comisión militar que entiende en la causa contra los culpables de sedición “tramada y descubierta en esta ciudad” ordena al “Celador de confianza” Joaquín Carbonell apresar a la madre María Rafols. El Celador, acompañado de policías, llegó al Hospital, requirió la presencia de la Madre, le comunicó la orden del fiscal; y la llevó consigo para internarla en el palacio Villahermosa, llamado “cárcel de la Inquisición”, pues había sido la última sede del ya extinguido tribunal del Santo Oficio: ahora servía de “prisión provisional” a causa del gran número de presos recluidos en las cárceles de la ciudad.

La noticia de los policías que han venido a llevarse presa la madre María conmocionó velozmente el Hospital; nadie podía creerlo. Acudió el regidor de semana y acudieron las Hermanas, asustadas: extrañadas, doloridas, “la despidieron con lágrimas”. Dejaron escrito que “le vieron salir del Hospital sonriente y serena”; dijo para sus hijas “palabras de consuelo”. Dos Hermanas le acompañaron hasta la cárcel, a cuya puerta el Celador entregó la prisionera al alcaide.

También entre las presas causaría sensación la entrada de una monja. No una noche, la tuvieron encerrada dos meses íntegros, que suman sesenta días con sus noches. Hay dispersos algunos, pocos, testimonios referentes a presas que coincidieron con ella, ya me gustaría saber si a la condesa Villemur la tuvieron en la misma sala; y si ella, la condesa, escribió o contó recuerdos del episodio. Que las otras detenidas escucharan atentamente a la monja, resulta normal; que ella dirigiera operaciones en común, también; “daba gusto oír los sermones que les hacía”, recordó luego la hija de una reclusa: “había dos chicas jóvenes, hermanas; una se aprovechó mucho de los consejos de la monja, la otra llevó mala vida”.

Dos meses presa... ¿y qué, los señorones de la Sitiada? Otras veces ellos habían interpuesto su categoría social en defensa de las Hermanas, esta vez no podían. Por dos motivos. Uno, que la detención de la madre ocurría dentro del cuadro de réplicas policiales a

conspiraciones carlistas, tema rusiente, sobre el cual la reina gobernadora María Cristina había suspendido de Real Orden la interferencia "de cualesquiera privilegio o fuero" de los sospechosos; van canónigos de la catedral a la cárcel, el mismísimo arzobispo huirá precipitadamente cuando le acusen de carlista, Palafox será detenido por supuesta conspiración: ¿quién podría dar un ochavo por la vida de una monja?

Además los regidores conocen otro motivo inquietante: metido hasta el cuello anduvo en el intento mosén Antonio Nerín, "guardarropa mayor" del Nuestra Señora de Gracia. Es decir, los documentos del proceso barajan el nombre del Hospital, donde la madre María ocupa lugar de máximo relieve.

Queda pendiente la pregunta esencial: de qué le acusan, por qué la detienen.

Lo sabemos a medias, pero con bastante fundamento.

Las declaraciones de un conspirador, el albañil Quintana, explicaron al juez que en la planta de locos del Hospital, mosén Nerín "hacía balas y cartuchos, hasta emplear tres arrobas de pólvora y dos arrobas de plomo", añadió:

—Que la madre María, encargada de los expósitos, entregó plomo a mosén Nerín.

Registró la policía el cuarto de la Madre y encontró ¡la plancha de plomo y varios moldes de acero! utilizados por ella para hacer flores de trapo cuando ejerció de sacristana.

El juez había comprobado un cúmulo de falsedades en la declaración del albañil Quintana, así que "quitó plomo" a la denuncia.

Los indicios graves procedían de otro sector mejor fundado: que madre María escondió conspiradores buscados por la policía.

Cuando los franceses, y ahora consta que nuestra monja "ocultó perseguidos", "ayudó prisioneros a huir".

Esta vez ¿a quién ayudó, a quién escondió? Si lo hizo, no consta cuándo ni a quién. Quizá solo "un rumor" llegó hasta el juez, quien tropezó con "falta de pruebas".

Detienen a la Madre María "junto con la condesa Villemur". ¿Existió entre ambas alguna conexión? Sorprende que a la condesa la dejaran libre luego de huido su esposo: la vigilaban, esperando quizá sirvieran sus contactos para pista de otros cómplices. Si la condesa visitó a madre María, si le pidió algún auxilio, podría explicarse la detención simultánea de las dos mujeres.

Adivino la perplejidad del juez según tomara declaraciones a la monja. Tampoco la condesa le dio mucho hilo que torcer. Así que a los dos meses las puso a las dos, monja y condesa, en libertad bajo fianza. También la coincidencia de este auto judicial sugiere que la detención de madre María “tuvo algo que ver con la condesa Villemur”.

Pues a partir de este momento se le complicó al juez su investigación, porque las mujeres siguieron caminos divergentes. Fiador de la condesa se había constituido un personaje llamado Rosendo Lapuerta; fiador de la monja, don Manuel Sevil, secretario de *la Sitiada*.

A los dos meses el tal don Rosendo y la condesa se fugaron al país vasco, al campo carlista. En la relación de procesados pendientes de juicio, el juez añadió el nombre de María Rafols: “en estado de sentencia”; al de condesa Villemur: “fugada, se busca”.

¿Y cuánto tardará su señoría en pronunciar sentencia?

Ya entonces nuestra justicia funcionaba calmosamente...

Regresó madre María al Hospital y a sus niños “muy a punto”: Justo cuando el cólera atizaba sus latigazos sobre Madrid y amenazaba llegar a Zaragoza. El gobierno trató de minimizar el peligro, pero la prensa daba a finales de julio 5.230 víctimas de la epidemia; la familia real se había refugiado en la Granja, rodeada de un cinturón de seguridad severísimo.

El Hospital Nuestra Señora de Gracia preparó una sala de hombres y otra de mujeres, con veinticinco camas cada una. Para los niños no existe acomodo; si el cólera alcanza la Inclusa, madre María tendrá que afrontarlo con sus amas y sirvientas: las ha mentalizado para el caso.

De agosto a septiembre, la epidemia mató en Zaragoza casi quinientos varones, un millar de mujeres, ochenta y nueve niños.

Las Hermanas y todo el Hospital cumplieron con tal entrega que *la Sitiada* decidió otorgar a todo el personal “salario extraordinario y mayor ración”. Se olvidaron de la Inclusa, y madre María reclamó a favor de sus ayudantes, que habían cuidado a lo largo del año 1834 nada menos que 1382 niños, de los cuales fallecieron cuatrocientos uno.

La Sitiada reconoció justa sus solicitudes, y premió, por supuesto modestamente, al personal de la Inclusa.

Inocente, y la condenaron.

A ver cómo se comprende aquella sentencia.

Su ilustrísima el señor juez, caray, se tomó tiempo, diez meses para un proceso absolutamente inocuo. Conocemos el texto de su sentencia por una noticia en las actas de *la Sitiada*, diez de abril de 1835:

—Habiéndose visto por la Real Sala del Crimen la causa en que se inculpó a la madre María Rafols, aunque no se la ha hallado complicidad alguna, se la destierra...

Demonio de juez: “no se ha hallado complicidad”, o sea inocente; y “la destierra”, o sea castigada.

Que a distancia de un siglo y medio elevemos preguntas al juez, trabajo en balde. Y oígame, hacérselas entonces hubiera sido arriesgado, con los tribunales operando en situación de guerra. Vean las condenas recaídas sobre los complicados en el intento de pronunciamiento zaragozano del 27 de febrero de 1834, al que se vio “enlazada” madre María: seis condenados a muerte de garrote vil; doce, condena perpetua en Cuba; otros doce, diez años en Puerto Rico; cinco, a tres años de cárcel española... Mejor nos callamos, a fin de cuentas la monja sale bien librada.

“Se la destierra...” ¿a dónde?

Gracioso el señor juez: “Se la destierra al pueblo de su naturaleza”.

A su pueblo, a Villafranca del Penedés.

Hermana María, desconcertada: A Villafranca, a estas alturas... Aquí en el Hospital sus niños, sus Hermanas. ¿A Villafranca?

Apeló, tomando como base una realidad comprobable: su salud quebrantada. Solicita que la “destierren” cerca, a Huesca.

El 6 de mayo, la Sala del Crimen comunica al gobernador de Zaragoza:

—Que María Rafols, Hermana de la Caridad del Santo Hospital de esta Ciudad, contra quien se ha procedido sobre sospecha de complicidad en una conspiración contra los derechos de la Reina Nuestra Señora, pase por ahora al Hospital de la Ciudad de Huesca.

Allá se fue a vivir ¿cuánto tiempo, señor juez? con las Hermanas de Huesca. Su presencia servirá para reforzar los vínculos entre las dos comunidades, que son “una misma familia”.

Seis años, estuvo desterrada en Huesca. Pudieron significar para ella seis años felices; pero le salieron desdichados a causa de sus dolencias y de la tacañería, repulsiva, demostrada por los señorones de *la Sitiada* zaragozana.

Las Hermanas de Huesca acogieron jubilosas a la Madre, considerada por ellas no una monja más sino el instrumento providencial junto

al padre Juan para el nacimiento de la Hermandad, ya realmente a estas alturas instituto religioso, nueva congregación.

El Hospital de Huesca padecía anemia económica, tan seria como la de Zaragoza. Madre María llegó confiada en no gravar a sus Hermanas oscenses: un rasgo insólito de los señorones de *la Sitiada*, reconociendo de una parte la injusticia del destierro, y de otra los servicios prestados por la Madre al Hospital, le asignó 400 reales de vellón para gastos de viaje; más “seis reales diarios durante su ausencia”, es decir, algo así como un salario de trabajador corriente: no era gran cosa, pero las monjas administran de maravilla. Lo malo fue que a los seis meses los señorones de *la Sitiada* suprimieron la asignación. Sin explicaciones. Madre María aguantó medio año en silencio; llegado junio de 1836, escribió una cartita humilde a Zaragoza explicando que le resultaba imprescindible aquel auxilio económico: porque “el Hospital de Huesca es una casa pobrísima” y las enfermedades le imponen a ella gastos especiales; recuerda delicadamente a los regidores zaragozanos sus muchísimos años de servicio al Hospital, y confía que “mientras dure su confinamiento le contribuirán con los alimentos correspondientes”.

Tentado estoy a repasar con ustedes la lista de canónigos, marqueses y condes, ilustrísimos personajes que integran *la Sitiada* para insultarlos uno a uno. Madre María iba a reñirme cuando nos veamos en el cielo, ella soportó la humillación sin queja. Los señorones resolvieron enviarle de una vez quinientos reales, como un obsequio de campanillas –le debían mil de atrasos–; y abonarle tres reales diarios en vez de los seis acordados.

Ella hizo lo suyo: sufrir por el agobio de sus Hermanas de Huesca; sonreír; y callar. Les daba pena verla:

– Languidecía de puro agotamiento y debilidad.

Permaneció semanas y semanas quietecita en cama, le permitían salir de su habitación solo a misa y comulgar.

Ella pensó que se acercaba su hora de morir. Percibió el tirón del regreso, deseaba cerrar su existencia “en el querido Hospital Nuestra Señora de Gracia”. Dirigió un solicitud a *la Sitiada*:

–Habiendo cesado el motivo por el cual se le hizo salir de Zaragoza, suplica licencia para regresar a esta casa...

¿Qué motivo le hizo salir?

La efervescencia política. Zaragoza había soportado motines y matanzas como todas las capitales españolas. El abrazo de Vergara en agosto de 1839 trajo al país cierta convivencia pacífica de isabelinos y carlistas, aunque las dos Españas siguieran con sus rencores alzados.

Espartero inauguraba en 1840 la nueva etapa progresista, desde luego anticlerical. Otra vez la Junta Municipal de Beneficencia dominaba *la Sitiada*. A los nuevos regidores habían llegado las quejas de una "Asociación de Damas" creada para proteger los niños de la Inclusa: las señoras exigían el regreso de madre María, única persona capaz de gobernar aquel barco.

Decidieron los regidores: Que regrese de Huesca la hermana María Rafols.

Volvió el 19 de junio de 1841, "entró en la Sala de sesiones e hizo presente lo agradecida que se hallaba por los beneficios que *la Sitiada* le ha dispensado durante su larga permanencia en Huesca...".

¿Qué les parece? No me pregunten ustedes si pienso que madre María Rafols era una santa...

Lo era; comenzó a trabajar en la Inclusa con el fervor del primer día.

Pero estaba ya muy lejos aquel primer día. Le fallan las fuerzas, y ella comprende que atravesada la cárcel y cumplido el destierro, está llegando, ha llegado, al umbral de la Casa del Padre.

ADIOS

Zaragoza
1842-1853



Retrato realizado en nuestros días por la ilustre pintora Isabel Guerra: un golpe de luz ilumina el corazón de María Rafols.

Cumplió hasta última hora, una monja cabal.
Cuidando sus niños de la Inclusa.

Vino de Huesca consumida, desencuadernada.

Aun *la Sitiada* tenía las Hermanas sujetas a obediencia férrea, una verdadera dictadura, sin consentirles alzar el vuelo para crear nuevas comunidades; pero ya el zumbido del enjambre anuncia que la “congregación” existe: comenzará inevitablemente a multiplicar sus casas, cerca y lejos de Zaragoza. Las Hermanas han tomado conciencia de su propia identidad; veneran a madre María y a padre Juan como auténticos “fundadores”. Lógico sería que madre María, anciana para aquellos tiempos entre los sesenta y setenta de su edad, y más anciana por el desgaste de una existencia consumida en el servicio silencioso a favor de los enfermos, se hubiera dejado querer y mimar por sus hijas.

Pues no. Una más en la brecha, quiso seguir.

De 1842 a 1845, gobierna de nuevo la Inclusa con su pollada de niños entristecidos prematuramente por las crueles injusticias de la vida. Las damas de la “Asociación” valoran como imprescindible, incluso insustituible, la presencia de hermana María. Su eficacia repartiéndole ternura a los niños y gobernando las complejas patrullas de criadas, amas y madres externas, la ha convertido en una leyenda. Viéndola fatigada, las damas piden, prácticamente exigen, a la Junta que asigne a hermana María “una ayudante” para los trabajos menos personales: el número de niños expósitos sigue aumentando. Auxiliada por su ayudante y venerada por cuantas personas circulaban a su alrededor, ella cumple día a día su trabajo. Las Damas de la Asociación, que habían dado mucha guerra a las Hermanas mientras sustituyeron a hermana María exiliada en Huesca, la aceptan sin discutirle ni ponerse quisquillosas. Desaparecen de la Inclusa tensiones y tiquismiquis. No era fácil, con tanta “baronesa”, “marquesa” y “señora condesa”, metiendo la nariz en la marcha del centro: alguna Hermana se hartó echándoles a las

“señoras” los pies por alto. A hermana María tocaba poner paz, y ajustar el trabajo de unas con otras.

En la primavera de 1845, entrada María Rafols en los sesenta y cuatro años, la ven agotada, vencida. Le faltan fuerzas para el ritmo, verdaderamente furioso, de la Inclusa. Deciden, Hermanas, Junta y Damas, jubilarla; y proporcionarle “algún tiempo” de reposo en el pueblecito Bellver de Cinca, provincia de Huesca. Le hospedó la “familia del cirujano” don Juan Ruiz, médico del lugar. El matrimonio Ruiz tenía un hijo estudiante, luego sacerdote, quien resumió así las impresiones acerca de la monja huésped:

—Era de muy pocas palabras; pero cuando hablaba se mostraba muy expresiva, una frase suya valía por un sermón; era también de muy gran corazón.

Corazón generoso capaz de conmover incluso la prosa burocrática de la Junta, mezcla de “Beneficencia” y “Sitiada”, que gobierna el Hospital cuando firman su jubilación; es de justicia copiar íntegro el párrafo del acta firmada por los señorones:

—Que la Madre María quede jubilada, desde luego en atención a su avanzada edad, destinándola a aquellas labores que sean compatibles con sus años; quedando plenamente satisfecha la Junta del celo, esmero e inteligencia que ha desplegado en los muchos años que está prestando sus servicios, no solamente en la Inclusa, si es que también en el Hospital General.

Ustedes que lo digan, señorones de la Junta. Ni lo saben, ustedes: que ninguno estaba aquí en 1804 cuando ella llegó, ni en 1808 cuando se las tuvo tiesas con el mariscal francés...

Sesenta y cuatro años, sesenta y cinco años. En aquella época, una viejecita. Momento apropiado para evocar algún interrogante acerca de la trayectoria existencial de María Rafols.

Por qué a los veintitrés de su edad, una chica “esbelta y atractiva”, inteligente, simpática, dicen quienes la conocieron, por qué renuncia a enamorarse de un hombre, a engendrar hijos de sus entrañas, a crear un hogar suyo, entonces probablemente hubieran sido muchos hijos —cinco, siete, diez o doce, muchos hijos—, nunca tantos desde luego como los miles de niños que le pasaron por la Inclusa, pero hijos suyos, nacidos de sus entrañas; por qué renuncia, y pone bridas a su sexualidad encarrilando la capacidad amorosa de su

corazón, grande tenía el corazón, ciertamente, cuando hubo sitio para tantos desgraciados; por qué ella guarda intactos los besos de sus labios, las caricias de sus manos, y el abrazo, por qué; cómo es que resuelve dedicar sus energías, su sangre y su sonrisa, íntegras, sin reserva, a favor de hombres y mujeres maltratados por la vida, enfermos ulcerosos, medio muertos de asco, les venda llagas, cuece caldos y se los da calentitos, les mueve el colchón, los despioja, les limpia las babas y el culo, ella, una chica de veintitrés años esbelta y atractiva; por qué aprieta a su regazo niños expósitos, nacidos de madre y padre desconocidos, quizá padres infelices quizá granujas, probablemente granujas, probablemente acanallados; cómo es que ella limpia y besa esos niños, llora si se le mueren, niños apestados, niños leucémicos, críos famélicos...

Por qué, esa chica joven. Qué le pasa, qué le ha sucedido por dentro. Con Quién dialoga, a Quién oye. De Quién se ha enamorado...

Mis amigos políticos de ahora, mis amigos escritores, no se lo creen: que de los veinte a los setenta años una mujer cumpla esos compromisos de vivir pobre, de obedecer cuando la manden, de mantenerse casta, virgen toda la vida, pues no lo comprenden, no lo aceptan; y preguntan en confianza si hay trampas, que se las cuente, para eso pertenecemos al gremio, sospechan que Boccacio fue un cronista fiel cuando narraba las pícaras trapisondas de frailes y monjas medievales.

Les respondo que María Rafols fue mujer enamorada. Y cómo quienes no conocen al Señor Aquel nunca podría comprenderla...

A mí, que también creo en Dios y trato de amar a Jesucristo Hermano, me desconcierta el misterio del dolor esparcido por el mundo, siendo Dios creador bueno y padre como es. Estoy llegando a la conclusión de que quizá el dolor existe cabalmente para que María Rafols cumpla este otro misterio de velar amorosamente a la vera de quienes sufren.

Les parecerá mentira, pero madre María regresó del pueblo tónica: y de nuevo echaron mano de ella para cuidar los niños de la Inclusa. Revuelta iba la política española; sin embargo, los señorones de la Junta, unos conservadores, progresistas otros, admiraban el temple y el talento de la monja viejecita "que soportaba sus achaques con ale-

gría”, sin acogerse a dispensas ni privilegios. A sus “hijas hermanas” reparte sabiduría:

—Quédese tranquila...

Se le ha lamentado, porque los quejidos de una enferma le interrumpieron el rato de oración:

—Quédese tranquila, hermana, oración es prestar asistencia a un enfermo.

Por amor de Dios, por amor a los hermanos. Por amor.

Todavía en 1849, cuando madre María ha sufrido un ataque de hemiplejía progresiva, “que la importaba, poco a poco, en sus actividades”, la Junta le reitera su confianza como directora “oficial” de la Inclusa.

Ella no puede más, será preciso independizar del Hospital los niños y pasarlos a la casa de la Misericordia, cuidada por las Hijas de San Vicente de Paúl, las “paulas”.

Del año 50 al 53, las Hermanas acompañan el desgaste final de la Madre; saben que se les muere; procuran darle algunas alegrías, el estreno de un “oratorio privado” dentro del recinto de la comunidad, el aumento de vocaciones, los relevos normales de las superiores, una fiesta preciosa de la Inmaculada...

La parálisis progresiva le sujeta a la cama. Cada noche, al final de la jornada, acuden las Hermanas, a contarle y a oírla. Fue “una escuela”, dicen ellas. Aprendiendo lecciones de su maestra mejor.

La parálisis avanza, madre María se muere:

—De los últimos momentos de su vida poco puede decirse, porque horas antes de morir, se le privó el habla.

La Hermanas que presenciaron “su tránsito” a la otra orilla, “solo observaron que miró a todas con mucho cariño y sonriente”.

Era el 30 de agosto de 1853, María Rafols estaba por cumplir setenta y dos años de edad y medio siglo de “Hermana”.

A gusto preguntaría yo a su ángel de la guardia si sonriendo ella vio en sus hijas el reguero creciente de Hermanas de Santa Ana, una a una, hasta las casi tres mil que hoy veneran su memoria imitando su ejemplo...

Y qué más da, que no sepamos.

Nos gustaría disponer de archivos abultados donde año por año los documentos atestiguaran el trabajo de María Rafols y sus hermanas en la primera etapa del Instituto. Ellas hicieron historia, no la escribie-

ron. Luego hemos querido “saberlo todo” acerca de la Madre. Hijas y devotos suyos intentaron recoger tradiciones orales, redactando unos escritos que atribuyeron a la madre Rafols con lecciones y profecías: escritos cargados sin duda de buena intención. Ha costado trabajo cribar línea a línea los datos históricos, respaldados por documentación segura. Uno de los más serenos, y severos, historiadores de la Iglesia española, José Ignacio Tellechea, con ayuda de algunas hermanas de la congregación, realizó este esfuerzo impagable.

Tengo el deber de certificar a los lectores que mi “reportaje y elogio” dedicado a la monja María se fundamenta palabra a palabra en las investigaciones críticas de Ignacio, queridísimo amigo, y de las Hermanas Aznar y Eguía. Gracias a él y a ellas, disponemos de un impresionante biografía crítica en dos tomos de trescientas cincuenta y noventa páginas que con el título “Informe acerca de las virtudes de la sierva de Dios María Rafols” fue presentado a la Santa Sede el año 1989.

Los expertos de la Congregación de los Santos estudiaron el impresionante volumen; pasaron sus dictámenes a la asamblea de cardenales; los cardenales informaron al Papa... Y Juan Pablo II sentenció:

–Constan las pruebas de sus virtudes.

Han canonizado a María Rafols. Vamos, de momento la declaran “beata”. Bienaventurada. Ella; y felices nosotros: que la admiramos y la queremos. Con sus tres mil hijas esparcidas por el mundo.

Bendita, hermana María.

María, santa: adiós.